

Santiago, 4ª parte

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 26, N.º 1

SANTIAGO, 4ª PARTE

Autor:
Duane Warden

Cómo evitar el favoritismo;
y cuanto actuamos en fe
(Cap. 2) 3

Lecciones para hoy
de Santiago 2 23

Cómo domar la lengua;
y la verdadera sabiduría
(Cap. 3) 29

Lecciones para hoy
de Santiago 3 43

*con lecciones selectas
de Bill Hooten*

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.

Santiago 3.13-17

Fe, bautismo y obediencia

(Santiago 2.14–26)

En el Nuevo Testamento, no parece haber tensión entre la salvación por fe y el mandamiento de revestirnos de Cristo mediante la obediencia en el bautismo. Se necesita una fe obediente para la salvación, y el bautismo es parte de la obediencia. El bautismo no es una obra meritoria que nos hace merecedores de estar delante de Dios. El bautismo es inherente a la fe, no externo a ella. «Levántate y bautízate, y lava tus pecados», le dijo el predicador Ananías a Saulo de Tarso (Hch 22.16). Según Santiago, la fe salvadora nunca está sola. Como mera abstracción, los demonios tienen fe y se estremecen ante la mención de la cruz. La fe viva, como la exhibida por Abraham y Rahab, es un tipo completamente diferente de la de los demonios. Cuando un alma perdida obedece al Señor en el bautismo, está perfeccionando la fe mediante obras según el modelo de Abraham y Rahab.

En la escena cristiana más amplia, los creyentes han sostenido dos puntos de vista ampliamente diferentes en cuanto a la función del bautismo en el paso de un alma perdida de estar perdida en pecado a su salvación del pecado. El primer punto de vista es que cuando un pecador es bautizado, Dios actúa por Su misericordia por medio de la sangre de Cristo para salvar. En los primeros siglos de la iglesia, los cristianos entendían que el bautismo era una respuesta de fe. Como acto de fe, el bautismo daba como resultado el perdón de los pecados (Hch 2.38). La gracia de Dios obraba para salvar por medio de la fe expresada en el bautismo.

Después de la cruz, las décadas se convirtieron en siglos. Con el paso de los años, el bautismo de creyentes adultos para el perdón de los pecados llegó a ser probado. Surgieron preguntas sobre la transición de los niños a la edad adulta. ¿A qué edad habían de ser bautizados los niños? Las conversiones registradas en la Biblia fueron de adultos. No hay

ejemplos inequívocos en el Nuevo Testamento de niños o bebés siendo bautizados. Incluso aquellos que abogan por el bautismo infantil, en su mayor parte, han abandonado el argumento de que el Nuevo Testamento ofrece el precedente que siguen. Sin embargo, a medida que maduraba la segunda generación de creyentes, surgieron interrogantes tanto para los propios jóvenes como para los padres que los criaban. Si un niño criado en una familia cristiana estaba perdido en el pecado antes de actuar con fe para ser bautizado, ¿a qué edad debe el niño obedecer al Señor? La «edad de la responsabilidad» es de hecho una terminología no presente en la Biblia, sin embargo, la frase requiere que los creyentes consideren cuándo debe obedecer al Señor un joven maduro.

Utilizando la teoría del «por si acaso», en los primeros siglos de la iglesia la tendencia era bautizar a los niños a una edad cada vez más temprana. Complicaciones como la enfermedad, en algunos casos de muerte inminente, incitaron a padres piadosos a bautizar a sus hijos independientemente de su edad. «¿Qué daño puede causar?» era la justificación. A medida que el bautismo de niños más pequeños, incluso de bebés, se convirtió en algo común, surgieron nuevas preguntas. ¿Necesitaba un bebé ser bautizado para el perdón de los pecados? ¿Qué pecados había cometido un niño pequeño?

Durante un período de tiempo, teólogos eruditos sopesaron las interrogantes y dieron sus respuestas. La definición de «pecado» en sí tenía que ser explorada y, según fuera necesario, revisada. Era necesario, sostenían, volver al pecado en su origen. Sostuvieron que cuando Adán y Eva pecaron en el huerto, contaminaron a toda la progenie posterior. La culpa del pecado no era algo que uno se causaba, sostuvieron; era algo que se heredaba.

(Continúa en la página 51)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Cómo evitar el favoritismo; y cuando actuamos en fe

DIOS NO MUESTRA FAVORITISMO (2.1–13)

La parcialidad, o el favoritismo, es una forma de injusticia. Implica la formación de opiniones sobre el carácter de una persona basada en factores que nada tienen que ver con sus palabras o conducta reales. Es un prejuicio basado en superficialidades. La parcialidad tiende a ser reconocida en último lugar por la persona que la muestra. Es casi a menudo tan universalmente despreciada como universalmente practicada. En algunos casos, la parcialidad podría tener un aspecto positivo. Un esposo, por ejemplo, podría justificadamente ser parcial para con su esposa. El lado negativo de la parcialidad es el prejuicio. Tanto la parcialidad a favor como el prejuicio en contra podrían estar inspirados por una serie de factores, algunos de los cuales aparecen en el Nuevo Testamento.

Alguien podría ser parcial para con cierta clase de personas debido a la posición, reputación, inclinaciones políticas o aprendizaje de éstas. Los escribas y los principales sacerdotes enfrentaron a Jesús con prejuicios. Tal confrontación ocurrió durante la semana antes de que Jesús fuera crucificado. Los sacerdotes esperaban que cualquier hombre, incluso uno con poca pasión política, tuviera un punto de vista en cuanto a pagar impuestos al César. Ellos mismos tenían opiniones firmes; hacían juicios amplios sobre otros que estaban de acuerdo o en desacuerdo con ellos sobre el tema. Se acercaron a Jesús de esta manera diciendo: «Maestro, sabemos que [...] no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad» (Lc 20.21; vea Mt 22.16; Mr 12.14).

Los adversarios de Jesús aparentaban respetarle sugiriendo que creían que no se dejaría influir por los fanáticos de la independencia judía ni por aquellos que favorecían el dominio romano. Los sacerdotes y los escribas que se le acercaron

orquestraron una apariencia de confianza; presentaron una pregunta que esperaban le causaría serios problemas a Jesús independientemente de cómo respondiera. Lo que esperaban lograr no tenía nada que ver con la supuesta confianza que tenían en Su imparcialidad.

A pesar de su pretensión de valorar la imparcialidad, los judíos habían llegado a dar por sentado el favoritismo de Dios para con ellos. Pensaban que era parte del orden eterno de las cosas. A los contemporáneos de Jesús les placía citar el pasaje de Deuteronomio donde Dios dijo: «Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día» (Dt 10.15). Es comprensible que no quisieran renunciar a la elección de Dios de poner Su nombre exclusivamente en ellos. El mensaje de Jesús y Sus seguidores preocupó a los judíos del siglo primero porque escuchaban en él un tono universal. Dios era de ellos; ¡no lo compartirían con nadie!

En los primeros años después de la crucifixión de Jesús, muchos judíos sofocaron sus sospechas sosteniendo que ser cristiano era solo otra forma de ser judío. Si un gentil quería hacerse cristiano, el camino para él o ella era hacerse primero judío. Los primeros cristianos enfrentaron una disposición entre judíos y judíos cristianos que detestaban renunciar a su condición de favorecidos. Puede que los judíos hayan tenido problemas para dar una explicación racional de por qué el Dios universal debía favorecerlos a ellos de una manera especial, sin embargo, de todos modos lo aceptaron.

La genialidad de Saulo de Tarso fue que reconocía la incompatibilidad del evangelio con un reclamo continuo de la parcialidad de Dios por un pueblo étnico en particular. Se opuso violentamente a los cristianos, porque reconocía en el evangelio un

mensaje que colocaba a judíos y gentiles en un plano de igualdad. Sabía que la igualdad significaría el fin del judaísmo como religión que había llegado a ser. Cuando Saulo (Pablo) se hizo cristiano, no cambió de opinión en absoluto sobre este asunto. Expresó el mensaje universal del Dios universal con el mismo fervor con el que se había opuesto antes de que el Señor lo encontrara en el camino a Damasco. Otros cristianos además de Pablo pronto reconocieron que Jesús les había dado mucho más que una forma distintiva de ser judíos.

Cuando Pablo instigó una persecución contra los cristianos, algunos de ellos se dirigieron hacia el norte, hacia Fenicia y Chipre. En Antioquía, comenzaron a contarles a los gentiles sobre la obra redentora de Jesús. Los invitaron a hacerse cristianos, sin mencionar ningún requisito para abrazar el judaísmo en el proceso. Se estaban abriendo compuertas para que los gentiles sirvieran a Dios, el Padre de Jesús de Nazaret. El judaísmo estaba siendo eliminado como paso intermedio. Mientras estos desarrollos estaban en proceso, Pedro fue llamado a predicarle a un creyente gentil de nombre Cornelio. Cuando el apóstol experimentó la elección de los gentiles, dijo: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas» (Hch 10.34).

Poco después de la primera aparición de Pablo en Jerusalén como cristiano, fue enviado a su ciudad natal, Tarso en Cilicia, por su seguridad. Durante unos ocho a doce años, vivió a poca distancia del floreciente cristianismo gentil en Antioquía. Pablo mismo podría haber influido en el desarrollo de la iglesia allí. El autor de Hechos probablemente sabía poco sobre este período de la vida de Pablo y, como resultado, no escribió nada al respecto. Lo que Pablo estaba haciendo durante esos años que vivió en Tarso después hacerse cristiano ha sido un tema de especulación. Sin duda, el apóstol principiante creció en su determinación de proclamar a Cristo tanto a judíos como a gentiles. Años más tarde, cuando escribió: «porque no hay acepción de personas para con Dios» (Ro 2.11), la doctrina que había llegado a aceptar antes había madurado.

Cuando Pablo articuló la doctrina cristiana en Romanos y otras cartas, dijo que la parcialidad se refería al hecho de que Dios había elegido a la descendencia de Israel como Su pueblo. En Cristo, insistió el apóstol, Dios no muestra parcialidad. Israel, como pueblo elegido, era cosa del pasado. Dios los amaba porque eran parte de la familia humana, no porque fueran descendientes de Abra-

ham. De hecho, Dios había estado obrando por medio de ellos para mostrar Su deseo imparcial de salvar a la humanidad en Cristo. Jesucristo fue el cumplimiento de la Ley y del hecho de que Dios había elegido a Israel. La elección de Israel por parte de Dios no podía entenderse excepto desde la perspectiva de Jesús de Nazaret.

La imparcialidad, insiste el Nuevo Testamento, está entretejida en el ser de Dios. Él no «recibe el rostro» o la apariencia de un hombre, el significado literal de la palabra griega *προσωποληψία* (*prosōpolēmpsia*) usada en Santiago 2.1. Para Pablo, la imparcialidad era una doctrina suprema de la iglesia; judíos y gentiles eran iguales ante Dios. Para Santiago, la imparcialidad era la esencia de la moralidad que Dios había ordenado para Su pueblo. En ninguna de las relaciones que los cristianos habían de tener entre sí, había lugar para la parcialidad (vea, por ejemplo, 1ª Ti 5.21). Tanto Pablo como Santiago insistieron en la imparcialidad de Dios, sin embargo, cada uno derivaba de la afirmación sobre la naturaleza de Dios a una implicación diferente. El Dios del universo no mira el rostro de un hombre cuando invita a un pecador al perdón ni cuando le manda a Su pueblo que evalúe el alma de un hombre sobre la base de quién es, no de lo que posee. Santiago pasó de Pablo a la razón, de la imparcialidad de Dios a la insistencia en que los cristianos tienen que considerar a ricos y pobres como iguales, queriendo decir que han de tratar a todas las personas con respeto.

Preferir a los ricos es deshonrar a Dios (2.1–7)

¹Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. ²Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, ³y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ⁴¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? ⁵Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? ⁶Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ⁷¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?

Versículo 1. Las divisiones de capítulos y versículos le ayudan al lector en formas que son similares a la puntuación. Agregar puntuación a un texto es parte de la tarea del traductor. En otras palabras, puntuar el texto es parte de los movimientos interpretativos que los traductores tienen que realizar a medida que avanzan de un idioma a otro. Cuando el traductor pone un punto o una coma, a menudo afecta el significado. Lo mismo es cierto para las divisiones de versículos, párrafos o capítulos.

A pesar de su utilidad, las divisiones de capítulos y versículos son más opcionales que los signos de puntuación, como puntos y comas. Los primeros son más intrusivos. Los capítulos y versículos tienden a fomentar una práctica llamada «texto de prueba». Cuando un pasaje se extrae de un contexto del que extrae su significado y se usa en un nuevo contexto para respaldar un significado que originalmente no tenía, se es culpable de «texto de prueba». A veces el proceso es deliberado, sin embargo, en otras ocasiones las personas ofrecen textos de prueba porque no han prestado suficiente atención a los contextos donde se encontraban originalmente los pasajes que citan. Los lectores podrían citar un texto de prueba sin intención maliciosa, es decir, sin ninguna intención de distorsionar un pasaje. Hasta cierto punto, citar un pasaje del todo quiere decir citarlo fuera de contexto, sin embargo, la división de capítulos y versículos fomenta que se le preste aún menos consideración al contexto.

Todo lo anterior tiene relación con el traslado del pensamiento de Santiago cuando pasó de su análisis sobre religión pura en 1.27 a una consideración de parcialidad en 2.1. Mientras Santiago escribía el documento, no había nada que interrumpiera el flujo de ideas. Por el contrario, la división del capítulo entre 1.27 y 2.1 anima a los lectores de hoy a leer 2.1 como si 1.27 tuviera poca o ninguna relación con su significado. Sin ningún análisis crítico, la división de capítulos anima al lector a pasar del tema de la religión pura y pasar a considerar la tendencia de los cristianos a mostrar «favoritismo personal» en 2.1 sin tener en cuenta la conexión entre los dos temas. Las viudas y los huérfanos tienden a estar desconectados de la tendencia a ser parciales para con aquellos que tienen un estatus más alto y más poder para ejercer en virtud de sus posesiones.

A medida que Santiago escribía su carta, la transición del final del capítulo 1 al capítulo 2 fue

fluida. El cuidado de las personas pobres y desamparadas —en otras palabras, de las viudas y los huérfanos— se prestaba naturalmente a considerar los males inherentes en mostrar deferencia para con los ricos. En sí mismo, 1.27 no parece ser un reproche; sin embargo, tomado con la primera parte del capítulo 2, sugiere que estos cristianos serían culpados por descuidar a los pobres y favorecer a los ricos. El uso del negativo *mē* en 2.1, tomado con el imperativo presente en griego, apoya la estrecha conexión entre cuidar de los desamparados y no mostrar favoritismo para con los ricos. Habiendo instruido a sus lectores a «visitar» a las viudas y los huérfanos, Santiago continuó diciendo: **Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin** [esto es, «deje de ser»] **acepción de personas.** Cuando se ignoran las divisiones de capítulos y versículos, es más fácil leer las palabras en 1.27 como telón de fondo inmediato para 2.1. Ver los pasajes juntos no solo ayuda a los lectores a considerar el hecho de que ignorar a los pobres es una forma de parcialidad, sino que también les da una nueva perspectiva sobre pasajes como Mateo 6.24: «Ninguno puede servir a dos señores».

Mostrar «favoritismo personal» era tratar a las personas como si lo que poseían fuera más importante que lo que eran. Equiparar el valor de una persona con los bienes que controlaba era cometer el error del rico necio (Lc 12.20). El que muestra parcialidad prejuzga a una persona sobre la base de algo diferente a los méritos de la persona misma. Dios no le pone atención a la riqueza o reputación de un hombre cuando juzga.

En lugar de «nuestro glorioso Señor Jesucristo», el griego tiene un estilo más deliberado. Traducido más literalmente, dice: «Nuestro Señor Jesucristo, la Gloria». Tenemos que admitir que el genitivo τῆς δόξης (*tēs doxēs*, «de la gloria») es difícil. Sin embargo, dado que Santiago usó el artículo antes del sustantivo, la sugerencia es que «la gloria» funciona como un genitivo de aposición en lugar de solo un término descriptivo.¹ Santiago aparentemente pensó en Jesús resucitado como la manifestación gloriosa de Dios mismo. Aún así, se debe tener cuidado al criticar la Reina-Valera. La traducción que ofrece es común y el griego permite tal interpretación.

El caso genitivo en griego a menudo es des-

¹ Vea 2ª Corintios 8.23 donde Pablo usó δόξα (*doxa*, «gloria») en aposición a los mensajeros que estaba enviando a los corintios, o Efesios 1.17 donde Dios puede entenderse como Padre de «Aquel que es Gloria».

criptivo, y la gramática permite tal uso en este pasaje. Si «de la gloria» es descriptivo, puede que modifique la fe que los cristianos tienen en Jesús o la fe personal de Jesús mismo. Si modifica la fe de los cristianos, el genitivo podría ser subjetivo. En otras palabras, los cristianos han de tener el mismo tipo de fe gloriosa que tuvo Jesús. En tal caso, la oración podría parafrasearse: «No pretenda usted tener la fe gloriosa que el Señor Jesucristo nos modeló en tanto manifiesta favoritismo personal para con los ricos». Alternativamente, puede que «de la gloria» sea un genitivo objetivo. Podría describir la naturaleza gloriosa de la fe que los cristianos tienen en Cristo. Entonces, la paráfrasis sería la siguiente: «No guardes la fe gloriosa que tienes en el Señor Jesucristo mientras que al mismo tiempo demuestras favoritismo personal para con los ricos».

Otra posibilidad es que «la gloria» se use como un adjetivo ordinario para describir la persona de Jesús. En tal caso, no tiene nada que ver con la calidad de la fe que los cristianos tienen en Jesús o la fe de Jesús mismo. Entendiendo la oración de esa manera, la Reina-Valera dice: «que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas». Sin embargo, el artículo antes de «gloria» en la frase favorece un uso aposicional. En ese caso, «gloria» no es un adjetivo que describa «fe» ni a «Jesús». Es un sustantivo que presenta a Jesucristo ante los lectores de una manera distintiva («la Gloria»).

Versículo 2a. Santiago comenzó su ilustración, diciendo: **Porque si en vuestra congregación entra un hombre [...]**. Santiago explicó la forma en que había encontrado que el favoritismo era ofensivo para nuestra fe en Jesucristo. Abordó el favoritismo desde una perspectiva diferente a la de Pablo. Para el apóstol de los gentiles, el mensaje del evangelio implicaba que Dios no hacía distinción entre judío y griego. Pablo sostuvo que afirmar que Dios tenía expectativas para los judíos que eran diferentes a las de los gentiles era malinterpretarlo. Las personas de todos los orígenes étnicos, todos los estratos sociales, todos los idiomas y naciones tenían la misma oportunidad de aceptar o rechazar la invitación del evangelio (Ro 2.11; Ef 3.6). Santiago no habría entendido el evangelio de manera diferente, sin embargo, su preocupación era el favoritismo basado en la riqueza o la pobreza, no el favoritismo basado en la etnia.

Cuando Santiago se refirió a «vuestra congregación», ofreció pistas importantes sobre

los tiempos y las presiones económicas bajo las que vivían él y sus lectores. El estatus y las normas sociales no habían sido dejados fuera de la asamblea de la iglesia. Es de interés que aquí el autor no llamó a la congregación una «iglesia». «Iglesia» solo aparece una vez en Santiago (5.14). Usó «iglesia» en su sentido más abstracto, es decir, el cuerpo de cristianos, sea que estén reunidos o no. Cuando quiso referirse a la iglesia como reunida (2.2), Santiago usó la palabra *sunagōgē*. Esta palabra, que se traduce como «sinagoga» en los Evangelios, es la misma que aquí se traduce como «congregación». Aparentemente, Santiago usó la terminología «vuestra congregación» para dejar claro que él tenía la asamblea cristiana en mente, no una asamblea judía donde los cristianos podrían haber estado presentes incidentalmente. El hecho de que la congregación bajo consideración era la asamblea de adoración cristiana se desprende de la referencia al «Señor Jesucristo» en 2.1. Se hace más claro cuando en el contexto, Santiago se refirió al «buen nombre que fue invocado sobre vosotros» (2.7). Es poco probable que Santiago hubiera hecho responsables a sus lectores cristianos por la parcialidad que estaba teniendo lugar en las sinagogas controladas por judíos que no tenían fe en Jesús. Estaba hablando de la asamblea cristiana.

La palabra «iglesia» (*ekklēsia*) y la palabra «sinagoga» (*sunagōgē*) en griego significan aproximadamente lo mismo. Los griegos usaban comúnmente la primera palabra para la asamblea del cuerpo ciudadano de una ciudad donde se consideraban asuntos de estado (vea Hch 19.39, 40). La última palabra tenía un significado más general y podía aplicarse a cualquier tipo de asamblea. Con el paso de los años, a medida que tanto judíos como cristianos deseaban distinguirse unos de otros, los judíos adoptaron la palabra *sunagōgē* para sus lugares de reunión y las asambleas mismas. Los cristianos se decidieron por la palabra *ekklēsia*. El uso de *sunagōgē* para la asamblea cristiana en Santiago 2.2 sugiere que Santiago escribió en un período temprano, quizás antes de que Pablo escribiera sus cartas, cuando la distinción entre el uso judío y cristiano no se había vuelto rígida. Este es el único lugar en el Nuevo Testamento donde *sunagōgē* se refiere a la congregación cristiana.²

² Una palabra estrechamente relacionada, *ἐπισυναγωγή* (*episunagōgē*), se usa para referirse a la asamblea cristiana en Hebreos 10.25. La última palabra también se usa para la reunión de los elegidos al regreso del Señor en 2^a Tesalonicenses 2.1.

En el Nuevo Testamento se asume con más frecuencia que la iglesia había de reunirse para adorar. Cuando Pablo les dio a los cristianos corintios instrucciones sobre lo que habían de hacer «como iglesia» (ἐν ἐκκλησίᾳ, *en ekklēsia*), difícilmente se puede dudar de que se estaba considerando la asamblea (1^a Co 11.18; 14.19, 28, 35). La asamblea de la iglesia era el escenario en el que habían de leerse las cartas de Pablo, Pedro, Santiago o Juan. Cuando Pablo escribió: «... leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo» (Ef 3.4), no quiso decir que sus lectores se llevaran una copia de su carta a casa y la abrieran sobre una mesa. En el mundo del Nuevo Testamento, pocos leían para sí mismos. La lectura era una extensión de los mensajes orales.

Cristianos de Filipos, Corinto u otra ciudad se habrían enterado por primera vez de una carta de Pablo cuando la oyeron leer en su asamblea. La carta de Santiago se habría recibido en las iglesias de la misma manera. Cuando los autores del Nuevo Testamento se refirieron a una asamblea de cristianos, se debe asumir la reunión de la iglesia para adorar a menos que haya evidencia convincente de lo contrario. Sin embargo, no todos han entendido que la «congregación» en Santiago 2.2 es una asamblea de adoración cristiana.

Varios comentarios bien escritos sobre Santiago sostienen que la evidencia convincente en Santiago y en otros lugares exige que la «congregación» en Santiago 2.2 sea identificada como algo diferente al cuerpo cristiano reunido para la adoración. ¿Qué otro tipo de congregación podría estar bajo consideración? Los cristianos a quienes escribió Santiago, se sostiene, seguían la práctica de los judíos. Se encargaban de sus propios procedimientos judiciales (tal vez representados en 1^a Co 6.1–8). El argumento es que las congregaciones que se consideran en Santiago 2.2 son alguna combinación de tribunales judiciales y cristianos. La evidencia de tales reuniones legales judías en el siglo primero se ha interpretado de diversas maneras; sin embargo, al apelar a referencias inciertas en la ley de Moisés y a la práctica judía posterior, algunos han argumentado a favor de que la asamblea en 2.2 era una reunión cristiana con propósitos judiciales.³ Se argumenta que cristianos y judíos se reunían por varias razones; la adoración era solo una de ellos.

³ Roy Bowen Ward, «Partiality in the Assembly: James 2.2–4» («Parcialidad en la asamblea: Santiago 2.2–4»), *Harvard Theological Review (Reseña teológica de Harvard)* 62 (1969): 87–97.

Aquellos que creen que la congregación en 2.2 era una legal apelan al contexto. Santiago había de referirse a los ricos que arrastraban a los cristianos, a los que se dirigía, a los tribunales (2.6). Los judíos parecen haber manejado los asuntos judiciales dentro de sus comunidades, una práctica que aparentemente Pablo creía que los cristianos debían imitar (1^a Co 6.1–8). Si los cristianos a quienes Santiago se dirigía pensaban que pertenecían a comunidades judías, la asamblea que tenía en mente podría haber sido una asamblea judía o cristiana para procedimientos judiciales, no una reunión para el culto cristiano.

Una debilidad de entender la congregación en Santiago 2.2 como una reunión judía es la expectativa de que tanto cristianos como no cristianos dentro de la comunidad judía hubieran recibido la carta que escribió Santiago como autoritaria en algún sentido. Es poco probable que judíos no cristianos hubieran tenido en alta estima una carta escrita por el hermano del judío crucificado que había causado tal revuelo entre sus hermanos en Judea. Un factor adicional que argumenta en contra de la congregación como un tribunal de justicia es que Santiago claramente no tenía simpatía por judíos no creyentes. La distinción que hizo entre «toda la ley» (2.10) y «la ley de la libertad» (2.12) probablemente no habría resonado favorablemente entre los judíos que ya habían rechazado a Jesús como el Cristo. Por estas razones, la congregación donde se presentarían un hombre bien vestido y uno mal vestido se entiende mejor como la asamblea cristiana para la adoración.

Versículo 2b. La reprimenda que Santiago dirigió a sus lectores fue evidente. En 1.9, 10, había contrastado al «rico» con el «humilde» (*tapeinos*), sin embargo, ahora usó una palabra que se refería a los pobres económicamente (*ptōchos*). Es cierto que en algunos Salmos canónicos se usa «el pobre» como virtualmente equivalente al «justo».⁴ La Reina-Valera traduce עָנִי (*'ani*) como «el pobre» en Salmos 10.2, 9 y otros pasajes; sin embargo, la NASB lo consigna como «los afligidos». La NASB

⁴ «Los pobres» también se utiliza en obras antiguas como los Salmos de Salomón, que se remontan a finales del siglo primero d.C. El autor llamó a Dios «el refugio de los pobres» (5.2) y «la esperanza de los pobres y los necesitados» (5.11). El contexto difícilmente permite que los pobres sean iguales a los materialmente desposeídos. (R. B. Wright, trad., «Psalms of Solomon» [«Salmos de Salomón»], en *The Old Testament Pseudepigrapha [Seudoepigrafía del Antiguo Testamento]*, ed. James H. Charlesworth [New York: Doubleday, 1985], 2:656–57.)

ha entendido que la palabra hebrea para «los pobres» equivale a los piadosos.

Cuando Santiago se refirió al «pobre», no estaba refiriéndose a los piadosos y temerosos de Dios. Para él, «el pobre» quería decir principalmente aquellos que tienen pocos recursos materiales. El **pobre** que entró en la congregación tenía **vestido andrajoso**, y contrastaba con el hombre que tenía un **anillo de oro** y estaba vestido **con ropa espléndida**. La relevancia de la posición social reflejada por el «anillo de oro» es clara en la parábola del hijo pródigo. Su padre, el anciano, pidió que le pusieran un anillo en el dedo (Lc 15.22) como señal de que el hijo pródigo había de ser aceptado nuevamente en el estado próspero y privilegiado de la familia.

El triple retorno de Santiago a la consideración de los pobres (1.9–11; 2.1–7; 4.13–5.6) indica que el autor esperaba que sus lectores cristianos se encontraran entre los económicamente destituidos. Su conocimiento de la situación económica de los cristianos en Judea le facilitó asumir la misma situación en zonas más remotas de la diáspora. El autor probablemente tenía la intención de que judíos cristianos leyeran su carta en toda la provincia romana de Siria.

Versículo 3. Para aquellos de sus lectores que podrían haber sostenido que Santiago estaba yendo demasiado lejos cuando equiparó el comportamiento de ellos con favoritismo, señaló la forma en que probablemente reaccionarían cada vez que un hombre de aspecto rico y un hombre de aspecto pobre entraran en su asamblea. Él escribió: ... y **miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado**. El mundo social que los rodeaba estaba tan arraigado en los cristianos que éstos debían mostrar deferencia por hombres ricos y poderosos, Santiago estaba seguro de que habían adoptado ese comportamiento incluso en sus reuniones de adoración. Santiago no podía aceptar ese favoritismo como la norma. La iglesia constituía el reino davídico que los profetas habían anunciado. El Señor la había erigido sobre la premisa de que Dios ama a todos los hombres por igual. Fue Jesús quien proclamó que Dios era imparcial con Su forma de describir a Lázaro (no al hombre rico), quien fue llevado al seno de Abraham (Lc 16.22).

El ejemplo usado por Santiago, a primera vista, parece ser una casualidad poco probable. El autor tiene que suponer que hombres ricos y pobres al

azar entraban en la asamblea de adoración cristiana sin ser conocidos ni invitados. El punto que Santiago quería subrayar se vuelve menos problemático una vez que lo eliminamos del ámbito de lo literal. La situación es de fabricación del autor. Lo dijo para favorecer lo que quería dejar claro, no porque reflejara un evento real. Santiago comenzó su oración en 2.2 con *ἐὰν γὰρ (ean gar)*, que quiere decir «Porque si sucediera lo siguiente» o «Supongamos que sucediera». Usando una circunstancia así de hipotética, Santiago acusó a sus lectores. La forma en que estaban siendo sumisos para con los ricos era vergonzosa. No podría ser peor si hubieran sido tan insensibles como para ceder ante el hombre rico en su asamblea de adoración y señalarle al pobre un asiento degradante.

Es probable que el autor no tuviera experiencia de primera mano con la mayoría de las iglesias que habían de leer su carta. Difícilmente podría haber tenido en mente asambleas de adoración específicas. Santiago usó una situación hipotética en este caso como lo hizo en otras partes de la carta para dejar claro su argumento. En 2.15, por ejemplo, no tenía en mente a ningún hermano o hermana indigente que necesitara comida y ropa. De manera similar, no tenía en mente a ninguna persona o asamblea específica cuando escribió acerca de un hermano rico y un hermano pobre que asistían a la asamblea cristiana. Su acusación de los cristianos que conducían a los ricos a un asiento privilegiado es del orden de 4.2: «Codi-ciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia». En todos estos casos, el autor recurrió a la hipérbole para inculcarles a sus lectores las implicaciones de su comportamiento. Tan improbable era que los primeros lectores de Santiago hubieran cometido literalmente un homicidio como improbable era que literalmente hubieran cedido el mejor asiento en la casa a un hombre rico. Sin embargo, habían cedido ante los ricos de formas menos obvias. La realidad de la parcialidad hacía que la ilustración hipotética fuera aún más contundente.

Versículo 4. Santiago terminó diciendo: **¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos?** Cuando los cristianos mostraban parcialidad, se hacían «jueces» que usaban razonamientos perversos o «malos pensamientos» para hacer distinciones; en el proceso, negaban la fe que profesaban en Jesucristo. Los lectores de Santiago no habían asimilado las lecciones que Jesús enseñó. Continuaban afirmando que el valor de un hombre

estaba determinado por su riqueza (Lc 12.13–21). En contraste, Moisés había decretado: «No harás injusticia en el juicio; ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo» (Lv 19.15). La acusación de Santiago es digna de los grandes profetas de Israel del siglo dieciocho. El autor estaba acusando un sistema, no un hecho específico, que consideraba injusto. Le inquietaba el estado mental adoptado por cristianos que favorecían a los ricos debido a las trampas de la riqueza. Debido a que la cultura que los rodeaba favorecía a los ricos, los cristianos habían adoptado el patrón de comportamiento del mundo. Su favoritismo no tenía nada que ver con el carácter o forma de vida de quienes interactuaban con la iglesia.

¿Por qué agricultores ordinarios, zapateros o barrenderos mostrarían parcialidad para con los ricos? Quizás esperaban recibir favores de ellos. Tal vez los obreros aceptaban la propaganda de que los ricos son más inteligentes o trabajan más duro o tienen alguna cualidad que los hace dignos de deferencia y favoritismo. Santiago rechazó todo ese razonamiento. Mostrar favoritismo debido a la riqueza no era más perdonable que la parcialidad basada en la raza o la nacionalidad o cualquier otro estándar artificial. En lo que respecta a Santiago, la deferencia para con los ricos no estaba muy lejos del despojo de los pobres (vea Is 3.14).

Versículo 5. Con las palabras **Hermanos míos amados, oíd**, el pensamiento de Santiago pasó de lo que podría suceder en la asamblea de la iglesia a una consideración más generalizada de lo irrazonable de mostrar parcialidad para con los ricos. Santiago estaba alineado con los profetas en su aborrecimiento de la injusticia social que veía dirigida a los pobres (Am 4.1; Miq 2.1, 2; 3.1–3). Dios era amigo de los pobres, los indigentes y los humildes (Sal 10.17, 18; 34.18, 19; 102.16, 17; Is 11.4). «Así libra de la espada al pobre, de la boca de los impíos, Y de la mano violenta» (Job 5.15). Los ricos tienen recursos para cuidar de sí mismos; los pobres necesitan el apoyo de un defensor. El autor recurrió a una pregunta retórica: **¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?** El uso por parte del autor del negativo οὐ (ου) exige que su pregunta provoque una respuesta positiva. Puede que las riquezas sean el resultado de un trabajo honesto, sin embargo, no todos los ricos se han enriquecido por medios justos. Algunos acumulan riquezas a

expensas de los impotentes y los crédulos. La Biblia difícilmente es la única que condena la explotación de las necesidades de los pobres.

En el curso de sus amonestaciones, Santiago recurrió a la palabra «reino» (βασιλεία, *basileia*) esta vez en su carta. Con su uso, el autor ha apelado a un vocabulario claramente cristiano para recordarles a sus lectores que los pobres eran «herederos» del reino de Dios (vea Lc 6.20; Ef 1.11). Los cristianos a los que se dirigió Santiago no habrían debatido sobre el hecho de que Dios eligió a los pobres. Sabían que lo que decía era cierto, sin embargo, no estaban traduciendo el conocimiento en comportamiento. En cierto nivel, parecen haber creído que las riquezas mismas eran evidencia del favor de Dios. Las preguntas retóricas que planteó Santiago implican una fuerte reprimenda, sin embargo, el autor suavizó sus palabras de disciplina apelando a sus lectores como sus «hermanos amados». En un examen más detenido, Santiago demostró estar más inmerso en el pensamiento y terminología cristianos de lo que parecía estar a primera vista.

Dios ha escogido o elegido a aquellos que participan de las bendiciones de Cristo, sin embargo, la palabra ἐκλέγομαι (*eklegomai*) no implica la elección de unos pocos elegidos antes de la fundación del mundo. La predestinación individual estaba lejos de la mente de Santiago. Los pobres son los mansos y humildes. Son ellos cuyas mentes están dispuestas a apoyarse en la gracia de Dios. Son los pobres los que han acogido el reino «que ha prometido a los que le aman». Estar entre los elegidos no es una relación con Dios que se encuentre pasivamente. Los pobres son los que buscan el reino, y en éste está su elección. Dios extiende gracia de manera gratuita; los elegidos se apoderan de ella con fe y obediencia. De esta manera, son salvos del pecado.

Versículos 6, 7. Después de una acusación sumaria, Santiago planteó dos preguntas retóricas a sus lectores cristianos. 1) **¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales?** 2) **¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?** Los tribunales en cuestión podrían haber sido los administrados por judíos de la diáspora para la resolución de disputas dentro de sus comunidades. Incluso si ese fuera el caso, la referencia a «tribunales» en 2.6 no tiene una conexión necesaria con la «congregación» en 2.2. El tema, sin embargo, sigue siendo la demostración de parcialidad para con los ricos. Mientras Santiago continuaba con sus

cargos contra los cristianos por su favoritismo, los ricos eran objeto de un escrutinio más detenido.

El pronombre «vosotros» se refiere a los lectores cristianos de Santiago; eran los pobres los que eran llevados a los tribunales. Ambos eran los que mostraban favoritismo para con los ricos y los que llevaban el buen nombre blasfemado por aquellos a quienes favorecían. Sufrían a manos de los ricos y deshonraban a los suyos. Es éste hecho de ser oprimidos y ser uno con los opresores lo que Santiago no podía tolerar. Para él, no existía confusión entre «ellos» (los ricos) y «vosotros» (los pobres). Los ricos estaban oprimiendo a los pobres. *Ellos* estaban arrastrando a los pobres a los tribunales y *ellos* estaban blasfemando «el buen nombre».

Sea que sus lectores estaban siendo oprimidos por razones religiosas o no, es irrelevante. Sus lectores eran los pobres y, por tanto, los humildes (1.9). Los ricos estaban oprimiendo a los pobres porque eran vulnerables. Los ricos y poderosos podían oponerse a los pobres porque éstos podían ser utilizados con impunidad. La posibilidad de que los pobres recibieran justicia en el mundo del siglo primero era tan pequeña como en otros períodos. Por frustrante que fuera, los cristianos a los que se dirigía Santiago no solo habían favorecido a los ricos, también habían asumido su mentalidad, la mentalidad de sus opresores, lo que era una vergüenza para ellos.

La ley real de Dios es que amemos al prójimo (2.8–13)

Los Diez Mandamientos habían sido divididos tradicionalmente en dos partes, podría decirse en «dos tablas». Los primeros cuatro tienen que ver con las personas y su relación con Dios (Ex 20.2–11; Dt 5.6–15). Jesús los resumió bajo el título de Deuteronomio 6.4, 5: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas». Jesús dijo que este era el mayor de los mandamientos (vea Mr 12.29, 30). La segunda «tabla» de los Diez Mandamientos se refiere a las personas en sus relaciones entre sí (Ex 20.12–17; Dt 5.16–21). Jesús resumió los últimos seis mandamientos usando las palabras de Levítico 19.18: «No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová» (vea Mr 12.31). El Señor le llamó al mandamiento «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» el segundo de los mandamientos, después de Deuteronomio 6.4, 5.

En el Nuevo Testamento, el segundo de los mandamientos recibe más atención que el primero.⁵ Cuando Jesús dijo: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mt 7.12), fue simplemente una paráfrasis de Levítico 19.18. No sorprende que, cuando Santiago acusó a los cristianos de mostrar parcialidad basada en posesiones materiales, apeló al mismo pasaje.

⁸Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; ⁹pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. ¹⁰Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. ¹¹Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. ¹²Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. ¹³Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.

Versículo 8. Es imposible mostrar parcialidad y al mismo tiempo practicar **la ley real**, la ley que dice: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo** (vea Lv 19.18). Pedrito U. Maynard-Reid sugirió que algunos de los cristianos a los que se dirigió Santiago habían sostenido que, en mostrar favoritismo para con los ricos, demostraban su amor por sus prójimos. Puede que hayan racionalizado que los recursos controlados por los ricos serían filtrados hacia los pobres; sin embargo, para que eso sucediera, los pobres necesitaban estimar a los ricos. Si estaban razonando de esa manera, Santiago lo rechazó sin pensarlo dos veces. Su vinculación del favoritismo con el homicidio y el adulterio (2.11) es «una indicación de cuán atroz es para Santiago el crimen de la discriminación contra los pobres».⁶ La acepción de personas era, en efecto, rechazar la ley de Moisés.

Además de decir que la acepción de personas era imposible de reconciliar con el amor al prójimo, Santiago le llamó a Levítico 19.18 «la ley real». El

⁵ Vea Mt 5.43; 19.19; 22.39; Mr 12.31–33; Lc 10.27–29, 36; Ro 13.8–10; 15.2; 1^a Co 10.24; Ga 5.14.

⁶ Pedrito U. Maynard-Reid, *Poverty and Wealth in James (Pobreza y riqueza en Santiago)* (Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1987), 66.

comentario que el autor quiso hacer sobre el amor al prójimo como a sí mismo al llamarle «la ley real» es menos que obvio. ¿Por qué Levítico 19.18 es «real»? Cuales son las posibilidades? 1) Amar al prójimo como a uno mismo podría haber sido «real» porque era supremo o fundamental para todo lo que declaraba la ley de Moisés. Su realeza estaba en su supremacía. 2) Quizás su realeza consistía en su parentesco con el gran Rey. Dios mismo había dado la ley. «La ley real» era básica para el sistema moral prescrito por el Dios real. 3) Amar al prójimo como a uno mismo puede haber sido real debido al énfasis que le dio Jesús, el «Señor de señores y Rey de reyes» (Ap 17.14; 19.16). 4) Santiago podría haberle llamado a esta ley «real» porque esperaba que los cristianos la obedecieran voluntariamente sin obligación. No solo habían de obedecerla, también habían de acogerla. Así como un rey obedece sus propias leyes porque comprende la razón fundamental detrás de ellas, los cristianos habían de amar a sus prójimos porque comprendían su importancia.

Dado que Jesús estableció este pasaje de Levítico 19.18 junto con Deuteronomio 6.4, 5 como el mayor de los mandamientos de Dios, es probable que Santiago estuviera diciendo que esta ley es la ley suprema porque todas las demás normas de conducta interpersonal se derivan de ella. De ello se deduce que no es posible respetar a Dios aparte del amor al prójimo. El número dos en la lista anterior expresa mejor la realeza del amor por el prójimo como a uno mismo. El punto crucial es que apelar a Levítico 19.18 exige que los cristianos detengan la práctica de mostrar parcialidad para con los ricos. Santiago insistió en que no era posible obedecer la ley suprema que Dios había dado para gobernar las relaciones humanas mientras se practicaba la parcialidad para con los ricos. Romanos 13.8 sugiere lo mismo. El hermano del Señor apenas presentó una postura doctrinal incompatible con el apóstol de los gentiles.

Versículo 9. La muestra de **acepción de personas** no había de descartarse como si fuera un hábito intrascendente. No era una práctica secundaria al respeto y honor que los cristianos habían de rendirle a Dios. Santiago sostenía que la parcialidad, esto es, respetar a las personas sobre la base de la riqueza, la raza o cualquier otro estándar externo, se oponía fundamentalmente al mandamientos de Dios de que los cristianos amen a sus prójimos como a sí mismos. De ello se desprende, insistía Santiago, que hacer tal cosa era cometer **pecado**.

La acepción de personas, como otros pecados, separaba a las personas de Dios y las hacía **convictos** como **transgresores**.

El autor adaptó como verbo en 2.9 (προσωπολημπτέω, *prosōpolēmpτεō*, «hacer acepción de personas») el sustantivo que había usado previamente en 2.1 (*prosōpolēmpsia*, «favoritismo personal» o «acepción de personas»). Pablo usó el sustantivo «acepción de personas» para negar que Dios favorecía a los judíos sobre los gentiles (Ro 2.11) y para sostener que Dios juzgará al amo y al esclavo sin prejuicios (Ef 6.9; Col 3.25). Otra forma de la palabra (προσωπολήμπτης, *prosōpolēmpτēs*, «el que muestra parcialidad» o «hace acepción de personas») aparece en Hechos 10.34, donde Pedro sostuvo que la naturaleza de Dios es tal que no hace acepción de personas. La acuñación de estas palabras aparentemente resultó de una frase del Antiguo Testamento que quiere decir «recibir el rostro» de otra persona. Ninguna de las tres palabras aparece en el Antiguo Testamento griego, ni en ninguna literatura escrita antes del Nuevo Testamento.⁷ Se refieren literalmente a la formación de un juicio basado en el rostro de un hombre. En tales casos, se hace un juicio basado en la apariencia superficial. La muestra de parcialidad en las relaciones sociales, dijo Santiago, es un pecado contra Dios.

Puede que Santiago haya sido sensible al prejuicio al favorecer a los ricos debido a los antecedentes que compartía con su hermano, con Cristo el Salvador. La familia de José y María era gente pobre de la tierra. Puede que Santiago haya experimentado de primera mano el tipo de parcialidad que advirtió a sus lectores que evitaran.

Versículo 10. Usando este versículo como texto de prueba, algunos han sostenido que todos los mandamientos de Dios tienen la misma importancia. El que **ofendiere en un punto**, dijo Santiago, **se hace culpable de todos**. Puede que alguien dude de la conclusión y al mismo tiempo admitir que se trata de un punto válido. Algunos mandamientos, sea en la ley de Moisés o en el Nuevo Testamento, son más básicos para la obediencia que otros, sin embargo, ningún mandamiento de Dios puede descartarse con seguridad por carecer de importancia (Mt 5.19). El hacer acepción de personas ha sido

⁷ Peter H. Davids, *The Epistle of James: A Commentary on the Greek Text (La epístola de Santiago: comentario sobre el texto griego)*, The New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 105–6, 115.

el tema de Santiago. Alguien podría sostener que la parcialidad es un pecado pequeño, un asunto trivial en la gran cadena entrelazada del pecado. Santiago objetó, e insistió en que la práctica de la parcialidad no debía descartarse como una trivialidad. Tratar al pobre con la misma justicia, equidad e imparcialidad era un mandamiento de Dios tanto como la prohibición del homicidio o el adulterio. Quebrantar cualquiera de los mandamientos de Dios es alejarse de Él y hacerse transgresor.

La unidad de la ley era el interés de Santiago. Los infractores suelen tener una tendencia a excusar su propio comportamiento a la ligera. Un hombre violento podría descartar el abuso de su esposa e hijos diciendo: «Al menos no soy un ladrón de bancos. Al menos visité a mi amigo enfermo la semana pasada. Al menos yo pago el alquiler y las facturas de los servicios públicos». El hacer buenas obras no es justificación para hacer cosas malas. Nadie almacena ningún exceso de bondad de manera que pueda gastarlo abusando de personas indefensas en algún otro ámbito. Santiago sostenía que la ley de Dios se mantiene como un todo unificado («se hace culpable de *todos*»; énfasis añadido). Un pecado del corazón como el odio, un pecado de disposición como la parcialidad y un acto manifiesto como el adulterio son todos malos. Hacer cualquiera de ellos es pecar contra Dios. Se podría pensar en la ley de Dios como una cadena entrelazada. No es un asunto trivial romper la cadena en cualquier punto.

Para aquellos que deseen sostener que cada mandamiento de Dios tiene la misma relevancia o tiene las mismas consecuencias, el Nuevo Testamento ofrece muchas pruebas de lo contrario. En un punto, un interprete de la ley le pidió a Jesús que le dijera qué mandamiento de la Ley era el mayor. El Señor podría haber descartado la pregunta diciendo: «Ningún mandamiento es mayor que otro. Todos son iguales». El hecho de que Jesús haya respondido a la pregunta es evidencia de que pensaba que algunos mandamientos eran más importantes que otros. El Señor dijo que la Ley y los Profetas dependían de dos mandamientos (Mr 12.28-31). El más importante, y por lo tanto el mayor de todos los mandamientos, era amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas (vea Dt 6.5). Un segundo lo seguía de cerca: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (vea Lv 19.18).

En otro lugar, Jesús dijo que la Ley y los Profetas se podrían resumir en el mandamiento de tratar a los demás como uno desea ser tratado (Mt

7.12). Jesús les dijo a los fariseos que la justicia, la misericordia y la fidelidad eran más fundamentales para hacer la voluntad de Dios que el diezmo de las hierbas de sus huertos (Mt 23.23). Los mandamientos de Dios tienen un orden, una prioridad. El Señor no dio ningún indicio de que todos los mandamientos tuvieran la misma relevancia. Ciertamente, el quebrantamiento de todas las leyes no tiene las mismas consecuencias, al menos no en este mundo.

Santiago tenía algo específico que dejar claro cuando afirmó que si se tropezaba en un acto de desobediencia, se convertiría en culpable de quebrantar la ley en su conjunto. Sin embargo, el hermano del Señor no afirmó que todos los elementos de la ley de Dios tuvieran la misma relevancia. Por el contrario, acababa de afirmar que amar al prójimo era una «ley real» (2.8), por lo que aparentemente quería decir que era de alguna manera más básica e importante que otras leyes que se clasificaran bajo ella. La importancia relativa de varios elementos de la ley tiene poco que ver con lo que Santiago quería dejar claro.

Versículo 11. Es difícil saber cómo usó Santiago la palabra «ley» en la frase **transgresor de la ley**. Para dejar claro su punto, citó los mandamientos sexto y séptimo del Decálogo: **No cometerás adulterio** y **No matarás**. Aún así, es poco probable que Santiago equiparara la «ley» con los Diez Mandamientos o incluso con los cinco libros de Moisés. La revelación de Dios por medio de Jesucristo fue de alguna manera parte integral de lo que el autor quiso decir con «ley». Después de todo, su enseñanza sobre la parcialidad había comenzado con una alusión a poseer la fe de Jesucristo (2.1). Santiago probablemente entendió que la revelación de Jesús era una extensión lógica y una amplificación de la ley de Moisés. Por lo tanto, obedecer a Jesús era obedecer la ley, y obedecer la ley era obedecer a Jesús. De ello se desprende que cada vez que la obra y las palabras de Jesús modificaban la ley de Moisés, honrábamos a Moisés al escuchar a Jesús. El resultado fue que la ley de Moisés modificada y ampliada por Jesús era «la ley de la libertad» (1.25; 2.12).

Como Santiago, Pablo testificó de la unidad de «la ley», incluso si su perspectiva era diferente. La preocupación de Pablo estaba en aquellos que eran selectivos en su obediencia a los aspectos ceremoniales de la ley de Moisés. Él escribió: «Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley» (Ga 5.3).

¿Por qué es así? Porque la Ley es un todo unificado; no podemos escoger y elegir. Si se acoge la circuncisión, entonces lógicamente se tiene que aceptar, por ejemplo, el sistema de sacrificios con todo lo que implica. Uno se somete a la Ley o no. Al mismo tiempo, Pablo citó la Ley como autoritaria para el comportamiento cristiano, sin embargo, fue la Ley modificada y ampliada por Jesús la que era relevante. En Cristo, hay un «nuevo pacto» (2ª Co 3.6). Pablo y Santiago estarían de acuerdo en que tanto el pacto dado por Moisés como el dado por Cristo tienen que recibirse con seriedad como un todo. Los cristianos deben acatar el pacto dado por medio de Moisés en la medida en que el espíritu y las palabras del Antiguo Testamento estén incluidos en el Nuevo Testamento. Para Santiago era importante que nada de lo que Dios había dado, incluida Su instrucción sobre la parcialidad, fuera descartado a la ligera.

Versículo 12. Por segunda vez, Santiago usó la frase **ley de la libertad** (vea 1.25). El término «libertad» es la forma como comúnmente se traduce (ἐλευθερία, *eleutheria*) en la Reina-Valera. Las palabras «ley» y «libertad» difícilmente evocan pensamientos paralelos. Algunos criticaron a Pablo afirmando que su enseñanza sobre la gracia asumía que el pecado era algo bueno: cuanto más pecado, más gracia (Ro 3.8; 6.1). Como Pablo, Santiago rechazaba tal punto de vista. Al usar «ley» y «libertad» en combinación, Santiago sugirió que la ley de Dios y Su gracia pueden estar juntas en Cristo. Sophie Laws observó que las amplias referencias de Santiago a hablar y comportarse ponen el énfasis «no en la observancia de una suma total de minucias, sino en el mantenimiento de una completa integridad de palabra y obra». ⁸ Sin embargo, el desafío para el cristiano es darse cuenta de una integridad que lo abarca todo modelando su vida en el ejemplo de Cristo, incluso en las minucias del día a día. Para Santiago, cualquiera deshonra a Dios cuando devalúa la importancia de cualquier requisito de la ley, sea en la demostración de imparcialidad o en el rechazo del adulterio.

El cristiano no duda en hablar de la ley bajo la cual vive y de la ley por la que será **juzado**. «Libertad» es un calificativo que puede adjuntarse a «ley» cuando se ha llegado a conocer a Jesús. En Cristo, no solo se obedece la ley, también se absor-

⁸ Sophie Laws, *A Commentary on the Epistle of James (Comentario sobre la epístola de Santiago)*, Harper's New Testament Commentaries (San Francisco: Harper & Row, 1980), 116.

be. Vivir en armonía con Cristo no es una carga que hay que asumir, sino una puerta abierta a la libertad y la vida. Es poco probable que un judío hubiera hablado de la ley de Moisés como una «ley de la libertad». Los judíos hubieran pensado tanto en interiorizar la Ley como en obedecerla, sin embargo, el énfasis habría estado en las restricciones impuestas por la Ley, no en la libertad que otorgaba.

Versículo 13. Hablando gramaticalmente, las palabras **juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia** podrían referirse 1) al juicio de Dios sobre el ofensor. La afirmación de Jesús «con la medida con que medís, os será medido» (Mt 7.2) parece querer decir que se puede esperar de Dios el mismo tipo de dureza o generosidad que se muestre a la hora de juzgar a los demás. La misma noción aparece en la oración del Señor: «Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6.12). 2) Una segunda posibilidad es que Santiago se refirió a los juicios que las personas hacen unas de otras. Además de enfrentarnos a Dios en juicio al final de la era (Ro 2.5–11), hacemos y recibimos juicios de nuestro prójimo a lo largo de la presente era. Si los juicios bajo consideración son aquellos que las personas hacen unas de otras, el significado del versículo es que otros juzgarán al ofensor de acuerdo con la forma en que lo han observado juzgando a sus iguales. Si no se ha tenido misericordia, no se recibirá ninguna.

Las dos posibilidades anteriores expresan verdades importantes, y cada una puede establecerse en varios lugares de las Escrituras.⁹ Sin embargo, el contexto requiere que la declaración de Santiago sea un resumen de la forma en que Dios emitirá juicio. El autor acababa de observar que todos «habéis de ser juzgados por la ley de la libertad» (2.12). En 2.13, Santiago hizo una pausa para evitar que sus lectores avanzaran con su razonamiento más de lo que pretendía. Se podría argumentar que la misericordia revelada en Cristo ha anulado los hechos de responsabilidad y juicio, sin embargo, Santiago no lo permitiría. La idea del versículo es que «la misericordia modera la indignación del

⁹ Veá, por ejemplo, el juicio que las tribus de Judá y Simeón dictaron contra Adoni-bezec. Así como había cortado los dedos gordos de los pies y los pulgares de otros y los había obligado a buscar comida debajo de su mesa, tuvo que soportar el mismo castigo (Jue 1.7). La llamada *lex talionis*, la ley de retribución en especie, trata el mismo tema (Ex 21.23–25).

juicio», no que la misericordia elimina el justo juicio de Dios.

El juicio de Dios constituye el interés de 2.13, sin embargo, el versículo plantea otras preguntas. La declaración **la misericordia triunfa sobre el juicio** podría querer decir 1) la misericordia que la persona piadosa ha mostrado triunfa sobre el juicio de Dios, que de otro modo habría sido su condenación; o 2) la misericordia de Dios triunfa sobre el requisito estrictamente legal de que seamos condenados por nuestro pecado. Santiago expresó un pensamiento similar en 1.5 cuando dijo que Dios «da a todos abundantemente y sin reproche». La misericordia triunfa sobre el juicio gracias a la obra expiatoria de Cristo. Dado que la conducta ha sido el tema de los versículos anteriores, es probable que Santiago quiso decir que las obras misericordiosas que se han realizado serán la apelación cuando se esté frente a Dios en juicio. En el contexto inmediato, Santiago ha sostenido que no se puede mostrar misericordia para con los pobres mientras se muestra parcialidad para con los ricos.

LA FE SIN OBRAS ES INCOHERENTE (2.14–26)

Pocos asuntos son tan característicamente cristianos como la solución que Jesús y Pablo ofrecieron a la pregunta «¿Cómo agradar al poder (o poderes) divinos?». Para los cristianos, por supuesto, el poder Divino es igual a Yahvé, el único Dios, el Dios de Israel; sin embargo, de una forma u otra, todas las religiones luchan con la interrogante. Rituales, alabanzas, templos y sacrificios son respuestas características. Si las personas pueden hacer lo suficiente por Dios, Él los bendecirá. El mensaje de Jesús, elaborado por Pablo, es que el pecado requiere que las personas abandonen el esfuerzo de ser justos delante de Él. Las personas son pecadoras. Jesús señaló el pecado acusando a sus iguales religiosos santurriones, sin embargo, Pablo fue más explícito, y dijo: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23). «No hay justo, ni aun uno» (Ro 3.10). «... aun estando nosotros muertos en pecados» (Ef 2.5).

Jesús ilustró que todos están bajo pecado señalando el fracaso de aquellos que eran aclamados como justos. De manera similar a las palabras de Juan el Bautista, Jesús se dirigió a algunos fariseos (quienes se autoproclamaban guardianes de la justicia) como una «Generación de víboras» cuya maldad teñía el carácter de ellos (Mt 12.34;

vea 3.7). Aquellos que recorrían tierra y mar para hacer un prosélito, dijo Jesús, hacían al converso «dos veces más hijo del infierno que vosotros» (Mt 23.15). Inspirado por el Espíritu, Pablo dijo claramente lo que Jesús había insinuado. Judíos y gentiles habían fallado en el objetivo de la justicia. Los sacrificios y los templos, los sacerdotes y los holocaustos no habían comprado la benevolencia de Dios. La brecha entre lo humano y lo Divino no había sido superada mediante la amistad. En cambio, reinaba la enemistad (Col 1.21). Ninguna cantidad de «buenas obras» era suficiente para sofocar la mancha del pecado. El comportamiento de las personas disgustaba al Hacedor. Los hijos de los hombres hacen bien en renunciar a su esfuerzo de traer a la Divinidad a su pensamiento, de manipularlo con dones, de fingir una justicia autodefinida.

Jesús trajo un nuevo enfoque para salvar la brecha entre el Creador y Su creación. Dios envió a su Hijo, un Hijo que era Dios mismo (Jn 1.1). El Hijo fue completamente humano (He 4.15), sin embargo, aun en carne humana permaneció completamente Dios (Jn 1.14). Vivió libre de pecado. Sufrió vicariamente en la muerte para pagar el precio de reconciliar la humanidad contaminada por el pecado con el Hacedor (Ef 2.13–18). Por lo tanto, en la revelación de la unidad de Dios y la necesidad de la obediencia, una revelación hecha a Abraham y Moisés, Jesús y el Espíritu han introducido la doctrina de la gracia. Las iniciativas de los hombres han fracasado; Dios ha dado el primer paso para salvar por gracia. En las palabras de Pablo, «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef 2.8).

El cristiano canta: «¡Aleluya!». El camino de la reconciliación con Dios ha sido abierto por la sangre del Cordero. La gracia ha resuelto el problema, ¿o no? Dado que la salvación es por gracia, surge una nueva pregunta: ¿Dónde encaja la obediencia? Los críticos de Pablo lo acusaron de dar a entender que el pecado era algo bueno. Si la gracia es algo bueno, y si los pecadores perdidos solo pueden ser salvos por gracia, ¿más pecado resulta en más gracia! «Pequemos», dijeron, «para que abunde la gracia» (vea Ro 6.1). Pablo rechazó la premisa sobre la que se basaba la acusación. En otras palabras, rechazó la noción de que la gracia y la fe no están conectadas con la moralidad, la obediencia y las obras. Pablo luchó por mantener las buenas obras en la ecuación de la salvación por

gracia mediante la fe con una negación vehemente de que la doctrina que predicaba hacía innecesaria la obediencia, por lo que escribió: «los hacedores de la ley serán justificados» (Ro 2.13).

¡Entonces entra Santiago! Es posible que haya escuchado algunas de las críticas que habían sido dirigidas contra Pablo, o puede que haya escuchado a algunos cristianos razonar que la obediencia no estaba relacionada con la reconciliación con Dios. Santiago estaba completamente comprometido con la doctrina que Pablo predicaba. La salvación fue por gracia mediante la fe, sin embargo, también sabía lo que Pablo sabía. La doctrina no había borrado la necesidad de obedecer a Dios. Las dos doctrinas, la salvación por gracia y la necesidad de obras, coexisten en tensión dinámica. Ambas frases son verdaderas: 1) La salvación es por gracia mediante la fe. 2) La salvación es por la respuesta del pecador a Dios en obediencia.

Pablo y Santiago abordaron la relación entre la gracia y las obras desde diferentes ángulos. Pablo enfrentó una mentalidad acostumbrada a la ecuación de la justificación y obras humanas. Rechazó esa mentalidad y apeló a la gracia. Santiago enfrentó una mentalidad que sostenía que la justificación no tenía nada que ver con las obras. La rechazó y apeló a la inseparabilidad de la fe y las obras. Para Santiago, y para Pablo, las obras estaban tan estrechamente alineadas con la fe, que hablar de una sin la otra era un oxímoron. Sería como intentar hablar del matrimonio sin mencionar tanto a la novia como al novio.

FE, NO SUSTENTADA POR OBRAS (2.14–17)

¹⁴Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? ¹⁵Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, ¹⁶y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? ¹⁷Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

Versículo 14. Cuando Santiago escribió la primera parte de su carta, mencionó varios temas, los trató a la ligera y luego pasó a explorarlos con más detalle a medida que se desarrollaba la carta. Tenía algunas palabras que decir sobre los humildes y los ricos (1.9–11), sin embargo, examinó el asunto

con más detalle en el curso de su enseñanza sobre la parcialidad (2.1–13). Ya había escrito acerca de los hacedores de la palabra, y había comparado al hacedor con el que era únicamente un oidor (1.22–25). Habiendo introducido el tema, Santiago ahora estaba listo para explorar con más detalle las implicaciones para las obras o la obediencia cuando la salvación viene por gracia por medio de la fe.

Santiago trajo la totalidad de la historia israelita a preguntas sobre la interacción de la fe y las obras. Además de la historia israelita, aportó las enseñanzas peculiares de Jesús de Nazaret. Además, durante las dos primeras décadas de su existencia, la iglesia era un cuerpo dinámico de personas que trabajaban con doctrinas antiguas y nuevas. Nuestro conocimiento es escaso cuando preguntamos cómo incorporó la carta de Santiago la predicación, la enseñanza y la escritura de los primeros cristianos. La plenitud de la doctrina cristiana no se desarrolló en un día. Desde el punto de vista del mundo moderno, es imposible fechar y explorar las interacciones y la predicación, las personalidades y las controversias, que conmovieron la iglesia primitiva cuando el Espíritu Santo develó y agregó a la doctrina que había estado en proceso de desarrollo durante un largo período de tiempo. Sin embargo, es posible descubrir en la carta de Santiago algunos ladrillos de construcción sobre los que se encontraba. El autor hizo algunas suposiciones sobre las interacciones de las obras y la fe, luego avanzó en su pensamiento. Los cristianos pueden beneficiarse por pensar junto con el autor.

En primer lugar, sin explorar las implicaciones, Santiago dijo que una vida que agrada a Dios trata a su prójimo humanamente y con compasión. Dicho de manera negativa, el primer paso para agradar a Dios no es el dominio de una serie de rituales. Su apelación posterior a Abraham y Rahab indica que Santiago no descartó la obediencia a Dios a la ligera. Más bien, dijo que en última instancia, las obras en el enigma de las obras y la fe significan apoyar y edificar al prójimo. La moralidad no se puede borrar de la justicia.

En segundo lugar, el camino hacia el comportamiento guiado por ideales piadosos y éticos nos transporta a lo largo de una creciente conciencia de la maravilla, poder, bondad y soberanía de Dios. En el Antiguo Testamento, el sacerdocio y el sacrificio, los días festivos y las regulaciones dietéticas y todo lo demás encajan en una relación entre el Creador y la criatura. Esto da como resultado el nacimiento y mantenimiento de ideales éticos.

Santiago no descartó la obediencia manifiesta que suponía el ritual mientras relataba el relato del atado de Isaac (2.21). De ellos, los hombres y las mujeres desarrollan un sentido de vida cimentado en significado porque Dios es real. Debido a que Dios es real, importa cómo uno trata a sus semejantes. La religión práctica en sus formas y rituales apoya la moral práctica.

En tercer lugar, el vínculo que une la religión práctica y la moralidad lo constituye la gracia que opera por medio de la fe. Las personas tienden a introducir la idolatría en los caminos de Dios. El ritual se convierte en un fin en sí mismo, un medio por el que lo Divino es aplacado y manipulado. Si los dioses no nos ayudan, tal vez el sacrificio, el sacerdocio y los templos al menos los neutralicen. Cuando la idolatría ha terminado su curso, la ética y la moralidad han sido desplazadas a un lado del camino. Para evitarlo, el único Dios que se reveló a Israel, que además se reveló por medio de Jesucristo, insistió en que Su pueblo pusiera su amor y confianza en Él. En otras palabras, exigió fe. A hombres como Pablo y Santiago, Dios confió el mensaje de salvación por gracia mediante la fe, un mensaje dentro del cual las obras y la obediencia son inherentes. Todo esto proporciona el escenario para la confrontación de la fe con las obras en la carta de Santiago.

Santiago regresó en 2.14 al tema que había comenzado en 1.22. **Hermanos míos, ¿de qué aprovechará...**, Santiago deseaba saber, ... **si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras?** La profesión de religión o fe no puede separarse de la forma en que uno se comporta. La fe como construcción mental abstracta, no acompañada de los frutos de la fe, es vana. La fe salvadora que Pablo analizó tan elocuentemente no puede existir sin obras. Santiago hizo una pregunta de seguimiento: **¿Podrá la fe salvarle?** Comenzando la pregunta con *mē*, Santiago dejó claro que esperaba que la respuesta fuera un «No». La idea de la segunda pregunta es «Ese tipo de fe no puede salvarlo, ¿o sí?». ¹⁰

Algunos de los lectores de Santiago podrían haber conocido a Pablo de primera o segunda mano, o quizás a otros que proclamaban el mismo mensaje. Es posible que lo hayan entendido mal, tal vez de manera voluntaria. Algunas de las personas a las que Santiago escribió podrían haber sostenido que

¹⁰ En contraste, una pregunta como la que se encuentra en 2.25 requiere que la respuesta sea «Sí». La partícula *mē* en una oración interrogativa griega exige una respuesta negativa, mientras que *ou* exige una respuesta positiva.

la fe abstracta en Jesús, divorciada de la conducta del que profesaba fe, traía salvación. Puede que hayan reclamado el apoyo de Pablo, sin embargo, el apóstol de los gentiles no enseñó tal cosa. Al igual que la carta de Santiago, las cartas de Pablo llaman regularmente a los cristianos a llevar el tipo de vida que requiere la fe (por ejemplo, Ro 2.9, 10). Es difícil creer que Santiago argumentaría su caso con tanta fuerza a menos que sus lectores hubieran estado como mínimo expuestos a la salvación por gracia por medio de la fe como lo exponía Pablo.

En la controversia con los judíos cristianos que querían imponerles las leyes ceremoniales del judaísmo a los conversos gentiles, Pablo había insistido en que no existía tal requisito. Para Pablo, las obras a menudo se refieren a la obediencia ceremonial a la Ley. I. Howard Marshall señaló:

Pablo estaba impugnando el malentendido de que la obediencia a la ley judía, especialmente la circuncisión y sus aspectos rituales, era necesaria para ser justificado aquí y ahora; mientras que Santiago cuestiona el malentendido de que si se tiene fe en Dios, esto no tiene por qué expresarse en el amor que Pablo también vio como la expresión indispensable de la fe (Ga 5.6).¹¹

Versículos 15, 16. Como lo hizo a lo largo de la carta, Santiago se basó en el lenguaje y los ideales del Antiguo Testamento. Uno de los sabios de Israel había dicho:

No te niegues a hacer el bien a quien es debido,
Cuando tuvieres poder para hacerlo.
No digas a tu prójimo: Anda, y vuelve,
Y mañana te daré,
Cuando tienes contigo qué darle (Pr 3.27, 28).

Ni Santiago ni otros autores del Nuevo Testamento tenían un Dios nuevo que proclamar; tanto la fe como las obras sustentaron la vida de Israel y la iglesia. La compasión por los necesitados era fundamental para la ley de Moisés, pues dice: «al extranjero no engañarás ni angustiarás», había escrito Moisés, «porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (Ex 22.21). Para Juan, la palabra clave era «amor» en lugar de «fe», sin embargo, el sentimiento era el mismo.

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él

¹¹ I. Howard Marshall, *New Testament Theology: Many Witnesses, One Gospel (Teología del Nuevo Testamento: muchos testigos, un solo evangelio)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2004), 692.

su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?
Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua,
sino de hecho y en verdad (1ª Jn 3.17, 18).

Santiago no ofreció puntos de vista sobre la fe y las obras que no se encuentren en toda la Biblia.

Santiago estaba dirigiéndose a cristianos que tomaban a la ligera su responsabilidad de traducir la fe en conducta, sin embargo, no utilizó ningún incidente específico para dejar claro su punto, así como no tenía ningún incidente específicamente en mente cuando mencionó a un hombre rico que entró en la congregación (2.2). El ejemplo es hipotético. Basándose en situaciones hipotéticas que reflejaban un comportamiento real, Santiago se mantuvo en la tradición de los profetas que insistían en que el cuidado de los necesitados era un factor en su relación con Dios. La difícil situación de los pobres era un asunto de gran preocupación para el hermano del Señor. La desnudez de la que escribió no era literal. Se estaba desnudo cuando se estaba mal vestido, cuando no tenía ἱμάτιον (*himation*), esto es, ninguna vestimenta exterior.¹² El **hermano o una hermana [estaban] desnudos, y [tenían] necesidad del mantenimiento de cada día** cuando él o ella estaba afligido por la pobreza. Aunque el contexto es diferente, los principios que se encuentran en Romanos 15.1, 2 pueden ser aplicados a esta situación: «Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación».

En lugar de ilustrar específicamente con un incidente que él o sus lectores conocían de manera personal, Santiago mantuvo su disciplina en el ámbito de lo hipotético. La suposición es que esta persona que despidió al necesitado cuando tenía los medios para ayudarlo, afirmaba ser una persona de fe. En tal caso, Santiago dijo que es una profesión vacía. El contraste no es entre fe y obras; más bien está entre una fe vacía y una fe significativa. Es probable que sea significativo que el autor haya utilizado dos verbos en la voz media. Nuestro idioma no tiene una voz media formal, solo una

¹² El ἱμάτιον (*himation*) a veces se usaba genéricamente para cualquier prenda, sin embargo, comúnmente quería decir un manto, una prenda exterior. El χιτῶν (*chitōn*) era la prenda interior parecida a una camisa. (Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva]*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker [Chicago: University of Chicago Press, 2000], 475, 1085.)

activa y una pasiva. El griego usaba la voz media cuando un autor o un hablante quería retratar al sujeto del verbo actuando de alguna manera que se reflejara en sí mismo. Cuando Santiago escribió θερμαίνεσθε καὶ χορτάζεσθε (*thermainesthe kai chortazesthe*), el sentido es «calentaros y alimentaros». La Reina-Valera tiene **calentaos y saciaos**. El orador hipotético de Santiago muestra un rechazo arrogante e indiferente por parte de quien posee los medios para ayudar. En contraste, la fe que agrada a Dios es la fe que actúa para satisfacer las necesidades de los desamparados.

Personas de todas las culturas valoran el espíritu generoso que da sin sopesar los beneficios propios. Los romanos tenían un proverbio que decía: «Se da dos veces cuando se da pronto».¹³ Esto contrasta con Proverbios 25.14: «Como nubes y vientos sin lluvia, Así es el hombre que se jacta de falsa liberalidad». Hay un tipo de dádiva que quiere volver dependiente a la persona necesitada, manteniéndola a la expectativa, manteniéndola mendigando. Este dar es para el crédito y el elogio que se puede obtener para sí mismo. Tal «generosidad» egoísta no tiene nada que elogiar en lo que respecta a Santiago.

Versículo 17. Santiago había definido la fe en su aspecto positivo en 1.27: «La religión pura y sin mácula [...] es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo». Expresado en negativo, ninguna cantidad de frases sutiles de calificación puede librar la fe salvadora de una persona despreciativa, egocéntrica y ensimismada que le dice a una persona necesitada: «¡Vete! Asegúrate de calentarte y llenarte por ti mismo». Santiago tenía una perspectiva diferente. Las personas de fe se unen alrededor de la persona necesitada y procuran su alimentación y vestido. En ausencia de esa clase de fe, Santiago llegó a la siguiente conclusión: **Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.**

La medida de la fe según Santiago estaba en la forma en que el creyente se comporta para con los necesitados entre las personas que le rodean. Las cosas que las personas asocian más comúnmente con la religión, como la oración o el estudio de la Biblia, no vienen a la mente primero. La pregunta

¹³ Este proverbio se remonta al menos a Publilio Siro (siglo primero a.C.). La edición de Loeb traduce su afirmación de esta manera: «Hacer una bondad a los necesitados inmediatamente es dar dos veces» (Publilio Siro *Sententiae* 274).

que aborda Santiago no es «¿Se salva uno por fe o por obras?». Más bien, abordó la pregunta «¿Es la fe que salva una abstracción que no tiene nada que ver con el comportamiento?». A esa pregunta, Santiago respondió claramente: «No, no lo es». La fe y las obras son como las dos hojas de una tijera o dos manos que se unen para dar un aplauso. Ambas son inservibles por sí solas. Peter H. Davids escribió: «Las obras no son un “extra añadido” más que el aliento es un “extra añadido” a un cuerpo vivo».¹⁴

Fe ilustrada: Abraham y Rahab (2.18–26)

¹⁸Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. ¹⁹Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ²⁰¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ²¹¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ²²¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? ²³Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. ²⁴Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe. ²⁵Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? ²⁶Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Versículo 18. A lo largo de su carta, Santiago recurrió a un recurso literario mediante el cual colocó a un adversario, puso palabras en su boca y luego las refutó. El método es llamado «diatriba». Si Santiago empleó la diatriba en este versículo, en otras palabras, si tenía la intención de citar a un adversario, esperaríamos que hubiera puesto palabras diferentes en la boca de su adversario de las que encontramos. Esperaríamos que el antagonista de Santiago dijera: «Tú tienes obras y yo tengo fe». En cambio, Santiago lo tiene diciendo: **Tú tienes fe, y yo tengo obras.** El versículo pide una segunda mirada.

James B. Adamson sugirió que Santiago no tenía la intención de citar a un antagonista sino a un aliado. Sostuvo que la conjunción adversativa,

¹⁴ Davids, 122.

ἄλλά (*alla*), al comienzo de la oración no debe traducirse con su fuerza habitual con **Pero**. En cambio, el contexto exige que se traduzca «En efecto». El **alguno** en la primera parte del versículo, sostuvo, es idéntico en su punto de vista al **yo** en la última parte. El «alguno» es un partidario de Santiago, es decir, apoyaba el caso que Santiago deseaba presentar. «Tú» en el versículo 18 es el adversario mencionado en el versículo 14. El antagonista de Santiago comienza hablando con «Tú» y continúa hasta el final del versículo 18 o incluso hasta el final del versículo 19.¹⁵ Entendido de esta manera, el «alguno» era una persona abstracta que compartía el punto de vista de Santiago. Los dos se dirigieron a un adversario imaginario que quería dividir la fe y las obras de manera artificial. La idea de la oración es la siguiente, «En efecto, alguien podría decir [como yo, de hecho, lo hago], “Usted afirma tener fe; yo tengo obras. Puedo probar mi fe con mis obras. Sin embargo, te desafío a que me pruebes la existencia de tu fe sin obras”». El «yo» y el «tú» no son nadie en particular.

Otra forma de entender el versículo es que Santiago dijo, en efecto, «Algunas personas dicen: “Tú tienes fe y yo tengo obras”». Algunos quieren separar la fe y las obras como si fueran independientes una de la otra. La REB consigna: «Uno elige la fe, otro la acción». Esta es una comprensión más fácil del pasaje; es preferible a las complicaciones que requiere la explicación de Adamson. En cualquier caso, Santiago no tenía la intención de citar a un adversario. En cambio, respondió a la observación: «Alguien bien podría decir: “Tú tienes fe y yo tengo obras”», exigiendo que los dos conceptos, fe y obras, se comprendan en conjunto.

Versículo 19. Los **demonios** en el Nuevo Testamento son fuerzas del mal. En los relatos de los Evangelios, parecen ser secuaces de Satanás, casi demonios menores. Causan enfermedades y tienen un temor impío de Jesús. Ellos le reconocen y reconocen Su deidad mucho antes de que los discípulos lleguen a la misma comprensión (por ejemplo, Mt 8.29). Fuera de los Evangelios, los demonios son poco frecuentes. La palabra griega δαιμόνιον (*daimonion*) aparece una vez en Hechos 17.18, donde se traduce como «dioses»; cuatro veces en 1ª Corintios 10.20, 21; una vez en 1ª Timoteo 4.1; y tres veces en Apocalipsis 9.20;

¹⁵ James B. Adamson *The Epistle of James (La epístola de Santiago)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 124–25.

16.14; 18.2. Más adelante, Santiago dijo que la sabiduría impulsada por la ambición egoísta y los celos amargos es «diabólica» (3.14, 15). Ni Santiago ni otro documento neotestamentario introducen ninguna teología de demonios (su origen, papel en los asuntos humanos, etc.). El punto de 2.19 es que puede esperarse que estos seres malvados del mundo espiritual afirmen sin duda alguna que **Dios es uno**; sin embargo, incluso cuando los demonios afirmaban la confesión más reverenciada del judaísmo (el Shemá, Dt 6.4), Dios difícilmente se complacía con la fe de ellos. Dios desea más de la fe que un mero asentimiento mental.

El argumento de Santiago es que algunas proposiciones podrían afirmarse en abstracto sin sentido de compromiso. Afirmar que el agua consta de dos partes de hidrógeno y una parte de oxígeno requiere únicamente asentimiento intelectual. Otras proposiciones exigen una respuesta emocional. La declaración «Esta mujer es mi madre» es más que una declaración factual. «Hoy nació un niño en mi familia» y «Dios es bueno» involucran emociones. Cualquiera de estas declaraciones desde una postura neutral sería un insulto. En la medida en que la fe únicamente requiere el asentimiento intelectual, incluso los demonios responden de manera positiva. La evidencia de su mera confianza en que Dios es real es proporcionada por su [temblar] ante la mención de Su nombre. La fe que agrada a Dios no es un simple asentimiento a Su existencia, aunque tiene que incluirlo (He 11.6). *La fe está ligada a una respuesta obediente.* Esa es la proposición de «sentido común» de Santiago y, de hecho, de toda la enseñanza del Nuevo Testamento.

En el mundo grecorromano, los demonios eran considerados deidades menores, a veces buenas y a veces malas. Cuando Jesús comenzó Su ministerio, los discípulos tuvieron muchas dificultades para asimilar que era el Hijo divino de Dios. Mientras que los discípulos tardaron en reconocer a Jesús como el Cristo, los demonios le conocían desde el principio. El hombre endemoniado del capítulo inicial de Marcos conocía al Señor y lo confesó abiertamente: «Sé quién eres, el Santo de Dios» (Mr 1.24). El demonio en este hombre y otros demonios se estremecieron cuando se mostraron con temor y asombro ante Dios. Sin embargo, a pesar de su temblor, no produjeron obras piadosas.

Versículo 20. Independientemente de lo que se pueda pensar de la diatriba en 2.18, Santiago sin duda estableció un adversario imaginario para refutarlo en 2.20. Como mencionamos en otra parte,

el dispositivo era común en el mundo grecorromano y es un dispositivo frecuente en Santiago. El autor resumió su conclusión y declaró que cualquiera que tuviera una opinión contraria era irremediablemente ignorante. Sostener que la fe por sí sola era suficiente cuando no iba acompañada de obediencia era ser un «hombre necio» (NASB) o, como dice la Reina-Valera, un **hombre vano**.

Según la Reina-Valera, Santiago afirmó que **la fe sin obras es muerta**. Algunos manuscritos griegos antiguos de Santiago de hecho dicen «muerta» (νεκρά, *nekra*) en el versículo 20, sin embargo, la palabra mejor atestiguada es ἀργή (*argē*, «vana, inútil, ociosa»). Siguiendo esta lectura, la NASB consigna que «la fe sin obras es inútil».

Versículo 21. Quizás todo el razonamiento que Santiago había presentado a sus adversarios hasta este punto no los había convencido. El autor estaba dispuesto a seguir adelante con su razonamiento. Su ejemplo de los demonios era negativo, es decir, tenían fe, pero no producían obras dignas de fe. Ahora se basaría en dos ejemplos positivos. Ambos son personajes muy conocidos del Antiguo Testamento, sin embargo, uno tenía una reputación más excelente que el otro.

A diferencia de los demonios, los seguidores de Dios que le han complacido han puesto en práctica su fe. Santiago podría haber recurrido a ejemplos proporcionados por muchos personajes del Antiguo Testamento. Podría haber apelado a que Moisés obedeció a Dios subiendo al monte Sinaí o a varios de los jueces, a David o Isaías. Se tiene que suponer que Él eligió a **Abraham** no solo porque la ofrenda de **su hijo Isaac sobre el altar** constituía un ejemplo muy debatido sobre la justificación por obediencia entre los rabinos judíos, sino también porque la fe de Abraham era muy debatida dentro de los círculos cristianos (vea Ro 4; He 11.8–19).

La doctrina de que la justificación, y por lo tanto la salvación, es posible únicamente por la gracia de Dios expresada por medio de la muerte de Cristo, constituye un precepto clave de la fe cristiana. La doctrina se opone a la idea de que la justificación y la vida eterna al final de los tiempos serán el resultado de obras, ganadas mediante la obediencia. Sin embargo, la comprensión de que la salvación es por gracia por medio de la fe no denigra la necesidad de la obediencia. La gran controversia que afligía a la iglesia judía primitiva, es decir, lo que se requería que los gentiles hicieran en el camino para hacerse cristianos, no

estaba del todo ajena a lo que se requería de cualquier alma perdida para que fuera salva. ¿Cómo era posible colocar la doctrina de la gracia en el mismo compartimiento con la enseñanza de que la obediencia a Dios era esencial? Hasta el día de hoy, los cristianos luchan por relacionar adecuadamente la gracia y la obediencia.

Pablo y Santiago escribieron para diferentes públicos con diferentes necesidades. Pablo enfatizó la gracia y Santiago explicó la persistente necesidad de la obediencia. Ambos estuvieron de acuerdo en que las obras no ganan la salvación. Ambos estuvieron de acuerdo en que la obediencia es una necesidad. Es probable que Pablo, o alguien de su misma convicción, introdujera por primera vez Génesis 15.6 en el debate. El pasaje demuestra que el concepto cristiano de la fe había existido desde los días de Abraham. El patriarca «creyó a Jehová, y le fue contado por justicia». Santiago, sin duda, fue al mismo pasaje porque algunos cristianos habían ido demasiado lejos con el razonamiento de Pablo. Habían sostenido que, dado que se es salvo por gracia, la obediencia tiene poca importancia. Santiago se propuso corregir ese punto de vista.

Conocida como la *Aqedah*,¹⁶ «la atadura de Isaac» se había convertido en un paradigma para los judíos que buscaban un modelo de obediencia. El registro del viaje de Abraham con su hijo Isaac ha fascinado tanto a judíos como a cristianos. Abraham y Sara casi habían perdido la esperanza de tener hijos. Dios continuó prometiendo, y en su vejez Sara dio a luz un hijo, el cual era el hijo de la promesa. Por medio de él, se conservaría el nombre del patriarca y se cumplirían las promesas de Dios. Luego, después de que la pareja se acostumbró a tener un hijo, Dios le había dado a Abraham la orden de llevarlo a «la tierra de Moriah» y ofrecerlo como sacrificio (Gn 22.2). Abraham obedeció. El autor de Hebreos dijo: «... pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos» (He 11.19).

La pregunta retórica **¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre...?** emplea la partícula negativa *ou* para requerir una respuesta positiva. La referencia a «Abraham» como «nuestro padre» apoya otras indicaciones de que tanto el autor de esta carta como sus lectores eran judíos. Cuando Santiago declaró que Abraham fue «justificado», quiso decir que Abraham actuó de tal

manera que Dios se complació con lo que hizo. Santiago no estaba hablando de la justificación de Abraham en el mismo sentido en que Pablo usó el término. Abraham no fue justificado en un sentido absoluto; en otras palabras, no fue declarado justo a los ojos de Dios. Santiago no quiso decir más que el hecho de que la fe de Abraham fue de tal tipo que dio como resultado su fiel obediencia.

La aparente tensión entre Santiago y Pablo (Ro 4.1–5; Ga 3.6, 7; 5.6) es sólo superficial. Pablo quería demostrar que la doctrina de la justificación por fe había sido establecida mucho antes de la llegada de Jesús. Para Pablo, la confianza de Abraham en Dios era de suma importancia. Dios estaba complacido con Abraham porque puso su confianza en Él. Santiago señaló que la naturaleza de la confianza de Abraham era tal que lo llevó a la obediencia. Tanto Pablo como Santiago querían resaltar las implicaciones de la fe de Abraham para la forma en que los cristianos han de vivir.

Una diferencia importante entre Pablo y Santiago es que Pablo se refirió a la fe previa a la conversión. La pregunta de Pablo fue la siguiente: «Cuando uno viene a Dios en busca de justificación, perdón y salvación, ¿sobre qué base los concede Dios?». El apóstol respondió que no se basa en buenas obras. Solo la fe en Jesucristo puede dar como resultado la justificación. Santiago no abordó la pregunta de Pablo. Martin Dibelius lo dijo bien: «Abraham no es considerado un pecador “justificado”, sino un justo que es reconocido y recompensado por Dios».¹⁷ Más allá de Abraham, Santiago quería abordar la pregunta «¿Cómo se afirma la fe en la vida de un creyente?». Su respuesta fue que para que la fe sea agradable a Dios, tiene que ser expresada en comportamiento. Abordó la fe en la vida del creyente. La fe fluye naturalmente en las obras. Uno no obra para ser salvo, sino porque es salvo.

Versículos 22, 23. El razonamiento de Santiago fue el siguiente: «Trate de imaginarse a Dios elogiando a Abraham por su fe si el patriarca se hubiera negado a ofrecer a su hijo. A Dios le agrada la fe que responde como lo hizo Abraham, es decir, con una fe que responde en obediencia». Tanto para Pablo como para Santiago, no podría haber una categorización artificial de la fe y las obras como dos entidades diferentes cuando uno responde a

¹⁶ *Aqedah* es tomado del verbo hebreo עָקַד (*'aqad*) en Génesis 22.9, que quiere decir «atar».

¹⁷ Martin Dibelius, *James (Santiago)*, rev. Heinrich Greeven, trad. Michael A. Williams, Hermeneia (Philadelphia: Fortress Press, 1975), 162.

Dios. Santiago escribió acerca de Abraham que su **fe actuó juntamente con sus obras**. Los dos estaban inseparablemente unidos; y como resultado, **la fe se perfeccionó por las obras**.

En 1.3, 4, Santiago había declarado que la fe se perfeccionaba por medio de las pruebas. El caso de Abraham constituía un ejemplo importante de ese principio. Dado que el principio era más importante para Santiago que el ejemplo específico que citó, señaló que Abraham fue justificado «por las obras», aunque pasó a citar solo una obra hecha por Abraham. En todas sus pruebas y en toda su respuesta a Dios, la fe de Abraham llegó a la perfección cuando actuó en base a su fe para obedecer los mandamientos de Dios. Haber atado a Isaac fue el ejemplo más importante de una vida de obediencia. La fe y las obras en Abraham se unieron en una relación en espiral. La fe incide en el comportamiento; el comportamiento a su vez da como resultado una fe más profunda.

En 2.23, Santiago citó Génesis 15.6, tal como lo había hecho Pablo. Para Pablo, las Escrituras se cumplieron en la proclamación del evangelio a judíos y gentiles. La justificación por la fe constituyó el cumplimiento de las Escrituras (Ga 3.6, 7). Para Santiago, el acto de Abraham de obedecer a Dios había cumplido la declaración de que el patriarca había **[creído] a Dios**. A Pablo le interesaba la justificación final de la persona ante Dios; el interés de Santiago estaba en el comportamiento de la fe en la conducta de la vida. Para Pablo, la obra justificadora de Jesús en la cruz fue el único llamado para el pecador mientras estaba delante de Dios. Para Santiago, la fe depositada en Jesús y Su obra justificadora fue de tal naturaleza que produjo una vida de fidelidad.

Hubo diferencias en la forma en que se interpretó Génesis 15.6. 1) Según los judíos, Abraham creyó a Dios y su fe fue contada como una obra de justicia. 2) Pablo afirmó que Abraham creyó a Dios y que su creencia le fue contada por justicia. 3) Santiago sostuvo que Abraham creyó en Dios y las obras de justicia fluían naturalmente de su fe. Los tres puntos de vista tienen un elemento de verdad. En los tres, la justificación vino por medio de la fe, sin embargo, fe vista desde diferentes puntos de vista. Para Santiago, el cumplimiento de Génesis 15.6 llegó en Génesis 22.1–19. La fe de Abraham le fue contada por justicia cuando cumplió los mandamientos de Dios.

La última parte de 2.23, **y fue llamado amigo de Dios**, no se encuentra palabra por palabra en

el Antiguo Testamento, aunque la idea está ahí. Dios llamó a Abraham «mi amigo» en Isaías 41.8. Además, en 2º Crónicas 20.7, a Abraham se le llama «tu amigo», donde el antecedente del pronombre «tu» es Dios. Sin embargo, las palabras precisas que llaman a Abraham «amigo de Dios» no están en el Antiguo Testamento. Sin embargo, era una frase común entre los judíos contemporáneos. La tradición judía había etiquetado a Abraham como amigo de Dios. La amistad es un asunto importante en Santiago. Más adelante, desafiaría a sus lectores con una negativa. Ellos también deben ser amigos de Dios y no «amigo del mundo» (4.4). La amistad con el mundo no puede reconciliarse con la amistad con Dios.

En el trasfondo de la exhortación de Santiago hay una pregunta no expresada. El hermano del Señor no abordó la pregunta «¿Se salva uno por fe o por obras?». Más bien, su pregunta fue «¿Cuál es la naturaleza de la fe que salva?». Es incuestionable que la salvación es por fe, sin embargo, Santiago no fue tímido al decir que la fe por su naturaleza involucra obras. Si no hay obras, por definición no hay fe. Al menos no hay una fe salvadora.

Versículo 24. La declaración resumida **Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe** coloca a Santiago más cerca de la contradicción directa con Pablo (vea Ro 3.20) que cualquier otra declaración en la carta. Este es el único pasaje del Nuevo Testamento donde «fe» y «solamente» (o «solo») es colocada en yuxtaposición inmediata, y en este caso las palabras están precedidas por «no». El análisis de Pablo de la base sobre la cual Abraham fue justificado (Ro 4.1–5), que apela a Génesis 15.6, presenta cierta tensión aparente con el mensaje de Santiago.

Un examen más detenido revelará que la aparente contradicción entre Santiago y Pablo se debe a los diferentes problemas que enfrentaban los autores. Diferentes necesidades hicieron que cada autor diera un matiz diferente a la palabra «justificado». Tanto Santiago como Pablo pasaron del caso específico de Abraham a un argumento que cada uno quería presentar que aplicara a la humanidad en general. El argumento de Santiago es que el acto de fe de cualquier hombre está justificado o afirmado cuando se manifiesta en una acción basada en la fe. La preocupación de Pablo no era tanto por un acto de obediencia proveniente de la fe, sino que era la base sobre la que un hombre podría estar libre de pecado. Sería «justificado» en su relación con Dios ahora y eternamente.

La palabra «justificar» (δικαιῶ, *dikaioō*) es uno de los términos más importantes del Nuevo Testamento. Se encuentra en el corazón de la misión que Dios le dio a su Hijo, Jesús de Nazaret. En el mundo antiguo, «justificar» se usaba a menudo en contextos legales. Pablo dejó claro que todo hombre es culpable ante Dios. En Romanos 4, el apóstol estaba sosteniendo que los gentiles podían obedecer el evangelio y ser salvos sin someterse a la circuncisión y otros aspectos ceremoniales de la Ley. El pecador no es justificado por las obras de la ley, sin embargo, es considerado justo (es decir, es justificado) por el sacrificio de Cristo. Santiago no abordó los matices más sutiles del concepto doctrinal de la justificación para los gentiles sin tener en cuenta los preceptos de la ley, requisitos legales que tienen que ver con la identidad étnica judía. La suya era una preocupación más práctica. Santiago insistió en que la fe es real solo cuando se expresa en comportamiento. Pablo no habría estado en desacuerdo.

J. W. Roberts lo expresó bien:

El énfasis [para Santiago] está en la palabra *solamente*. Santiago no podía negar que la fe justificaba a Abraham; el pasaje mismo en el que vio la obra de ofrenda de Abraham como el «cumplimiento» enfatizó que «Abraham creyó». Santiago está pensando en una fe que existe «en» o «por» sí misma y aparte de cualquier expresión u obra. Dado que tal fe es «ociosa» y «vana», no puede justificar.¹⁸

Santiago amplió la diferencia entre la fe de los demonios y la fe de Abraham a una dimensión universal.

Versículo 25. Es un contraste dramático pasar del padre de los fieles, Abraham, a una ramera, Rahab. La ironía es evidente. **Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras...?** Tanto el padre de los fieles como la ramera están vinculados por haber producido obras que evidenciaban fe.

A Rahab se le menciona otras dos veces en el Nuevo Testamento. En Mateo 1.5, aparece en la genealogía de Jesús; y en Hebreos 11.31, el autor

¹⁸ J. W. Roberts, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 97.

la incluyó entre la lista de fieles. Rahab era uno de esos personajes «menores» en la historia bíblica cuya fe inesperada jugó un papel crucial en el futuro del pueblo de Dios. Cuando los espías llegaron a Jericó y encontraron seguridad con ella, Rahab dijo: «porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra» (Jos 2.11). No es de extrañar que Rahab ocupe un lugar destacado en la tradición judía.¹⁹

Versículo 26. Con una analogía final, Santiago resumió sus argumentos: **Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.** La palabra «cuerpo» en la analogía del autor sustituye la «fe»; «espíritu»²⁰ reemplaza las «obras». Así como un cuerpo consta de una combinación misteriosa de propiedades físicas y espirituales inherentemente unidas, la fe salvadora está ligada al comportamiento que produce. Santiago ha respondido la pregunta que él, en esencia, planteó en 2.14: «¿Puede la fe sin obras salvarle?». «Por supuesto que no», es la respuesta. Abraham y Rahab apoyan su conclusión. Jesús había dicho que nadie entraría en el reino de Dios a menos que hiciera la voluntad del Padre (Mt 7.21). Santiago no tenía ningún interés en oponer obras a la fe y preguntar cuál agrada a Dios. Su interés era definir el tipo de fe que agrada a Dios.

La cultura occidental, centrada en el individuo tal como es, tiende a pensar en la fe como una decisión individual, un asunto entre la persona y Dios. Santiago no aceptaría nada de eso. Cualquier cosa que se diga sobre la fe como asunto privado, también es un asunto social. No puede ser reducida a una condición del corazón del tipo «mejor sentida que expresada». La justificación y todo lo que implica requiere que el hombre o la mujer de fe sea un creyente practicante. La fe real se ejerce en el contexto de la comunidad, es decir, en el contexto de los hechos. La fe se realiza en hechos de amor; de lo contrario, está muerta.

¹⁹ James Hardy Ropes, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle of St. James (Comentario crítico y exegético sobre la epístola de Santiago)*, The International Critical Commentary (New York: Charles Scribner's Sons, 1916), 224; y Laws, 137–39.

²⁰ Esta es la primera de dos apariciones de «espíritu» (πνεῦμα, *pneuma*) en Santiago (vea comentarios sobre 4.5).

Lecciones para hoy de Santiago 2

Los triunfos de la misericordia (2.10–13)

En su mayor parte, el mensaje de la Biblia es bastante sencillo. No se requiere ningún estudio de idiomas e historia para comprender que la bondad es buena y la mentira es mala. Sin embargo, no es inusual encontrarse con declaraciones que simplemente no son muy claras. A veces, cuando nos enredamos en declaraciones que no son claras en una primera lectura, encontramos en ellas algunos de los pensamientos más importantes y profundos de las Escrituras.

Uno de esos versículos cortos y desconcertantes recientemente llamó mi atención. La declaración está en Santiago 2.13: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio». ¿Qué quiere decir la declaración? ¿Se refiere a la misericordia de Dios o a la misericordia humana? Además, ¿qué quiere decir que la misericordia triunfa? ¿Cómo triunfa la misericordia sobre el juicio? ¿Qué estaba diciendo Santiago?

Obedecer a Dios no es un asunto trivial. Antes de 2.13 sobre el juicio y la misericordia, Santiago tenía algunas verdades aleccionadoras que decir sobre la ley de Dios y la seriedad con la que esperaba que sus lectores obedecieran todos los mandamientos de Dios. El autor fue tan lejos como para decir: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (2.10). El contexto deja claro que Santiago no estaba tratando de asustar a sus lectores recordándoles cuán terribles pecadores eran. Más bien, su punto era que ninguno de los mandamientos de Dios puede descartarse como trivial o sin importancia. Jesús dijo algo similar: «De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el

reino de los cielos» (Mt 5.19).

Las personas a veces quieren minimizar el pecado. Ven sus fechorías por medio de un filtro que comienza diciendo «Al menos...». «Al menos fui al servicio religioso el domingo». «Al menos no dije una mentira». Santiago dijo que eso no funcionará. Si se quebranta uno de los mandamientos de Dios, se es culpable ante Él. Todos los mandamientos de Dios son serios. Santiago no nos permitió una manera fácil de explicar nuestras malas acciones.

Me gusta contar la historia de un maestro judío al que se le pidió que elaborara una lista de las leyes más importantes. Fue a Deuteronomio 5.16 y observó la promesa «Honra a tu padre y a tu madre [...] para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da». Luego, el maestro fue a Deuteronomio 22.7, que habla de cómo se debe tratar un ave que anida con sus polluelos. Registra una versión de la misma promesa: «Dejarás ir a la madre», dijo Moisés, «... para que te vaya bien, y prolongues tus días». ¿Está el mandamiento de honrar a los padres en la misma categoría que el de salvar la vida de las aves? El maestro dijo: «No debemos comparar las leyes de Dios y ordenarlas por orden de importancia. Obedece todas. Eso es lo que debemos aprender».

Aquí está el problema: ¿Quién de nosotros diría que hemos sido perfectamente obedientes a todo lo que Dios desea que seamos? ¿Quién diría que no ha ofendido a Dios ni siquiera en un punto? Debido a que usted se enojó y dijo algo de lo que se arrepintió, ¿quiere decir eso que estará en la misma posición que los mentirosos, los ladrones y los homicidas en el juicio? Eso no parece ser lo que Santiago quería dejar claro. Parece haber estado diciendo que el pecado, incluso los pecados que consideramos triviales, son ofensas contra Dios. Si ofendemos en un punto, somos culpables de

todos; y todos pecamos y estamos destituidos de la gloria de Dios (Ro 3.23).

Santiago no dijo que todos los pecados humanos son iguales en términos de sus consecuencias para nosotros o para los demás. Perder los estribos con un niño rebelde no causa el mismo tipo de daño que causa el repudio perpetuo y ardido. Codiciar un automóvil nuevo no causa el daño duradero que conlleva el homicidio. Santiago estaba diciendo que si amamos a Dios, buscaremos la obediencia. En el trabajo o en la escuela, existe una práctica llamada «llevar las cosas al límite», en la que nos acercamos lo más posible a quebrantar la política de la empresa o las reglas de la escuela. Una persona que ama a Dios no «lleva las cosas al límite». No queremos acercarnos lo más posible a la inmodestia o la maldición o el descuido de la asamblea. Santiago dijo que todo el que ofende en un punto de la Ley es culpable. Estaba diciendo que un homicida no tiene defensa para su crimen; esa persona no puede legítimamente alegar que, al menos, no es un adúltero. Si se infringe una ley, se es transgresor. Si Santiago se hubiera detenido aquí, nos habría dejado sin esperanza. La buena noticia es que Dios nos ha proporcionado un Salvador.

La gracia de Dios entra en la historia. La obediencia a Dios es un requisito previo absoluto para una vida de fe. Aquellos que honran a Dios tienen que obedecerle. Santiago no se apartaría ni por un momento de ello, sin embargo, sabía que Dios había hecho algo de relevancia eterna en Cristo. Debido a que Dios tomó la iniciativa de salvar y actuar en el sacrificio de Cristo, las ofensas contra la ley de Dios adquieren un elemento de gracia. Santiago pudo decir: «Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad» (2.12). No usó la palabra «gracia»; sin embargo, si la ley de Dios en Cristo es una «ley de la libertad», es una ley de gracia. Santiago ya había usado la frase «ley de la libertad» en su carta: «Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace» (1.25).

Hablar de «ley», cualquier ley, como una «ley de la libertad» suena a oxímoron. La ley por su naturaleza restringe la libertad. Hay una contradicción intrínseca cuando calificamos «ley» con la palabra «libertad», sin embargo, Santiago no tuvo temor de hacerlo. Valientemente colocó los dos conceptos uno al lado del otro: 1) No hay manera de agradar a Dios sin ser obediente a Su ley.

2) La ley que Dios desea que Su pueblo obedezca consisten en una ley de la libertad.

¿Qué quiso decir Santiago con «ley de la libertad»? Aparentemente lo siguiente: Cuando una persona confiesa su fe en Cristo, cuando crece como cristiano, llega cada vez más a acoger la vida que Dios manda como la vida que desea llevar. La ley no fastidia ni es exigente cuando una persona hace la ley porque lo desea.

Muchas comunidades tienen algún tipo de departamento de bomberos. Algunos son proporcionados por un municipio. Se cobran impuestos, se pagan los equipos y el personal. En un municipio, no se es libre de apoyar o no apoyar al departamento de bomberos. Es lo justo. Todo el mundo paga; todos se benefician. Por el contrario, cuando una comunidad es demasiado pequeña para tener un departamento de bomberos municipal, podría recurrir a un sistema de voluntarios. Nadie tiene que hacer nada. Hay bomberos voluntarios. Los recaudadores de fondos comunitarios compran el equipo necesario. Las personas involucradas hacen su parte libremente. El costo no es una carga irritante para nadie. Las personas que dan no se detienen porque alguien más no pone de su parte. No es tan justo como los impuestos porque algunas personas se benefician sin aportar nada.

La obediencia cristiana es algo así como un departamento de bomberos voluntarios. Es obediencia porque un cristiano confía en la bondad de Dios, porque ama a Dios y desea honrarlo. Uno obedece porque sabe que lo que Dios desea que haga es lo mejor para todos. La obediencia no se trata de miedo y compulsión. Las personas obedecen una «ley de libertad» y lo hacen sin coacción ni amenaza.

Nuestro deseo es tener cuidado y no ir demasiado lejos con la ilustración de un departamento de bomberos voluntario. Santiago no dijo que la obediencia a Dios es opcional. Quería que sus lectores vivieran como personas que serían «juzgadas por la ley de la libertad» (2.12). Por ahora, Dios nos da la opción, sin embargo, al final habrá un juicio. Cuando Santiago usó la frase «ley de la libertad», estaba volviendo a un tema que corre a lo largo del Nuevo Testamento. De hecho, el tema también está profundamente arraigado en el Antiguo Testamento. Dios desea más que la mera obediencia de Su pueblo. Desea involucrarlos como amigos y socios en la bondad, la decencia, la generosidad y la integridad. Pablo escribió:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad (Fil 4.8).

Dios desea que Su pueblo le conozca, le honre y le ame. Cuando eso sucede, la ley que los cristianos obedecen es una ley de libertad. Esto no quita el elemento de juicio, sin embargo, sí apunta a la cruz de Cristo.

La misericordia triunfa sobre el juicio. Es hora de volver al difícil versículo donde comenzamos: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio» (2.13). Santiago mantuvo un delicado equilibrio. Por un lado, como juez que es, Dios espera obediencia de Su pueblo. Juzgará y condenará a los que no obedezcan. Por otro lado, debido a la muerte de Cristo, Dios extiende Su gracia. Perdonará gratuitamente a los que confiesan y obedecen a Cristo. Con palabras diferentes, y satisfaciendo diferentes necesidades, Pablo logró el mismo equilibrio. Si bien la salvación es por gracia por medio de la fe, Pablo no descuidó la expectativa de que las personas tienen que obedecer a Dios. El escribió:

Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados (Ro 2.12, 13).

Santiago no llegó a una conclusión diferente: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (1.22). También dijo: «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (2.26).

Jesús enseñó el mismo mensaje. Contó una parábola sobre un constructor prudente y un constructor insensato: «Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca» (Mt 7.24). Dios exige que Su pueblo le obedezca. Las personas no han obedecido, sin embargo, el amor de Dios ha sido tal que envió a Su Hijo a pagar el precio del pecado. Ese es el mensaje de gracia. Ser cristiano es mantener dos verdades en equilibrio: 1) Dios es juez, y juzgará a cada uno de acuerdo con su obediencia. 2) Por la gracia de Dios, nuestros pecados pueden ser perdonados. Cuando el cristiano comprende lo que Dios dice acerca de

la gracia y la obediencia, no intenta salirse con la suya. El pecado es su propio castigo. La fidelidad es su propia recompensa. Obedece de corazón. La obediencia a la ley es una cuestión de libertad.

Conclusión. Cuando llegue el día del juicio, ninguno de nosotros traerá tal santidad al tribunal de Dios que él o ella merezca ser salvo. El que pone fe en Cristo y vive por fe, el que es obediente, será salvo porque la misericordia de Dios triunfa. La misericordia de Dios triunfa porque el Hijo de Dios murió en la cruz para pagar el precio del pecado. Algunos verán la gracia como una licencia para pecar. El mensaje de Santiago es que solo el necio cree que puede jugar con el pecado y no ser afectado por él. El pecado nos matará en este mundo y en la eternidad. La fidelidad es la única respuesta a Dios que salva. La gracia es nuestra seguridad de que Dios no nos abandonará cuando nos volvamos a Él con un corazón sincero. Duane Warden

Cómo tratar a las personas como lo exige la fe (2.1–13)

Los miembros de la familia de Dios tienen que vivir como dicen que creen. Para mostrarles a los cristianos la relación entre sus vidas y su fe, Santiago dio una prueba. Imaginó a dos visitantes yendo a adorar, uno rico y otro pobre. Pidió que los lectores observen y vieran cómo es tratado cada uno. La forma en que nos comportamos con otras personas, incluso con aquellos que no conocemos, da una indicación de lo que creemos acerca de Dios. No podemos separar nuestras relaciones humanas de nuestra comunión con el Padre. Juan dijo sucintamente: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1ª Jn 4.20).

La exhortación. La lección de Santiago comienza con la exhortación: «Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas» (2.1). De acuerdo con la naturaleza imperativa de la epístola, esta declaración debe leerse como un mandamiento. Todo en los siguientes versículos es elaborado sobre este mandamiento.

El ejemplo. Sería seguro asumir que a las asambleas de los primeros cristianos llegaban visitantes. Santiago podría haber sido testigo del trato que mencionó. No dijo, y no importa, si los visitantes eran o no cristianos. Las actitudes que se demostraban eran erróneas en cualquier caso.

Santiago sin duda dijo algo sobre el hombre

rico. Llevaba un anillo de oro y ropa fina (2.2), lo que parecería indicar que era un noble o un funcionario electo. Además de ser rico, parece haber sido poderoso.

¿Qué estaban pensando estos hermanos errados? ¿Pensaban que la ropa fina es la marca de hombres buenos, mientras que la ropa raída refleja el carácter de quienes la usan? ¿Pensaban que la riqueza es la guía del valor de una persona? ¿Cómo podría alguien creer que un «sistema de castas» sería aceptable para Jesús?

Antes de ser demasiado severos con los cristianos del siglo primero, preguntémosnos si alguna vez somos culpables del mismo tipo de pensamientos y acciones. ¿Cómo reaccionamos ante la invasión de nuestras asambleas por parte de aquellos que podríamos considerar menos que deseables? ¿Cómo tratamos a cualquier visitante de nuestras asambleas? Hace unos años, Dick Marcear escribió un artículo en un boletín titulado «¿Cómo crees que calificaríamos?». Este artículo contenía información y conclusiones sorprendentes.

Un hombre visitó 18 iglesias diferentes durante domingos sucesivos para averiguar cómo eran realmente las iglesias. Según el artículo que informo del relato, el hombre dijo: «Me senté cerca del frente. Después del servicio, caminé lentamente hacia la parte trasera, luego regresé al frente y de regreso al vestíbulo, usando otro pasillo. Sonreí. Estaba bien vestido. Le pedí a una persona que me dirigiera a un lugar específico: una sala comunal, el estudio del predicador, etc. Me quedé para el café, si lo servían. Usé una escala para calificar la recepción que recibí».

Su escala de puntos fue:

10 — por una sonrisa de un adorador
10 — por un saludo de alguien sentado cerca
100 — por un intercambio de nombres
200 — por una invitación a regresar
1,000 — por una introducción a otro adorador
2,000 — por una invitación a conocer al predicador

¿Estaría interesado en saber qué encontró? Once de las 18 iglesias obtuvieron menos de 100 puntos y 5 obtuvieron menos de 20. Su conclusión: «La doctrina podría ser bíblica, el canto inspirador, el sermón edificante; sin embargo, cuando un visitante no encuentra a nadie a quien le importe si está allí, probablemente no regrese».

¿Estaría Santiago tan molesto con nosotros como lo estaba con los cristianos del siglo primero que hacían acepción de personas?

La acepción de personas es evidencia de que

no estamos poniendo nuestra fe en práctica. Jesús, en cuyos pasos hemos de andar, no hizo acepción de personas. Jesús no se impresionó con las apariencias externas, sino que miró el corazón por dentro. Incluso los fariseos lo reconocieron acerca de Él cuando dijeron: «sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres» (Mt 22.16). De la misma manera, Jesús tampoco se impresionó con el estatus social o las riquezas. Le impresionó más una viuda pobre que un fariseo rico. Jesús pudo atravesar lo externo y ver el potencial en las vidas de los pecadores. Pudo ver una roca en Simón, cuando nadie más la había visto. En Mateo, un recaudador de impuestos despreciado, vio a un discípulo fiel. En la mujer junto al pozo, cuya vida pecaminosa la había convertido en una marginada pública, Jesús pudo ver el instrumento de una gran cosecha. Si vamos a seguir los pasos de Jesús, tendremos que ver más allá de lo que es una persona, a lo que una persona puede ser.

La elaboración. La acepción de personas está errada porque es incompatible con la actitud de Dios, especialmente Su actitud para con los pobres (2.5, 6a). Santiago no estaba limitando su enseñanza sobre la imparcialidad solo a los ricos y los pobres, aunque esa parece ser la preocupación más urgente de sus días. Sus lectores tienen que ver que el pobre que está siendo ignorado tiene un lugar especial en el corazón de Dios. Es más probable que el pobre sea receptivo al evangelio porque no depende tanto de las cosas de este mundo. Puede que nuestra actitud incorrecta cause que deje de conocer la herencia en el reino de los que aman a Dios.

Además de todo lo anterior, solo piense en cómo los ricos han actuado con los cristianos (2.6b, 7). Santiago no estaba impartiendo una condena general, ni siquiera una acusación, de todos los ricos. Estaba refiriéndose únicamente a aquellos con los que ellos tenían que lidiar. Santiago mencionó tres males específicos de los que eran culpables: explotar a los cristianos, arrastrarlos a los tribunales y difamar el buen nombre de Jesús. Entre líneas, Santiago preguntó: «¿Cómo se les ocurre mostrarles preferencia a los ricos?».

Santiago enfatizó con fuerza su punto de vista. Citó lo que llamó la ley real: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Con mencionar la ley real, dio a entender que la prueba básica del carácter cristiano es nuestra acción y actitud para con los demás.

«Tratar bien a otras personas» es bastante simple de decir, sin embargo, ponerlo en práctica es difícil. A menudo, las áreas más sutiles del trato correcto a otras personas nos causan el problema. Puede que no tratemos abiertamente a una persona o grupo con prejuicios, sin embargo, podríamos criticar duramente a alguien con quien no estamos de acuerdo.

A continuación, Santiago declaró una verdad que es difícil de asimilar: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (2.10). Parece que Santiago estaba anticipando la pregunta «¿Por qué darle tanta importancia a la acepción de personas?». Santiago quería mostrar que cualquier pecado que quebranta la ley de Dios quebranta la comunión con Dios. Si guardo todos los mandamientos de Dios, pero voluntariamente rechazo uno, he quebrantado la comunión con Él. Los comentarios que hizo Santiago sobre el homicidio y el adulterio (2.11) tienen la intención de mostrar la naturaleza seria de la acepción de personas. Por lo general, los consideramos pecados mayores, sin embargo, Santiago quería que viéramos que hacer acepción de personas está al mismo nivel.

Obviamente, no podemos agradar a Dios si quebrantamos la «ley real». Dado que Dios juzgará nuestras palabras, obras y actitudes, debemos vivir de tal manera que Él esté complacido con nosotros. En 2.13, Santiago repitió las palabras de Jesús del Sermón del Monte: Los misericordiosos son los que recibirán misericordia. Dado que Dios busca misericordia, puede que necesitemos cambiar nuestra actitud para con las personas.

Conclusión. Nuestra fe hará que tratemos a las personas de la forma en que Dios desea que sean tratadas. Más vale que sea importante para nosotros, porque es importante para Dios.

Bill Hooten

Una fe viva (2.12–26)

¿Qué es una caloría? Técnicamente hablando, una caloría es una unidad de energía en los alimentos. Hablando en términos prácticos, una caloría es ese elemento siniestro en la comida y la bebida que agrega kilos y centímetros. ¿Ha visto usted alguna vez una caloría? Por supuesto que no, ¡sin embargo, todos hemos visto el resultado de una caloría!

De esta forma, la fe puede compararse con una caloría. La fe es la enseñanza «clave» para el cristiano y la vida cristiana (Ro 14.22, 23; 2ª Co 5.7;

Ef 2.8, 9; He 11.6). Según Santiago, no podemos ver la fe, sin embargo, el resultado de la fe puede observarse fácilmente. Evidentemente, Santiago había oído hablar de muchas personas que habían profesado tener fe, sin embargo, era difícil ver el resultado de su fe. Santiago quería ver una relación entre la fe y las obras. La fe tiene que ser demostrada.

Se debe hacer un comentario sobre 2.14–16 en su totalidad antes de analizarlo para el significado que Santiago tenía para nosotros. Este es el texto que se usa a menudo para probar que Santiago y Pablo se oponían el uno al otro. Pasajes como Romanos 3.28 y Gálatas 2.16 se usan para mostrar que Pablo no creía que las «obras» fueran parte de la salvación; mientras que en Santiago 2.14–26, Santiago habló sobre lo esenciales que son las obras. Al comentar sobre su aparente conflicto, Alexander Ross ha dicho: «No son antagonistas que se enfrentan entre sí con espadas cruzadas; están espalda con espalda, confrontando a diferentes enemigos del evangelio».¹ Pablo confrontó a legalistas judíos, quienes insistían en que las obras eran necesarias para ser justificados ante Dios, mientras que Santiago confrontó a aquellos que profesaban una relación con Jesús pero minimizaban el efecto de esa relación en la vida diaria. La diferencia entre Santiago y Pablo es una diferencia en el punto de partida. Pablo comenzó con el gran hecho básico del perdón de Dios, que ningún hombre puede ganar o merecer. Santiago comenzó con el cristiano profesante e insistió en que, a menos que un hombre pruebe su cristianismo con sus obras, no es cristiano en absoluto. Por lo tanto, Santiago y Pablo no se contradicen; simplemente se complementan entre sí. El mensaje de ambos es esencial para la fe cristiana en su forma más completa.

Cuando la fe no es fe. Este pasaje de la Escritura comienza abruptamente con una pregunta. Santiago quería que los cristianos profesantes pensaran en su profesión. Él dijo: «Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?» (2.14). Estaba desafiando a los creyentes a pensar en el valor personal de profesar una fe que no se manifiesta en obras. Obviamente, Santiago estaba poniendo énfasis en la palabra «dice». El mundo no es testigo de una confesión más hermosa que la de cristianos

¹ Alexander Ross, *The Epistles of James and John (Las epístolas de Santiago y Juan)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), 53.

dedicados. ¿Cuán significativa es ésta confesión sin las «obras» producidas por su fe? Si su fe no es más que palabras, Santiago diría que carece de poder para salvar.

Para aclarar su punto, Santiago dio un ejemplo:

... si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (2.15, 16).

La persona que ofrece palabras de bienestar pero no hace nada por proveer comida o vestimenta, realmente no ha hecho nada. ¿Podemos ser culpables de esto? Cuando oramos por los enfermos, los hambrientos y los desamparados, ¿hacemos algo para ministrarles? Si expresamos nuestra fe solo sentándonos en nuestros edificios con aire acondicionado, ¿no somos culpables de expresar nuestra fe y no ejercerla?

Por eso Santiago dijo: «Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma» (2.17). La acción es la única forma en que la fe de un individuo puede ser validada como real y viva. Al enfatizar este punto, Santiago está subrayando uno de los mensajes predominantes de todo el libro: el cristianismo tiene que ser practicado para que sea real.

Respuesta a una objeción. En este punto, Santiago presentó la visión de un adversario imaginario que objetó su razonamiento. El argumento del objetor sería algo así: «Todos somos diferentes. Algunas personas resultan ser más demostrativas que otras. Algunas son más reservadas. Es posible que muestre su fe más en acción porque es extrovertido. Por otro lado, otros de nosotros guardamos más nuestra fe en nosotros mismos; sin embargo, sigue siendo fe». Santiago respondería diciendo que todo el argumento se basa en un concepto erróneo. La fe y las obras no pueden ser separadas cuando se trata de vivir nuestra vida como cristianos. Dios las ha unido. No es, por lo tanto, que algunas personas sean mejores en la fe y otras mejores en las obras. ¡La fe y las obras van de la mano! En 2.18, Santiago pidió que se le mostrara la fe del objetor, ¡porque sabía que la fe únicamente puede mostrarse por lo que hace!

Finalmente, Santiago sorprendió a sus complacientes objetores usando demonios como ilustración de su punto (2.19). ¿Qué creían los objetores? Creían en la existencia de un Dios y la deidad de Jesús. ¿Y qué? ¡También los demonios! La fe que Dios desea y espera es más que creer y temblar.

Una persona puede ser iluminada en su mente, e incluso conmovida en su corazón, y aun así estar perdida. La fe que Dios desea implica algo más, algo que puede verse y reconocerse, a saber: una vida obediente y transformada.

Pruebas de la historia hebrea. A continuación, Santiago recurrió a las pruebas que debían haber tenido un gran peso entre sus lectores: las expectativas de Dios sobre Su pueblo en el Antiguo Testamento. Santiago introdujo este material en 2.20 casi como si todavía estuviera debatiendo con su adversario imaginario. En ambas evidencias de prueba, los individuos se movieron a la acción por su fuerte fe en Dios y no por los simples sentimientos de bondad humana natural.

En 2.21–24, Santiago ofreció evidencia de la vida de Abraham. Abraham era conocido como «el padre de la nación judía» y también como «el padre de los fieles». Abraham luchó con el desarrollo de esta fe obediente y confiada en Dios. Piense en todas las evidencias de lucha al principio de su vida: la obediencia a medias a su llamado, huir a Egipto durante la sequía en Palestina, mentir sobre su relación con Sara mientras estaba en Egipto y reírse de lo que Dios dijo sobre el hecho de que su mujer tendría un hijo. Abraham se convirtió en este ejemplo de fe. Alguien ha explicado bien el punto de Santiago al decir: «Abraham no fue salvo por la fe más las obras, sino por una fe que obra». No existen dudas sobre la fe de Abraham porque la demostró en su vida.

La segunda evidencia que ofreció Santiago fue la fe demostrada en las obras de Rahab. ¿Tenía Rahab una fe «muerta», una mera experiencia intelectual sin hacer nada por los espías? ¿Tenía una fe que iluminaba la mente y despertaba las emociones pero que aún no lograba nada por los espías? La belleza del relato es que Rahab tenía una fe «viva». Ella demostró lo que creía por la forma en que actuó. Creyó en el Dios de los israelitas; escondió a los espías y los envió fuera de la ciudad por otro camino.

Conclusión. Santiago concluyó su análisis diciendo: «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (2.26). Cuando el cuerpo y el espíritu se separan, el resultado es la muerte y la descomposición; de manera similar, cuando la fe y su demostración mediante obras se separan, la fe muere y decae.

¡Para que el cristianismo sea real, Santiago dijo que tiene que ser práctico y practicado!

Bill Hooten

Cómo domar la lengua; y la verdadera sabiduría

LAS PALABRAS SON UN INDICIO DE NUESTRO CARÁCTER (3.1–12)

El capítulo 2 termina diciendo que el cuerpo sin espíritu está muerto, como la fe sin obras está muerta. El tercer capítulo comienza con una mención de los maestros, seguida de advertencias sobre el mal uso del poder del habla. A primera vista, la conexión entre los capítulos 2 y 3, como la que existe entre los capítulos 1 y 2, parece ser entre pequeña e inexistente. Un examen más detenido ha revelado que el pensamiento al final del capítulo 1, de hecho, conduce apropiadamente al capítulo 2. Cuando se elimina la división del capítulo, se puede descubrir que el pensamiento al final del capítulo 2 pasa igualmente sin problemas al capítulo 3.

Las obras son la consecuencia natural de la fe, y una de las obras que realizan las personas es hablar. Entre otras obras que fluyen de la fe se encuentran las palabras de una persona. Nuestra fe en Cristo tiene algo que ver con la forma en que usamos la lengua. Tanto en el habla como en la ayuda a los pobres, la fe sin obras está muerta cuando no viene acompañada. Las palabras pueden herir a las personas, y a menudo lo hacen. El cristiano que dice con orgullo: «Solo digo lo que pienso», está jactándose de lo incorrecto. No es una virtud decir simplemente lo que se piensa; al menos no es una virtud cuando no se considera el impacto que pueden tener las palabras. Las palabras expresadas sin reflexión ni moderación abren brechas entre amigos, siembran dudas y sospechas y dividen familias en campos de guerra.

Los lectores de Santiago enfrentaban pruebas de varios tipos (1.2, 3). Algunas pruebas eran de parte de incrédulos. Entre los incrédulos había hombres ricos que los arrastraban a los tribunales (2.6). Las iglesias también experimentaban pruebas

no relacionadas con las persecuciones de parte de no creyentes. Algunos disturbios provenían de entre ellos mismos. Las habladurías terminaban en palabras negligentes e incluso llenas de odio. Las palabras pueden ser, y a menudo son, fuente de pruebas severas. Antes, Santiago había cuestionado la calidad de la religión de una persona cuando no podía refrenar la lengua (1.26). Ahora estaba listo para dar detalles sobre los males de este pequeño miembro. Hablar negligentemente termina en la infección del cuerpo con asuntos del tipo «terrenal, animal, diabólico» (3.15). Sean buenos o malos los resultados, las palabras son obras. Se hace evidente que el tema al final del capítulo 2 fluye suavemente hacia las amonestaciones y reprensiones del capítulo 3. Al mismo tiempo, 3.1—4.12 constituye una unidad distinta de la epístola que se mantiene vagamente unida por el tema de la disensión dentro del cuerpo.

La perfección consiste en controlar la lengua (3.1–5)

¹Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación. ²Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. ³He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. ⁴Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. ⁵Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!

Versículo 1. Incluso cuando tenemos buenas razones para concluir que las amonestaciones de Santiago acerca de la fe y las obras conducen e incluso introducen sus exhortaciones sobre el uso y mal uso de la lengua, la inserción de un comentario sobre los maestros parece fuera de lugar. La advertencia de Santiago de que cualquier persona que asuma el papel de maestro debe hacerlo con precaución y autoexamen es aún más sorprendente cuando se considera lo fundamental que es la enseñanza para nuestra misión.

Las palabras «predicador» y «maestro» pueden no ser exactamente lo mismo, sin embargo, la predicación y la enseñanza se superponen con frecuencia. Los maestros y la enseñanza están a la vista en todo el Nuevo Testamento. La familia de palabras tiene los siguientes componentes diferentes: La forma διδακτικός (*didaktikos*) se usa adjetivamente para querer decir «apto para enseñar» (1ª Ti 3.2; 2ª Ti 2.24). Otra forma, διδακτός (*didaktos*), aparece como un adjetivo verbal en las frases «enseñados por Dios» (Jn 6.45) y «las que enseña el Espíritu» (1ª Co 2.13). El sustantivo διδάσκαλος (*didaskalos*, «maestro») y el verbo διδάσκω (*didaskō*, «enseñar») se encuentran entre los más comunes en el Nuevo Testamento. Otro sustantivo en la familia de palabras designa de qué trata la enseñanza (διδασχῆ, *didachē*).

En los relatos de los Evangelios, los discípulos se dirigieron regularmente a Jesús como «Maestro». Nicodemo llamó al Señor «Rabí» y luego dijo que Este había venido de Dios como «maestro» (Jn 3.2). Desde la cima de un monte en Galilea, Jesús les dijo a los once apóstoles restantes que hicieran discípulos y enseñaran (Mt 28.19, 20). Dios nombró maestros para la iglesia (1ª Co 12.28; Ef 4.11). Frente a todo ese énfasis y más, Santiago escribió: ... **no os hagáis maestros muchos de vosotros.** ¿Por qué escribiría tal amonestación?

Santiago no se explicó de una manera directa, sin embargo, el contexto ofrece pistas. Entre las iglesias a las que se dirigía Santiago, había graves disensiones internas. Parece que los «celos amargos» y la «contención» estaban devorando la unidad del cuerpo (3.14). El autor sin duda utilizó una hipérbole, aún así, las palabras «pleitos», «combaten», «guerras» y «matáis» (4.1, 2) indican la gravedad de los problemas internos. El comentario del autor sobre los maestros en 3.1 es comprensible si la rivalidad entre los maestros en las iglesias subyace a muchas de las disensiones. Quizás Santiago quería abordar el tema con deli-

cadeza. No acusó inmediatamente a los maestros de generar conflictos y celos amargos, como podría haberlo hecho en 4.1, 2. En cambio, se dirigió a ellos de pasada. Santiago dijo lo suficiente como para que las partes ofensivas pudieran verse en sus palabras. Los maestros de entonces y ahora deben comprender que son responsables de lo que enseñan y de cómo enseñan. Habiéndose dirigido a los maestros ofensores en 3.1, Santiago generalizó recurriendo a los abusos de la lengua que eran generalizados.

En el mundo donde vivía Santiago, especialmente entre los judíos, se respetaba enormemente a los maestros.¹ Se admiraba e imitaba a los maestros, con el resultado de que algunos en la iglesia querían ser maestros aunque no tuvieran calificaciones. La advertencia que el autor dio a quienes deseaban ser maestros por razones equivocadas les exigía un autoexamen. Me vienen a la mente dos razones generales de por qué aquellos sin calificaciones no deberían haber aspirado a ser maestros: 1) Algunos que deseaban enseñar carecían de cualidades personales (como sinceridad o un patrón piadoso de vida) o habilidades (como habilidades de comunicación) necesarias para ser maestro. 2) Además, algunos no estaban lo suficientemente bien informados como para ser maestros; no estaban firmemente arraigados en la doctrina cristiana. Los primeros podrían encontrar otras vías de ministerio en la iglesia de Cristo además de la enseñanza. Aquellos que no tenían las cualidades personales necesarias deberían haber reflexionado sobre la responsabilidad que acompaña a la enseñanza. Estos últimos, aquellos sin el conocimiento requerido, debían haber considerado que la gloria que alcanzaban por el momento podría venir a expensas de las almas que desviaban de Cristo.

Cuando aseveró que los maestros recibirían una **mayor condenación**, Santiago estaba diciendo que las consecuencias de las palabras y vidas de los maestros son de gran alcance.² El que enseña la palabra de Dios será juzgado a un nivel más

¹ Joachim Jeremias, *Jerusalem in the Time of Jesus (Jerusalén en los días de Jesús)*, trad. F. H. Cave y C. H. Cave (Philadelphia: Fortress Press, 1969), 233–45.

² Dado que los profetas y los maestros tenían responsabilidades superpuestas, Pablo enfrentó una situación en la iglesia de Corinto (1ª Co 14.29–33) donde los profetas–maestros estaban hablando sin ejercitar el dominio propio adecuado. Los maestros hoy deben aprender de Santiago y Pablo que la rivalidad y la competencia entre ellos es destructiva para la iglesia.

alto que el que deja las responsabilidades de la enseñanza a los más calificados. Lo que Santiago dijo acerca de los maestros fue similar a lo que Jesús dijo acerca de ciertos escribas: «Estos recibirán mayor condenación» (Mr 12.40). La idea parece ser que Dios juzgará a los que tomen una decisión apresurada de enseñar con un estándar más exigente que a los que tengan la humildad de demorarse. La gloria egoísta no tiene lugar en el ministerio de enseñanza de la iglesia.

Se necesitarán maestros en la iglesia hasta que el Señor regrese. Esto está implícito en las palabras de Santiago: los cristianos a quienes se les enseña tienen derecho a esperar instrucción tanto por el ejemplo como por la palabra. Santiago estaba inculcando a sus lectores las responsabilidades que conlleva ser un maestro, sin embargo, en el proceso sus palabras plantean una pregunta: en vista de que un maestro recibirá «mayor condenación» (literalmente, «un juicio mayor»), ¿por qué alguien querría ser un maestro? ¿Por qué el mismo Santiago eligió ser maestro? Cada maestro tiene que contestar la pregunta por sí mismo, sin embargo, se presenta lo siguiente: Alguien enseña porque la Palabra le mueve a hablar, porque ama al Señor y el mensaje del Señor, porque ama al prójimo, porque desea usar los dones que Dios le ha dado para la gloria de Dios. El maestro tiene que mirar dentro de sí mismo. ¿Qué lo motiva a desear ser maestro? Si se tiene algo que ofrecer, a pesar de las debilidades, hay que atreverse a ser maestro.

Versículo 2. Las palabras son el campo de acción del maestro. Por esa razón, no es sorprendente que Santiago ofreciera una breve advertencia para los maestros y luego se lanzara a una descripción de los pecados de la lengua. Sin embargo, la transición que hizo de su forma de pensar sobre la precaución de asumir el papel del maestro a los males generales resultantes del mal uso de la lengua difícilmente puede explicarse por el mero hecho de que los maestros hablan. De hecho, probablemente sea cierto que Santiago «estaba al tanto de los problemas prácticos de los maestros que eran inmoderados e imprudentes en el uso del lenguaje y que estaban más interesados en la elocuencia de las palabras que en la solidez de la conducta».³ Sin embargo, se sea maestro o no, el

³ George Eldon Ladd, *A Theology of the New Testament (Teología del Nuevo Testamento)*, rev. ed., ed. Donald A. Hagner (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1993), 636.

cambio repentino de las advertencias para los maestros en el uso imprudente del lenguaje es abrupto. Nuestras preguntas son menos desconcertantes cuando consideramos que, en la transición que hizo para hablar de las exhortaciones generales sobre el uso de las palabras, Santiago no ha dejado atrás su interés en la forma en que se conducen los maestros. Más importante aún, no ha dejado atrás su preocupación de que la competencia indebida entre maestros pueda tener un efecto adverso en la unidad de una congregación.

El punto que Santiago deseaba dejar claro para todos los creyentes, pero para los maestros en particular, es que el habla es una parte tan básica del carácter de la persona que quien controla su habla está por ese hecho en control de su conducta. El argumento es que quien pueda hacer lo más difícil de controlar la lengua seguramente podrá hacer lo de menor dificultad. **Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto**, afirmó Santiago.

El daño infinito y el bien infinito están en la lengua. Un proverbio dice: «Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; Mas la lengua de los sabios es medicina» (Pr 12.18). Entre los judíos que fueron contemporáneos de Santiago, la sabiduría habló desde varias fuentes para defender la moderación en el uso de la lengua. Eclesiástico, una obra de sabiduría del período Intertestamental (c. 200 a.C.), registra la siguiente oración: «Señor, Padre y Gobernante de mi vida, no me abandones al control de la lengua ni me dejes caer por su culpa».⁴ Incluso Josefo, el historiador judío, intervino en el tema. Sostuvo que la razón por la que la cabeza de la serpiente debía ser aplastada (Gn 3.15) era que el habla emanaba de la cabeza. Fue por medio del habla que la serpiente había engañado a Eva.⁵

Los sabios no siempre fomentaban el silencio, o incluso la moderación, en el uso de la lengua. Cuando el sabio se sentaba en silencio y permitía que reinara la injusticia, era culpable. El libro de Proverbios incluían la siguiente observación: «La ley del sabio es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte» (Pr 13.14). Basta decir que la enseñanza requiere palabras. Santiago no estaba desanimando a hombres capaces y bien calificados para enseñar. Más bien, estaba dándoles una advertencia a los maestros. La competencia entre ellos puede desembocar en una amarga en-

⁴ Eclesiástico 23.1 (NAB).

⁵ Josefo *Antigüedades* 1.1.4.

vidia, y cuando así sucede, los efectos dañinos se extienden al cuerpo de Cristo en general.

Versículo 3. Como se demuestra a lo largo de esta carta, Santiago usó figuras retóricas bien hechas. Anteriormente, había dicho que el incrédulo era «semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra» (1.6). El rico debe considerar que «pasará como la flor de la hierba» (1.10). De acuerdo con su propensión a ese lenguaje, el autor escribió: **He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos...** Esta es la segunda vez que nuestro autor pone el uso de palabras y la imagen de un freno en la misma frase (1.26).

Como con cualquier ilustración, el lector no debe forzar demasiado el lenguaje. Hablando apropiadamente, no se espera que la lengua controle el **cuerpo** como el freno controla al caballo. Eso exagera demasiado la ilustración. El caso es que algo pequeño puede ejercer una poderosa influencia sobre un animal grande. Del mismo modo, la lengua ejerce una poderosa influencia sobre la vida de una persona.

Si tomamos la ilustración de Santiago al pie de la letra, daba a entender que las palabras no son solo un reflejo del carácter o los pensamientos de una persona, sino también que las palabras, una vez dichas, tienden a darle forma a la vida interna del usuario. Antes, Santiago había dicho que el cristiano debía ser «tardo para hablar, tardo para airarse» (1.19). El orden, el discurso seguido de la ira, es inesperado. A menudo se piensa que el hablar precipitado es producto de la ira y no su causa, sin embargo, a veces una persona comienza literalmente a hablar hasta el punto de enojarse. Las palabras pueden venir primero y la ira sigue. De manera similar, las palabras dichas a menudo se convierten en palabras creídas, y las palabras creídas transforman la fantasía en realidad.

De una forma u otra, la capacidad o la falta de capacidad de una persona para controlar su lengua tendrá efectos profundos. La lengua no es solo el producto de la vida mental o espiritual de una persona, también moldea la vida mental y espiritual. Cuando el creyente usa el tipo de lenguaje grosero y degradante que caracteriza al mundo, se convierte en una vía para que la mundanalidad se filtre en él y en la comunidad que comparte. Ya se trate de chismes, mentiras, lenguaje vulgar o «celos amargos y contención» (3.14), la lengua es la causa de una gran falta de armonía y amargura. Es un órgano pequeño del cuerpo, sin embargo,

la lengua sin la sujeción adecuada puede ser un flagelo para la decencia.

Versículo 4. Para describir el gran efecto que algo pequeño puede tener en algo mucho mayor, Santiago se basó en tres ilustraciones: 1) Un pequeño freno en la boca de un caballo controla un animal grande (3.3); 2) **un muy pequeño timón** es capaz de guiar grandes **naves** que son **llevadas de impetuosos vientos** (3.4); y 3) una llama pequeña, cálida y acogedora cuando está bajo control, es capaz de encender una gran masa de material combustible, como tierras forestales, de modo que un gran fuego destruye todo lo que está a la vista (3.5). Cada uno de los tres ejemplos destaca por su capacidad para ilustrar que nada debe descartarse debido a su reducido tamaño.

¿Cómo guía (o controla) la lengua el cuerpo (o la vida) de la forma como un freno en la boca de un caballo o un timón en un barco? Quizás la idea es que cada esfera de la vida se ve afectada por la lengua. Sus poderosos efectos impregnan la vida. Por lo tanto, este pequeño miembro entre los miembros del cuerpo determina el camino que toma la vida, como el freno determina el camino que toma un caballo o el timón determina el rumbo que navega un barco. Las cosas pequeñas pueden ser pasados por alto; sin embargo, nadie puede ignorar sus efectos. El habla es común; todo el mundo tiene lengua. Hablar es tan necesario para la interacción humana que es fácil pasar por alto los efectos de largo alcance de las palabras. Tan poderosos y penetrantes son los efectos del don del habla que Santiago dijo que la persona que mide sus palabras tiene control sobre su vida.

Las ilustraciones que usó Santiago no son menos significativas porque sus contemporáneos o escritores que vivieron siglos antes que él las usaron en obras seculares. Las metáforas y símiles utilizados por nuestro autor eran un material bastante común en la literatura del mundo helenístico. Varios autores antiguos comparaban la lengua o el habla con el poder de un freno o un timón. Otros escritores compararon la lengua con cosas pequeñas en general. Autores antiguos tendían a usar el freno y el timón como metáforas de la forma en que todo tipo de cosas pequeñas pueden producir grandes efectos. La lengua está entre otras cosas pequeñas que producen un gran efecto.

Mediante el control de la lengua, sostuvo Santiago, podemos establecer nuestro propio curso en la vida. Las palabras formadas por la lengua y habladas en la vida pueden moldear el pensamien-

to y el carácter de una persona. La lengua afecta las relaciones de una persona con los demás y, en última instancia, ayuda a determinar el destino del alma.

Versículo 5. Al presentar la metáfora del fuego, Santiago llamó la atención al poder destructivo del habla. La destrucción no estaba implícita en las dos alusiones anteriores a la lengua como un freno y un timón. Santiago resumió sus dos primeros símiles: Así como la lengua es como un freno en la boca de un caballo, o como un timón que guía una nave, **Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas.** Para completar su argumento, Santiago recurrió a una metáfora: **He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!** Las dos primeras ilustraciones demostraban la pequeñez de la lengua. El uso de la figura del fuego llama la atención a la forma en que las palabras causan destrucción instantánea y pueden crecer fuera de control en su poder para causar desorden y odio continuos.

Como el fuego, la lengua puede infligir mucho dolor a quienes reciben la peor parte de su ira. Entre aquellos que han acogido las normas éticas y la conducta del mundo, no es de extrañar que las personas sufran por las palabras vertidas sin pensar o con malicia. No debe ser así entre los que son ciudadanos del reino de Dios. La amonestación de Santiago debe ser tomada en serio por cualquiera que reconozca a Jesús como el Cristo.

El potencial destructivo del lenguaje descuidado es una advertencia necesaria para todos. Sin embargo, las personas que ocupan puestos en los que su influencia se siente ampliamente tienen una mayor responsabilidad de ser cuidadosos con sus palabras que los demás. En el siglo primero, los maestros eran personas en puestos de responsabilidad. El autor no había dejado atrás la amonestación de 3.1. Si los maestros estaban esparciendo discordia, causando «las guerras y los pleitos» (4.1), las observaciones que hizo Santiago sobre el poder del habla tenían una gran relevancia. Los predicadores, ancianos y maestros de la iglesia actual no son menos responsables.

Maldición y bendición de la misma boca (3.6–12)

Habiendo considerado la pequeñez de la lengua en proporción a la grandeza de su impacto, Santiago dio un giro en sus metáforas. El «fuego» se convirtió en un dispositivo de transición. Un pequeño fuego puede convertirse en un infierno

ardiente. Cuando así sucede, sus poderes destructivos se expanden rápidamente. Como un fuego, la lengua es difícil de mantener en canales útiles sin dejar que se expanda en modos destructivos. El autor utilizó un lenguaje poético y conciso para exigir que sus lectores no procesen sus palabras con un gesto indiferente. «La lengua [...] es inflamada por el infierno», escribió; «es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal». Un corazón limpio no puede producir palabras pútridas. Es imposible que «agua dulce y amarga» brote de la misma abertura.

⁶Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. ⁷Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; ⁸pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. ⁹Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. ¹⁰De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¹¹¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? ¹²Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.

Versículo 6. La sintaxis del presente versículo es difícil, incluso si la idea no lo es. Las traducciones ofrecen matices que reflejan las dificultades de saber exactamente dónde pretendía Santiago introducir la frase «un mundo de maldad» (ó κόσμος τῆς ἀδικίας, *ho kosmos tēs adikias*). La Reina-Valera coloca la frase en aposición con «lengua». Así dice: **Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad.** La ESV es similar, sin embargo, la NRSV ofrece un matiz diferente. Dice: «La lengua es un fuego. La lengua es colocada entre nuestros miembros como un mundo de iniquidad». La REB consigna: «La lengua es un fuego que representa en nuestro cuerpo a todo el mundo inicuo». Un análisis a fondo de los diversos matices nos llevaría demasiado lejos, sin embargo, las diferencias de pensamiento no son grandes.

Cuando Santiago aseveró que «la lengua es un fuego, un mundo de maldad», estaba diciendo que en todas las formas en que las personas pecan

contra Dios y se hacen daño unos a otros, la lengua lleva la delantera. No hay forma de evitar las tentaciones que trae consigo el habla. **La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo**, escribió Santiago. Es interesante que el verbo que se traduce como «está puesta» o «es colocada» es en griego una voz media, un uso que a veces es reflexivo. Sophie Laws señaló que la forma idéntica en 4.4 aparece en la frase «se hace enemigo de Dios». ⁶ Tomado de manera similar en 3.6, el sentido es que la lengua se establece entre los miembros del cuerpo como una fuerza contaminante. En 1.27, Santiago había descrito la religión pura como el acto de mantenernos «sin mácula» (ἄσπιλος, *aspilos*) del mundo. En este versículo, agregó que la lengua «contamina» (σπιλόω, *spilōō*) todo el cuerpo. «Mancha» toda la vida.

Además, Santiago dijo que la lengua **inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno**. La frase que se traduce como «la rueda de la creación» es digna de comentario. Las palabras griegas τὸν τροχὸν τῆς γενέσεως (*ton trochon tēs geneseōs*) quieren decir literalmente «la rueda de la naturaleza», o quizás «la rueda del nacimiento». La palabra que quiere decir «creación», γένεσις (*genesis*), se usa para el primer libro del Antiguo Testamento, Génesis. Puede querer decir «principio», sin embargo, en Mateo 1.18 se refiere al «nacimiento» de Cristo. La palabra para «rueda», τροχός (*trochos*), se encuentra sólo aquí en el Nuevo Testamento. Santiago podría haber tenido algún conocimiento del lenguaje filosófico corriente en el mundo de habla griega. Los autores órficos y pitagóricos utilizaron la frase «rueda de la naturaleza» para designar el destino y la reencarnación como determinantes de la vida. ⁷ Con toda probabilidad, los comentaristas han apelado al uso por parte de Santiago de la frase para sacar más conclusiones de las que justifica la evidencia. El uso de la frase por parte de Santiago no quiere decir necesariamente que conocía bien la literatura clásica griega. Puede que simplemente haya extraído las palabras del acervo común del lenguaje cotidiano con poco conocimiento de la forma en que los filósofos sofisticados usaban la frase.

⁶ Sophie Laws, *A Commentary on the Epistle of James (Comentario sobre la epístola de Santiago)*, Harper's New Testament Commentaries (San Francisco: Harper & Row, 1980), 149.

⁷ Martin Dibelius, *James (Santiago)*, rev. Heinrich Greeven, trad. Michael A. Williams, Hermeneia (Philadelphia: Fortress Press, 1975), 196–98.

Fuera de los relatos de los Evangelios, ⁸ Santiago 3.6 es el único lugar en el Nuevo Testamento donde γέεννα (*gehenna*) se usa para «infierno». Es una transliteración griega de las palabras hebreas גֵּי הִינוֹם (*gey-hinnom*), que quieren decir «valle de Hinom». Era el nombre del gran valle que corre al sur de Jerusalén. Josué se refirió al lugar cuando dividió la tierra entre las tribus y prescribió los límites de Judá (Jos 15.8). Surgió nuevamente cuando registró el territorio de Benjamín (Jos 18.16). Casi mil años después de Josué, los reyes de Judá mataron a sus hijos y los ofrecieron como sacrificios humanos en el altar llamado Tofet en «el valle del hijo de Hinom». Durante los días de Jeremías, el buen rey Josías profanó a Tofet para que no pudiera usarse para la idolatría (2° R 23.10).

Después de la muerte de Josías, Tofet volvió a ser de uso popular. Alguna idolatría consistió en sustituir ídolos por el único Dios verdadero, sin embargo, parte de ella fue en sincretismo, es decir, en la unión de dioses paganos con el Dios de Israel. Aparentemente, los israelitas llegaron a pensar que algunos ritos que los paganos usaban para influir en sus dioses también influirían en el Dios del Sinaí. Por ejemplo, los sacrificios humanos apenas eran desconocidos entre los dioses de Canaán. Quizás el sacrificio humano convencería a Dios de enviar lluvia o triunfar en la batalla. En el famoso «Sermón del templo» de Jeremías, Dios habló por medio del profeta para decir: «Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no les mandé, ni subió en mi corazón» (Jer 7.31).

Después de que los judíos estuvieron en cautiverio babilónico durante los setenta años de Jeremías (Jer 25.11), regresaron en oleadas a fines del siglo sexto a.C. y a lo largo del siglo quinto. Durante la restauración, el «valle de Hinom» recibió una mención más como marcador geográfico (Neh 11.30), sin embargo, jamás volvería a ser un lugar para el sacrificio humano. Se convirtió en un lugar despreciado. En los años que transcurrieron hasta la llegada de Juan el Bautista, el gran valle al sur de la ciudad se convirtió en un basurero para Jerusalén. Un fuego ardía allí todo el tiempo para limpiar la basura, y los gusanos no dejaban de hacer lo suyo.

Gey-hinnom («valle de Hinom»), o *gehena*, se

⁸ Veá Mt 5.22, 29, 30; 10.28; 18.9; 23.15, 33; Mr 9.43, 45, 47; Lc 12.5.

convirtió en la palabra común que los judíos usaban metafóricamente para el lugar adonde los malvados van por la eternidad. Era la palabra común que Jesús usó para «infierno», un lugar «donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Mr 9.48). Es probable que Santiago haya escuchado a Jesús usar la palabra muchas veces. El hermano del Señor parece haber estado diciendo que la lengua, cuando sucumbe a los patrones del mundo, es un mal infernal.

Versículo 7. De la descripción de la lengua en términos de su potencial destructivo cuando no es controlada, Santiago regresó más explícitamente a la idea del control. El freno y el timón demostraban el poder de la lengua para determinar el destino de una persona, sin embargo, en ese caso, el control que ejercían tenía valor positivo. Ahora el autor quiso ilustrar que los efectos de la lengua pueden ser malignos. Es un miembro pertinaz del cuerpo que necesita ser controlado. La lengua tiene el potencial de actuar fuera de los límites racionales, para ser casi independiente de la mente. Los hombres y las mujeres ejercen cierto control sobre los feroces vientos, sobre los ríos y campos, sobre los animales del mar, la tierra y el aire. Paradójicamente, parecen ser incapaces de controlar la fuerza destructiva de este pequeño miembro del cuerpo.

Como hizo Santiago en otros lugares de la carta, cedió a la hipérbole: **Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana.** Implícita está la pregunta «¿Por qué, entonces, no puede la humanidad controlar este pequeño miembro del cuerpo?». Los cuatro tipos de creación animal se presentan en el mismo orden en Génesis 9.2 después del diluvio. «El temor y el miedo de vosotros...», dijo Dios, «estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar...». Si bien el control del hombre se extendió ampliamente sobre la creación animal (y también sobre la creación material), había pocas ocasiones para que se llenara de orgullo por sus conquistas y logros mientras no pudiera controlarse a sí mismo. La lengua representaba el potencial para pecar en la familia humana. Era el epítome de lo que significaba rebelarse contra Dios.

Versículo 8. La humanidad ha domesticado el mundo animal, **pero ningún hombre puede domar la lengua.** Santiago casi parece haber hablado de la lengua como algo externo a la persona, o quizás

como un demonio interno que plaga los alrededores y es plagado a cambio. Aún así, Santiago y sus lectores sabían que la lengua, incluso el uso de palabras, no era el único tema. Al final, Santiago estaba usando la lengua como ejemplo de todas las formas contradictorias en que las personas se comportan. James B. Adamson explicó: «La queja contra la lengua es entonces su inconsistencia traicionera, un mal irreductible al orden, a un carácter constante de obediencia disciplinada y justicia».⁹ De manera figurada, Santiago estaba acusando a la familia humana de la misma forma que Pablo la acusó en Romanos 1.24–32. Pablo ofreció una larga lista de pecados, mientras que Santiago los resumió diciendo que las personas parecen incapaces de controlar el impulso de hablar de manera pecaminosa.

Quizás la referencia anterior que Santiago había hecho a la lengua como fuego contribuía a su descripción de ella como **un mal que no puede ser refrenado.** La frase **llena de veneno mortal** recuerda la descripción del salmista sobre los hombres malvados. «Veneno de áspid hay debajo de sus labios», dijo (Sal 140.3). Lo que Santiago tenía que decir acerca de las contribuciones de la lengua a la miseria y el pecado de la raza humana encaja en una acusación bíblica más amplia de la raza humana, una que se remonta a Génesis 3.

Versículo 9. Si es cierto, como hemos sugerido, que el comportamiento divisivo de los maestros egoístas había provocado muchas de las amonestaciones de Santiago, en este punto él reveló sus intenciones. El autor hizo retroceder a sus lectores a sus pronunciamientos generales sobre la lengua. Por lo tanto, nos encontramos cara a cara nuevamente con los maestros en 3.1. Bendición y maldición son los temas. Con la lengua **bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.** Los maestros en cuestión profesaban ideales que ellos negaban con su conducta. Mientras pronunciaban palabras que aparentemente alababan el nombre de Dios, usaban las mismas palabras traidoramente para socavar el carácter de los demás. El resultado fue un cuerpo de cristianos que luchaban y peleaban entre sí (3.14; 4.1) mientras afirmaban honrar y servir a Dios.

Quizás Santiago usó la frase «Dios y Padre»

⁹James B. Adamson, *The Epistle of James (La epístola de Santiago)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 144.

para recordarles a sus lectores que el Dios soberano que había elegido a Israel y conquistado Canaán para sus antepasados era también el Padre que los había amado y enviado un Salvador. Alternativamente, «Señor» (la NASB consigna «Señor y Padre» en lugar de «Dios y Padre») podría referirse a Jesús. Comúnmente en el Nuevo Testamento, especialmente en los escritos de Pablo, Cristo es «Señor» y Dios es «el Padre». En Santiago 3.9, la Reina-Valera sigue manuscritos posteriores y menos confiables que han eliminado el problema. La Reina-Valera traduce la lectura más fácil, «Dios y Padre».

Hasta este punto, Santiago había escrito en generalidades sobre el potencial destructivo de la lengua, sus efectos universales y la dificultad con la que se controla. Ahora ofreció una ilustración específica. Con la lengua se puede hacer el bien. Nadie puede domarla (3.8), sin embargo, incluso en su anarquía, puede bendecir. Con actos benévolos se puede bendecir a Dios o producir efectos beneficiosos para los demás. Incluso con su potencial para el bien, la lengua es voluble. Todo el bien que hace la lengua se borra rápidamente cuando se muestra hipocresía usando el mismo instrumento para insultar y difamar a su prójimo que fue creado a imagen de Dios.

Aludiendo a Génesis 1.26–28 y 9.6, Santiago acusó que con su discurso sus lectores originales estaban mostrando menos respeto por sus hermanos en la fe del que Dios había mostrado por los hombres y mujeres cuando los creó a Su propia imagen. Las implicaciones de *Imago Dei*, «a imagen de Dios» (Gn 1.27; 9.6), son de peso. Como Dios, las personas tienen impulsos creativos dentro de sí mismas. Como Él, toman decisiones y son responsables de las decisiones que toman. El hombre muestra su mejor cara cuando actúa como un ser creado por Dios, cuando demuestra la misma disposición a dar, el mismo desdén por la acepción de personas, el mismo respeto por la humanidad, que Dios mismo ha mostrado. Los maestros que estaban peleando entre sí y que en el proceso sembraban discordia en las iglesias, que bendecían y maldecían al mismo tiempo, demostraban que no tenían en cuenta a su Creador común.

Maldecir a alguien quería decir más que lanzarle una palabra de odio. Quería decir recitar una maldición con la esperanza de que la ira de Dios cayera sobre la persona. Muchos en el mundo antiguo suponían que las palabras tenían poderes casi mágicos. Una palabra hablada adquiría vida

propia con el poder de producir lo que expresaba. Algunos de los salmos contienen imprecaciones. Por ejemplo, Salmos 58.6–8 dice: «Quiebra, oh Jehová, las muelas de los leoncillos. Pasen ellos como el caracol que se deslíe». Además, Salmos 109.8, 9 dice: «Sean sus días pocos; Tome otro su oficio. Sean sus hijos huérfanos, Y su mujer viuda». Los salmistas, como los maestros en Santiago 3, no tomaban en cuenta que Dios había creado a sus rivales a Su propia imagen. El pronunciar las palabras, en lo que respecta a los salmistas, constituía un paso hacia la realización de la maldición. Lanzar palabras abusivas y maldecir al prójimo no es poca cosa.

El hombre que usa su lengua para bendecir a Dios y maldecir a los hombres no solo la usa de manera inconsecuente, sino que actúa en contra de la obra de Dios en crear al hombre, adoptando así una actitud diametralmente opuesta para con Dios y aquel a quien las Escrituras presenta como a semejanza de Dios.¹⁰

Versículo 10. El cambio de la lengua a la boca ilustra que ninguna de los dos acaparaba el mayor interés de Santiago. Su preocupación era el corazón y la mente que forman las palabras y son formadas por las palabras. Santiago estaba ofendido y perplejo: **De una misma boca proceden bendición y maldición.** Se ha dicho que el habla de una persona es «un barómetro de su espiritualidad».¹¹ Tanto la lengua como la boca son metáforas para la mente de una persona que emplea el habla para hacer cosas tanto beneficiosas como perjudiciales.

Santiago deseaba acabar con la amargura y la animosidad que caracterizaba a los maestros que habían elegido bando y se habían propuesto desacreditarse unos a otros. Resumió su amonestación escribiendo: **Hermanos míos, esto no debe ser así.** El autor no tenía las bendiciones a la vista. Las bendiciones debían haber continuado sin cesar; la maldición tenía que cesar. Solo esta vez en el Nuevo Testamento aparece la palabra *χρή* (*chrē*, «debe»). Es uno de los varios indicios de que el autor tenía algún conocimiento del escenario literario del mundo grecorromano.

Versículo 11. El autor recurrió a una fuente de agua para ilustrar la incongruencia del hablar que es santo en un momento y desdeñoso y amargo al siguiente. Santiago expresó lo absurdo de

¹⁰ Laws, 156.

¹¹ Douglas J. Moo, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1985), 129.

la escena en forma de pregunta: **¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?** Las bendiciones y maldiciones de la misma boca son tan absurdas como suponer que una fuente pueda producir agua amarga y salada y agua dulce y fresca al mismo tiempo. La alusión a una fuente habría capturado la imaginación de pueblos del Mediterráneo oriental más de lo que servía para capturar la imaginación de quienes viven en muchas otras partes del mundo. Cuando el clima era seco en Palestina, como solía ser, una fuente constante de agua era una fuente de vida.

Las fuentes entran en la narrativa del Antiguo Testamento en momentos cruciales. Cuando David temió por su vida, él y sus hombres encontraron sustento en En-gadi, una fuente y oasis en el lado occidental del Mar Muerto (1° S 23.29). En el valle de Cedrón al este de Jerusalén, la fuente de Gihón era el lugar donde Natán, Sadoc y otros funcionarios de David declararon que Salomón sería el próximo rey (1° R 1.38, 39). El buen rey Ezequías posteriormente desvió el agua de la fuente de Gihón al estanque de Siloé en Jerusalén (2° Cr 32.30; vea Jn 9.7). Gedeón y su ejército acamparon en la fuente de Harod en la parte norte de la herencia tribal de Manasés (Jue 7.1). No todas las fuentes de la tierra de Canaán producían agua dulce y potable. Desafortunadamente, la referencia a las fuentes no proporciona ninguna base para limitar el número de lectores de Santiago a una región en particular del Cercano Oriente. Las condiciones que prevalecían en Israel eran comunes en toda la región.

Versículo 12. La ilustración por parte de Santiago de los árboles frutales que dan frutos apropiados a su naturaleza marca un cambio en el énfasis de la ilustración anterior. El autor recurrió nuevamente a una pregunta retórica: **Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos?** La fuente y su agua tenían que ver con el bien y el mal proviniendo de la misma fuente. Santiago cambió el pensamiento de modo que el fruto sea incompatible con el árbol que lo producía. En el último caso, el punto es más parecido a la declaración de Jesús en Mateo 12.34: «Porque de la abundancia del corazón habla la boca». El fruto de la boca refleja la clase de corazón que lo controla. Jesús había dicho de los falsos profetas: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7.16). Bendecir a Dios y maldecir al prójimo es tan contrario a la naturaleza como una higuera que produce aceitunas o una vid que produce higos.

SABIDURÍA DE LO ALTO (3.13–18)

Si la discordia entre los maestros de las iglesias a las que se refiere Santiago constituye el trasfondo de 3.1 a 4.12, el cambio de tema del uso de la lengua a la sabiduría de lo alto es pequeño. La sabiduría, siendo la fuerza para dirigir la lengua por los canales adecuados, no era una idea nueva cuando Santiago la presentó. «La lengua apacible es árbol de vida», decía uno de los proverbios de Israel (Pr 15.4). Otro agregó: «Mas la lengua de los sabios es medicina» (Pr 12.18).

Santiago había introducido la sabiduría en el capítulo 1. «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría», había dicho, «pídala a Dios [...] y le será dada» (1.5). Añadió: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces» (1.17). El autor se basó en sus declaraciones anteriores sobre la sabiduría para pedirles a los maestros que actuaran con moderación. Eran ellos quienes podrían traer paz y gozo a la vida de los discípulos de Cristo. En el proceso, amplió el tipo de sabiduría que conviene a los que han confesado a Cristo. Por supuesto, el autor se refirió a la sabiduría en términos generales: «¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?» (3.13). Sin embargo, la amonestación aparentemente fuera de lugar «no os hagáis maestros muchos de vosotros» (3.1) no ha sido dejada atrás. Santiago probablemente eligió sus palabras en respuesta a la discordia que lo oprimía a él y a las iglesias. Los celos y la envidia aparentemente provenían de maestros que querían tener el control. La amonestación a los maestros en 3.1 proporciona la mejor pista de por qué Santiago eligió profundizar en la sabiduría.

¹³¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. ¹⁴Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; ¹⁵porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. ¹⁶Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. ¹⁷Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. ¹⁸Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

Versículo 13. «Así también la lengua [...] se jacta de grandes cosas», había dicho Santiago (3.5).

Señaló a modo de contraste que la sabiduría fluye de las obras de la mansedumbre o la humildad. Santiago hizo una pregunta a sus lectores: **¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?** ¿Quién profesa ser sabio? ¿Quién supone que comprende el modo de vida cristiano? Santiago usó muchas palabras que de otra manera no aparecen en el Nuevo Testamento. La palabra «entendido» (ἐπιστήμων, *epistēmōn*) es una de ellas. Sin usar la misma palabra, Pablo había lanzado un desafío similar: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo?» (1ª Co 1.20).

Los maestros sabios en posiciones de liderazgo tendrían que demostrar un buen juicio en su elección de palabras, sin embargo, las palabras no eran el fin del asunto. Como la fe sin obras está muerta (2.26), la sabiduría está muerta a menos que gobierne las palabras y nuestra disposición para con los demás. La sabiduría en la comunidad cristiana nunca será demostrada únicamente con palabras. El tipo de fe y sabiduría que eran significativas eran las demostradas y respaldadas por todo tipo de **buena conducta**.

Al volver a la sabiduría, quizás Santiago simplemente estaba volviendo al tema de 1.5, habiendo dicho todo lo que quería decir sobre el poder y el potencial destructivo del habla. Es más probable que una secuenciación intencional mantenga juntas 3.1–12 y 3.13–18. Habiendo emitido una advertencia sobre los peligros potenciales para aquellos que no estaban calificados para enseñar (3.1), Santiago recurrió a consejos prácticos para los maestros más capaces y dotados. Un maestro debe ser «sabio y entendido». ¿Cómo evidenciaría la sabiduría su presencia? Santiago respondió que la sabiduría es inseparable de la forma de vida que llevamos. La sabiduría es igual a la bondad, sin embargo, es una clase peculiar de bondad. Es una bondad que difícilmente toma nota de sí misma. El sabio no hace ningún esfuerzo por impresionar a los demás con su superioridad.

La Reina-Valera traduce la palabra ἀναστροφή (*anastrophē*) con «conducta», sin embargo, «conducta» es demasiado leve. La palabra se refiere a «conducta expresada de acuerdo con ciertos principios», por lo tanto, a todas las elecciones que hacemos, nuestra manera de vivir.¹² La palabra aparece trece

¹² Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 73.

veces en el Nuevo Testamento, todas ellas en las epístolas. En tres ocasiones, Pablo la usó para el estilo de vida que uno elige para sí mismo. Pedro la usó seis veces en su primera carta y dos veces en la segunda. Aparece una vez en Hebreos y una vez en Santiago. La forma de vida que llevemos puede ser para bien o para mal, por eso Santiago afirmó que el sabio demuestra su «buena conducta»; sin embargo, fue más lejos. La bondad en la vida se manifiesta **en sabia mansedumbre** (ἐν πραύτητι σοφίας, *en prautēti sophias*). Santiago había usado la palabra que se traduce como «mansedumbre» una vez antes. En 1.21, es igualmente «mansedumbre» en la frase «recibid con mansedumbre la palabra implantada». A veces, la palabra se traduce como «humildad» o incluso «cortesía». La sabiduría requiere ese tipo de disposición. La «sabia mansedumbre» se opone directamente al «mal que no puede ser refrenado» y al «veneno mortal» que caracterizan el uso desmedido de la lengua (3.8).

El mundo antiguo, y también el moderno, tiende a admirar al hombre o la mujer que tiene una respuesta rápida, que es inteligente y tiene el control. Hay poco lugar para la admiración de la mansedumbre. Es común escuchar a cristianos declarar que la mansedumbre o la humildad es poder bajo control. Quizás, sin embargo, poder no es la cualidad que Santiago atribuyó a la sabiduría. La mansedumbre tiende a ser flexible, servicial, amable con los necesitados y abundante en bondad.

Versículo 14. Santiago contrastó la buena conducta y la mansedumbre, marcadores de una vida guiada por la sabiduría, con los **celos amargos** y [la] **contención**, señales de la disposición a [mentir] **contra la verdad**. La palabra que se traduce como «celos» (ζήλος, *zēlos*) en la Reina-Valera puede tener implicaciones positivas (2ª Co 9.2) o más comúnmente negativas (1ª Co 3.3), dependiendo de aquello por lo que se tiene celo. Peter H. Davids sostuvo que «rivalidad» o «celo severo» es una mejor traducción de la palabra. Continuó diciendo:

El problema es que el celo puede convertirse fácilmente en un fanatismo ciego, luchas amargas o una forma disfrazada de rivalidad y, por tanto, de celos; la persona se ve a sí misma como celosa de la verdad, sin embargo, Dios y los demás ven la amargura, la rigidez y el orgullo personal que están lejos de la verdad.¹³

¹³ Peter H. Davids, *The Epistle of James: A Commentary on the Greek Text (La epístola de Santiago: Comentario sobre el texto griego)*, The New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 151.

Junto con «celos», Santiago usó el término «contención» (ἐριθεία, *eritheia*). Es una palabra extraña en la literatura griega, sin embargo, aparece siete veces en el Nuevo Testamento. Solo Pablo y Santiago usaron la palabra. El léxico de Walter Bauer dice que aparece en Aristóteles (c. 350 a.C.) donde «denota una búsqueda egoísta de un cargo político por medios injustos».¹⁴ Los eruditos debaten acerca de su connotación precisa en el Nuevo Testamento, sin embargo, parece estar cerca en significado de ἔρις (*eris*, «contienda, discordia, contención»), quizás incluso se deriva de ésta misma palabra griega. En vista de que Pablo usó las dos palabras griegas en la misma lista de vicios (2ª Co 12.20; Ga 5.20), es seguro decir que tienen alguna diferencia en significado. Al mismo tiempo, está claro que sus significados son cercanos.

La idea de la fuente arrojando agua dulce y amarga (3.11) podría verse en los contrastes de 3.13 con 3.14. Es incongruente que «celos amargos» y «contención» broten de un corazón gobernado por la «sabia mansedumbre». La rivalidad podría encontrar su origen en varios lugares dentro de la comunidad cristiana, sin embargo, tiende a provenir de personas comprometidas en la misma empresa que compiten por un seguimiento basado en el reconocimiento de su superioridad. Como aclaran las cartas del Nuevo Testamento, la enseñanza, la predicación, la profecía, la amonestación, lo que sea que implique la proclamación pública, eran muy apreciados en los círculos cristianos. La competencia entre maestros o profetas encajaría en la descripción de la rivalidad descrita por Santiago.

El cristianismo ha sido desde el comienzo una religión enseñada. Los suplicantes se acercaron a Jesús y le suplicaron con la palabra «Maestro» (Mt 8.19; 12.38; 19.16). Después de Su muerte y resurrección, Jesús envió a los discípulos con la misión de enseñar (Mt 28.20). Los maestros son necesarios para que el reino de Dios prospere, sin embargo, los maestros conllevan riesgos. Puede que los maestros se desvíen del mensaje cristiano y comprometan su intención. En el proceso, es probable que surjan rivalidades. Ese fue el caso, por ejemplo, cuando los cristianos que querían aferrarse a la Ley se trasladaron a iglesias en Galacia detrás de Pablo (Ga 1.7; 4.17; 6.12, 13) y cuando los «grandes apóstoles» intentaron enmendar la enseñanza de Pablo en Corinto (2ª Co 11.5). Pedro y Juan encontraron un rival en la persona de Si-

món el mago (Hch 8.18–21), y Pablo confrontó a Elimas, el confidente de Sergio Paulo en Chipre (Hch 13.6–8). La competencia entre maestros por la atención de un grupo conlleva una historia larga y complicada.

Santiago podría haber estado hablando de manera abstracta cuando condenó las divisiones; sin embargo, con toda probabilidad fueron los *didaskaloi* («maestros») de 3.1 los que estaban celosos y tenían la ambición de superar a sus rivales. Según Santiago, tal comportamiento se burla de «la sabiduría que es de lo alto» (3.17) y destruye la unidad del cuerpo. Independientemente de las afirmaciones que pudieran haber expresado los maestros rebeldes, Santiago afirmó que ninguna sabiduría acompañaba sus celos amargos. Albergar tal disposición era jactancia (**jactéis**) y era «[mentir] contra la verdad». Era buscar la alabanza propia incluso si la verdad tenía que ser sacrificada. Santiago instó a sus lectores a ser sinceros consigo mismos, a considerar sus propios pecados y a reformarse cuando fuera necesario. Necesitaban reexaminar la naturaleza de la sabiduría de lo alto que Cristo requería de Sus siervos.

Versículo 15. La fuente de la sabiduría, como deja claro el Libro de Proverbios, es Dios. «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; Los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Pr 1.7). El comportamiento de aquellos que competían por seguidores en la iglesia demostraba que su **sabiduría no [era] la que desciende de lo alto**. Su sabiduría procedía de una fuente completamente diferente; y había terminado en caos, desunión y amargura entre los creyentes.

Un tipo de sabiduría, la vivacidad, es inspirada por el diablo. Los Proverbios demuestran que las voces compiten para atraer al ingenuo y al simple. Después de que la Sabiduría preparó su mesa y envió su invitación: «... a cualquier simple: Ven acá», continuó diciéndole al que carecía de entendimiento: «Venid, comed mi pan, Y bebed del vino que yo he mezclado» (Pr 9.4, 5). Entonces apareció en escena otra voz, una voz de insensatez. Ella también afirmó dispensar sabiduría, al menos una especie de sabiduría. «... a cualquier simple: Ven acá», dijo. Al falto de entendimiento, la mujer insensata dijo: «Las aguas hurtadas son dulces, Y el pan comido en oculto es sabroso» (Pr 9.16, 17). La sabiduría de Dios no tiene un puesto en el mercado público donde quienes alegan ser sabios muestran su atractivo. Santiago y la Sabiduría están de acuerdo en que las personas a menudo

¹⁴ Bauer, 392.

prefieren la sabiduría que ofrece el mundo.

La sabiduría egoísta produce celos amargos y contiendas. Ese tipo de sabiduría no es de lo alto. Es **terrenal, animal, diabólica**. El comportamiento ingenioso, disfrazado de sabiduría, es diabólico. Apela a los antojos más bajos de la naturaleza humana; termina en compromisos intolerables para el estilo de vida cristiano. Cada uno de los adjetivos que describen las formas alternativas de «sabiduría», tan popular entre los habitantes del mundo, es colorido. El Nuevo Testamento usa la primera palabra, ἐπίγειος (*epigeios*, «perteneciente a la tierra»), seis veces. Lo de la tierra es temporal y corruptible; contrasta con lo que hay en los reinos celestiales, donde Dios y Su entorno siguen un modo diferente de existencia. Nicodemo no entendió ni siquiera las cosas terrenales que habló Jesús (Jn 3.12). ¿Cómo podía esperar comprender lo celestial? Los redimidos tienen un cuerpo terrenal en esta vida; en la era venidera tendrán un cuerpo celestial (1ª Co 15.40; 2ª Co 5.1). De manera similar, la sabiduría que el mundo abraza tiene un resultado completamente diferente de la sabiduría que emana de Dios.

La segunda palabra que usó Santiago, ψυχικός (*psuchikos*), se traduce de diversas formas aquí como «natural» (Reina-Valera), «no espiritual» (NIV) y «sensual» (NKJV). Aparece solo cinco veces en el Nuevo Testamento. Pablo contrastó el «hombre natural» con el «[hombre] espiritual» (1ª Co 2.14, 15), y el «cuerpo natural» con el «cuerpo espiritual» (1ª Co 15.44). Es difícil encontrar una palabra en nuestro idioma con un rango semántico similar a *psuchikos*, lo que explica la dificultad de su traducción. Su significado difícilmente puede divorciarse del sustantivo ψυχή (*psuchē*, «alma» o «vida»), una palabra que aparece decenas de veces en el Nuevo Testamento. Mientras que el sustantivo *psuchē* podría referirse a la cualidad inmortal e impartidora de vida de una persona (Mt 10.28; Lc 12.20), el adjetivo *psuchikos* reduce su énfasis a los aspectos sensuales y materiales de la existencia terrenal. La traducción «sensual» es probablemente lo mejor que podemos hacer.

El tercer adjetivo que usó Santiago, δαιμονιώδης (*diamoniōdēs*, «diabólico»), es seguramente el más interesante de los tres. La palabra aparece solo aquí en el Nuevo Testamento. Aunque los demonios aparecen con frecuencia en los Evangelios, son poco comunes en otros lugares (vea comentarios sobre 2.19). Así como la enseñanza puede ser inspirada por demonios (1ª Ti 4.1), también surge un tipo

de «sabiduría» entre los que tienden a lo material que es inspirada por los secuaces de Satanás. Tal sabiduría es «diabólica». Existe la posibilidad de que los cristianos confundan las enseñanzas, o la sabiduría inspirada por los demonios, con las que vienen de lo alto. Dado que la preocupación de Santiago era más la conducta que los conceptos doctrinales abstractos, la sabiduría era su enfoque, esto es, sabiduría que se traduce en comportamiento. La división en las iglesias a las que escribía Santiago tenía su origen en el diablo.

Versículo 16. Por segunda vez, Santiago asoció los celos con la **contención** (vea 3.14). Apeló a sus experiencias compartidas para enfatizarlas. «Miren a su alrededor», parece haber dicho el hermano del Señor. «La fuente de todo tipo de maldad se encuentra en los celos y la contención». Cuando un cristiano busca fama o incluso reconocimiento a expensas de otro, prevalecerá la discordia. La inestabilidad en las iglesias a las que se dirigió Santiago había sido el resultado de una dieta constante de competencia espiritualmente malsana. Adamson escribió:

El objetivo del propagador de una visión partidaria, religiosa o política, no es sólo acumular adeptos, sino también infectarlos con el mayor celo sectario o partidista posible, aunque tal celo, naturalmente, no puede ser exactamente el mismo en el simple adherente como en el líder.¹⁵

«Los celos y la contención» habían provocado **perturbación y toda obra perversa**. Cuando aparecen maestros externos y buscan ganarse un grupo de seguidores, es probable que se unan entre ellos. Sus seguidores tienden a dirigir la admiración hacia ellos. Los celos son una cualidad que se desarrolla normalmente entre los de adentro, no entre los de afuera. Los disturbios que abordó Santiago no parecen haber sido provocados por agitadores externos. Los problemas que el autor trataba de corregir no eran los mismos que Pablo enfrentó en las iglesias de Galacia, por ejemplo, o para tal caso en las iglesias de Corinto o Filipos. En cambio, la discordia que Santiago se esforzó por superar se había desarrollado durante un largo período de tiempo. Los contendientes eran parte de las mismas iglesias; y, por eso, la consecuencia de la discordia era aún más grave. Un proverbio de Israel decía: «El hipócrita con la boca daña a su prójimo» (Pr 11.9; vea Stg 4.1). No hay sabiduría de lo alto en tal comportamiento. La sabiduría de lo

¹⁵ Adamson, 153.

alto es mansa o humilde. En el siguiente versículo, Santiago amplió el significado de la mansedumbre.

Versículo 17. Dios da sabiduría; Santiago ya lo había dejado claro (vea 1.5). Ahora agregó que **la sabiduría que es de lo alto**, la sabiduría que Dios da, produce mansedumbre y paz. Sin embargo, no era todo. Santiago instó a sus lectores a contrastar «la sabiduría de lo alto» con la sabiduría terrenal, sensual y demoníaca examinando los frutos que producían los dos tipos diferentes de sabiduría. Insinuó una pregunta adicional: ¿Han terminado sus pensamientos, palabras y otros comportamientos en conflicto o han dado como resultado la paz? Si hubiera sido lo primero, entonces tal vez deberían volver a examinar la naturaleza de la sabiduría que les estaba guiando. Cuando se aprende de Dios, cuando la sabiduría es «de lo alto», fluye en el tipo de conducta que Santiago mencionó, es decir, en obras.

Para describir la sabiduría según Dios, Santiago usó una serie de siete adjetivos. Dijo: **primeramente**, tal sabiduría es **pura**, **después pacífica**, **amable**, **benigna**, **llena de misericordia y de buenos frutos**, **sin incertidumbre ni hipocresía**. La sabiduría que Santiago elogió seguía de cerca al conocimiento y la conducta. Dado que después de eso seguía una vida placentera, pacífica y satisfactoria, su equiparación de la sabiduría con la bondad era aún más sorprendente.

La lista de cualidades que Santiago asoció con la sabiduría divina es una de varias listas de este tipo en el Nuevo Testamento. Es interesante comparar lo ofrecido por Santiago con el «fruto del Espíritu» descrito por Pablo en Gálatas 5.22, 23 y las «virtudes cristianas» mencionadas por Pedro en 2ª Pedro 1.5–7. Santiago describió la sabiduría de Dios con una serie de adjetivos, al menos en su mayor parte. Pablo y Pedro usaron sustantivos. Aún así, la comparación es útil. El «fruto del Espíritu» y las «virtudes cristianas» tienen en común la «fidelidad»/«fe» (πίστις, *pistis*), el «dominio propio» (ἐγκράτεια, *enkrateia*) y el «amor» (ἀγάπη, *agapē*). Santiago tiene solo un adjetivo equivalente a los sustantivos de Pablo: «pacífica» (εἰρηνική, *eirēnikē*) en Santiago 3.17 se relaciona con «paz» (εἰρήνη, *eirēnē*) en Gálatas 5.22. Sin embargo, el término «buenos frutos» (καρπῶν ἀγαθῶν, *karpōn agathōn*) está cerca de «bondad» (ἀγαθωσύνη, *agathōsunē*) en los pasajes respectivos. Santiago tiene aún menos en común con 2ª Pedro 1.5–7. Es útil echar un rápido vistazo a los adjetivos elegidos por Santiago para describir la sabiduría divina.

La sabiduría, dijo Santiago, en primer lugar es «pura» (ἀγνός, *hagnos*). La palabra se usa ocho veces en el Nuevo Testamento. En todos los casos, se refiere a la pureza moral, no al tipo de pureza ritual que se requirió, por ejemplo, del leproso cuya enfermedad redujo (Lv 14.1–32; Mt 8.2–4). La palabra aparece en la lista de cualidades piadosas de Pablo en Filipenses 4.8 y Tito 2.5. El deseo de Pablo para Timoteo era que se mantuviera puro (1ª Ti 5.22), y Pedro hizo un llamado a las esposas para que vivieran de una manera pura (1ª P 3.2). Lo más significativo es que Juan escribió: «Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1ª Jn 3.3). La sabiduría inspirada por Dios se fija enteramente en las cosas que son para Su gloria. La cualidad es un término general para todo lo que quiere decir santidad y piedad. Dicho en negativo, la sabiduría no se involucra con el pecado.

En contraste con la forma en que el autor esperaba que sus lectores se trataran unos a otros, éstos seguían los caminos de la sabiduría mundana compitiendo por su propia gloria (3.13, 14). Los principios que estableció Santiago eran aplicables a todos los creyentes, sin embargo, los maestros en particular eran el punto en cuestión. La declaración «... no os hagáis maestros muchos de vosotros» (3.1) resulta no ser un comentario misceláneo relacionado vagamente con el mal uso del habla. Siguiendo un camino de sabiduría celestial, Santiago instó a sus lectores a adoptar una disposición que fuera «pacífica», «amable» y «benigna». La preocupación del autor era más amplia que la forma en que hablan las personas. Adamson dijo: «La verdadera sabiduría no es polémica sino conciliadora, ejemplificando el espíritu y la enseñanza de Cristo, que era la antítesis misma del egoísmo censorador».¹⁶

Santiago logró incluir algunos sustantivos en su lista de adjetivos. La sabiduría de Dios también está «llena»; está llena de «misericordia» y «buenos frutos». Las traducciones difieren en el significado de la siguiente palabra, ἀδιάκριτος (*adiakritos*). Aparece solo aquí en el Nuevo Testamento. La NRSV la consigna «sin rastro de parcialidad». Del mismo modo, la NIV consigna «imparcial». La Reina-Valera entiende que la palabra quiere decir algo del orden de una mente única y la traduce como «sin incertidumbre». Cambiando el orden de las palabras, la REB consigna «directo», que

¹⁶ *Ibíd.*, 155.

tiene un significado cercano al de la Reina-Valera. La última palabra de la lista es antigua y familiar. Expresado en negativo, es «ni hipocresía»; algunos prefieren en cambio decir simplemente «sincero» (NIV; REB; ESV).

Versículo 18. Santiago reservó una manifestación de la sabiduría para un énfasis especial. Puede que midamos el grado en que la sabiduría de lo alto reina en nuestras vidas observando la **paz** que produce tanto a lo interno como con los demás. La contienda es el resultado de la sabiduría sagaz cultivada por el hombre natural; la paz es el resultado de la sabiduría divina. La REB consigna 3.18, «La paz es el semillero de la justicia, y los pacificadores recogerán su cosecha». La traducción es vaga, sin embargo, capta bien el pensamiento.

El uso de la palabra **fruto** (καρπός, *karpos*) aquí quiere decir el producto de la sabiduría. Si bien la mayoría de las palabras específicas que escogió Santiago en 3.17 eran diferentes de las de Pablo en Gálatas 5.22, 23, los conceptos se aproximan al «fruto del Espíritu». Santiago no mencionó la obra del Espíritu Santo en la vida de los creyentes, sin embargo, puede ser que la sabiduría divina en Santiago esencialmente sea igual al Espíritu Santo. La «sabiduría de lo alto» (3.17) podría ser lo mismo que el Espíritu Santo de lo alto.¹⁷ Sea que los dos sean equiparados o no, tanto la sabiduría divinamente dada como el Espíritu Santo son poderes habilitadores que operan dentro del creyente. Refuerzan los impulsos más nobles del cristiano para producir el fruto de **justicia**.

Santiago ya había dicho que «la sabiduría de lo alto» era «pacífica» y «llena de [...] buenos frutos». La justicia parece ser una suma de la sabiduría de

lo alto. Quiere decir que las cualidades en 3.17 juntas son ingredientes de justicia. Siendo ese el caso, la semilla en 3.18 es «la sabiduría de lo alto» en 3.17. El cristiano que permite que la paz de Cristo more dentro de él o ella tiende hacia una forma de vida justa y piadosa. La paz es tanto la semilla de justicia como su producto. No es de extrañar que los discípulos de Cristo hayan proclamado universalmente al «Príncipe de la paz» y el «evangelio de la paz». Sobre la base de Salmos 37.35–37, el Libro anglicano de oración común dice:

Yo mismo he visto a los impíos con gran poder:
y floreciendo como un laurel verde.
Pasé y he aquí que se había ido: lo busqué, sin embargo, su lugar no se encontraba por ningún lado.
Guarde la inocencia y esté atento a lo que es justo, porque eso traerá al hombre la paz al final.¹⁸

La frase **para aquellos que hacen la paz** (τοῖς ποιούσιν εἰρήνην, *tois poiousin eirēnēn*) se toma en la Reina-Valera como un dativo de ventaja, no así la NASB, que consigna: «El fruto de justicia se siembra en paz *por* los que hacen la paz». Otra opción es que sea un dativo de medio: «El fruto de justicia es sembrado en paz *por* los que hacen la paz». El dativo de ventaja es atractivo; las recompensas de la paz son «para aquellos que hacen la paz». El sentido sería que el Cristo reinante concede paz como recompensa a la persona pacífica. Dentro de ciertos límites, la traducción siempre implica interpretación. Si los traductores han entendido correctamente el pasaje, Santiago estaba afirmando que las personas de paz extienden sus efectos beneficiosos a aquellos cuyas vidas tocan.

¹⁷J. A. Kirk, «The Meaning of Wisdom in James: Examination of a Hypothesis» («El significado de la sabiduría en Santiago: examen de una hipótesis»), *New Testament Studies (Estudios del Nuevo Testamento)* 16, no. 1 (Octubre 1969): 24–38.

¹⁸Esta cita es de *The Oxford University Press Dictionary of Quotations (Diccionario de cita de la imprenta de La Universidad de Oxford)*, 2ª ed. (New York: Crescent Books, 1985), 394.

Lecciones para hoy de Santiago 3

La lengua se jacta de grandes cosas (3.1–5)

A pesar de todas las bendiciones que gozamos de Dios, existe la posibilidad de que cada una de ellas sea mal utilizada. Los ejemplos son fáciles de conseguir. Somos bendecidos con el alimento. Al poder nutrirnos, podemos sustentar y fortalecer el cuerpo, sin embargo, también podemos volvernos glotones. El potencial de abuso y sufrimiento viene con la bendición. Lo mismo dicho de la alimentación puede aplicar a otras áreas. Dios nos da el gozo de los hogares; sin embargo, los esposos, las esposas y los hijos pueden abusar unos de otros. Además, los placeres sexuales pueden reducirse a la prostitución o algo peor. Una y otra vez la lista podría continuar.

De los dones que ofrecen bendiciones casi infinitas y al mismo tiempo causan un sufrimiento sin fin, Santiago tomó el don del habla como el ejemplo supremo. Hablar y escuchar las palabras de los demás es un rasgo claramente humano. Se adjuntan bendiciones incalculables a las palabras, sin embargo, con las palabras surge el potencial de un dolor incalculable. «Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana» (1.26). Añadió: «Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo» (3.2).

Los libros sapienciales del Antiguo Testamento añaden su testimonio a las declaraciones de Santiago:

En las muchas palabras no falta pecado;
Mas el que refrena sus labios es prudente (Pr 10.19).

Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada;

Mas la lengua de los sabios es medicina (Pr 12.18).

El que guarda su boca guarda su alma;
Mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad (Pr 13.3).

Las palabras tienen poder para sanar y poder para un dolor sin fin. Las palabras pueden hacer que nos queramos unos a otros y pueden construir muros que separan incluso a hermanos durante toda la vida.

La lengua, algo peligroso. Santiago desea advertirnos. Estaba convencido de que no hay un don, ningún recurso del que disfrute la humanidad, que sea tan poderoso como las palabras.

En el contexto inmediato, justo antes de que Santiago comenzara a ofrecer sus palabras de sabiduría sobre el uso de la lengua, había escrito sobre la fe y las obras. «Obras» es una palabra amplia. Incluye todo lo que hacemos o dejamos de hacer. Lo que podemos olvidar es que las palabras también son un tipo de obras. Las personas a veces obran mal y otras veces hacen bien con sus palabras. En Santiago, hay una conexión directa entre el capítulo 2 y el capítulo 3. «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (2.26). Las obras que los cristianos hacen con la lengua son de una magnitud mucho mayor de lo que estamos acostumbrados a pensar.

Nos sorprende un poco la forma en que Santiago comenzó sus reflexiones sobre el poder de las palabras. Comenzó animando a sus lectores a no aspirar a ser maestros: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación» (3.1). Se incluyó a sí mismo cuando dijo: «recibiremos mayor condenación». ¿No envió Jesús a los apóstoles a todo el mundo a enseñar? No habría cristianos de una

generación a la siguiente a menos que los creyentes enseñen a otros. ¿Por qué Santiago nos habría dicho que no deberíamos aspirar a ser maestros?

En el mundo donde vivía Santiago, los maestros eran muy respetados. Constituía un honor ser maestro. La palabra «rabino» quiere decir maestro. Aquellos que honraron a Jesús lo llamaron «Rabí». A veces decían: «Maestro». Santiago parece haber estado diciendo que, debido a que era un honor, algunos aspiraban a ser maestros por la alabanza y el honor que querían recibir.

Santiago quería que sus lectores supieran que no era poca cosa ser maestro. Enseñar, insinuó, es arriesgarse a pecar con la lengua. Con la enseñanza viene la responsabilidad. Existe la tentación de aspirar al honor de la enseñanza sin considerar la responsabilidad de un maestro. Además, dijo Santiago, el maestro será juzgado de manera más estricta que los no maestros. Si un maestro lleva a las personas más lejos de Dios en lugar de acercarlas a Él, tendrá que responder ante Dios. Lo insinuado por Santiago era que no todos los cristianos están bien equipados para enseñar. No estaba sugiriendo que se renunciara a la responsabilidad si podía enseñar. Sin embargo, las iglesias en todas partes tienden a encontrar a aquellos que desean el honor de ser maestros cuando carecen del temperamento o el conocimiento para enseñar.

Considerado de una manera, nadie puede ser cristiano sin ser maestro. Sin embargo, hay otras formas de enseñar además de las palabras. Una persona enseña por lo que es, por cómo se comporta, por cómo vive. Es posible que enseñar con el ejemplo no rinda el honor que proviene de enseñar con palabras, sin embargo, enseñar con el ejemplo es eficaz. Santiago asoció tal enseñanza con la sabiduría: «Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía» (3.17). Enseñamos estas cualidades por quiénes somos, no solo por lo que decimos.

A pesar de su cautela, es seguro concluir que Santiago no deseaba desanimar la enseñanza del mensaje cristiano. Sabía lo importante que era que todo cristiano fuera maestro, pues dijo: «sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados» (5.20). Hacer volver a un pecador al arrepentimiento requiere de enseñanza. Santiago comenzó el capítulo 3 de su carta con un breve comentario sobre los maestros en general, luego

llegó al corazón de lo que quería decir sobre la importancia de medir las palabras con cuidado: «Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo» (3.2).

La lengua, algo poderoso. Santiago ilustró por primera vez su punto con un caballo y un freno. Un caballo es un animal grande, sin embargo, con un pequeño freno, el jinete puede mover al caballo en la dirección que él desea que vaya. La segunda ilustración que usó Santiago fue de una nave y su timón. El timón es una pequeña parte de una nave; sin embargo, con él, el timonel puede dirigir el gran barco donde lo desee. Tanto el freno como las ilustraciones del timón son interesantes, sin embargo, cuando se piensa en ello, no son exactamente paralelos a la lengua. ¿Realmente controla la lengua el cuerpo como un freno controla un caballo? Si el problema es el control, las ilustraciones de Santiago fallan. La lengua no determina lo que hacemos, sin embargo, ese no era el punto que Santiago quería dejar claro. Su punto es que las cosas pequeñas pueden tener grandes efectos. Un freno o un timón son pequeños, como la lengua es pequeña, y tienen grandes efectos.

Lo que Santiago quería que sus lectores entendieran es que nuestras palabras pueden hacer mucho bien, sin embargo, también pueden hacer mucho daño. El hermano del Señor no fue la primera persona en la Biblia en dar la alarma sobre el poder destructivo de la lengua. «Libra mi alma, oh Jehová, del labio mentiroso, Y de la lengua fraudulenta», había dicho el salmista (Sal 120.2). Otro escribió: «Atenderé a mis caminos, Para no pecar con mi lengua; Guardaré mi boca con freno...» (Sal 39.1). A veces, las personas afirman que no se dieron cuenta del impacto que tendrían sus palabras. La ignorancia no es excusa. Nadie que haya leído la Biblia o experimentado el mundo real puede dudar del poder de la lengua.

Si usted tiene una gripe dolorosa en invierno y va al médico, lo más probable es que lo primero que le diga sea «Déjame ver tu lengua». Así como la lengua puede ser una pista importante para la salud física, es una pista importante sobre la salud espiritual. Cuando nos juzgamos unos a otros (juzgar en el buen sentido de evaluar), nada importa tanto como lo que decimos. Las palabras de una persona son un reflejo de su carácter. Esopo, el antiguo narrador, contó la siguiente fábula: Érase una vez, un burro encontró la piel de un león. Se lo probó, se pavoneó y asustó a muchos animales. Pronto llegó un zorro y el burro trató de asustarlo

también. Sin embargo, el zorro al escuchar la voz del burro, dijo: «Si quieres aterrorizarme, tendrás que disfrazar tu rebuzno».¹ La moraleja de Esopo era la siguiente: la ropa puede disfrazar un burro, sin embargo, sus palabras lo delatarán. Jesús lo dijo de la siguiente manera: «El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6.45).

Lo que decimos tiene consecuencias de gran alcance. La mayoría de nosotros se beneficiaría de tomarse un tiempo para considerar algunos de los daños que las personas causan con las palabras. Por ejemplo, las personas mienten, y a nadie le agradan los mentirosos. Tenemos que poder contar unos con otros para la verdad. Otras personas usan palabras para jurar falsamente por el Dios de la creación. Uno de los Diez Mandamientos era «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Ex 20.7; Dt 5.11). Desde el uso de palabras que no tienen en cuenta al gran Dios que está detrás de Su nombre hasta el uso de la vulgaridad común, las personas muestran su ignorancia y su falta de respeto por Dios y por los demás con sus palabras.

En lo que respecta a nosotros, las palabras son instrumentos de chismorreos y chismes. Las palabras ya expresadas no son algo que podamos deshacer. Los antiguos pensaban que las palabras tenían un poder inherente. Una vez que una palabra sale de la boca, tiene algún tipo de fuerza para provocar lo que dicen las palabras, y hay cierta verdad en ello. Hablamos de una profecía que fomenta su propio cumplimiento. Bien podríamos lanzar un saco de plumas al aire y tratar de recogerlas nuevamente como tratando de dejar de decir lo ya expresado. Las palabras tienen poder.

Las palabras pueden ser vacías o engañosas. Las personas pueden usar palabras para manipular a otros. A veces las personas hacen promesas y generan esperanzas. No tienen la intención de mentir, sin embargo, tampoco se toman muy en serio hacer lo que dicen. Las palabras no significan mucho cuando no tienen ninguna acción detrás de ellas. A todos nos gusta escuchar esas dos pequeñas palabras, «Te amo»; sin embargo, cuando las palabras dulces son instrumentos de control, cuando se usan para salirse con la suya, no significan mucho.

La lengua, una bendición. Ciertamente las pa-

¹ *Fábulas de Esopo*, «El burro con piel de león».

labras pueden usarse mal. También es cierto que las palabras pueden lograr cosas incalculables. Si controlamos nuestras palabras, podemos controlar todo nuestro cuerpo (3.2). La Biblia da un amplio testimonio. «Hay oro y multitud de piedras preciosas», dijo un sabio, «Mas los labios prudentes son joya preciosa» (Pr 20.15). «Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene» (Pr 25.11). Las palabras son buenas cuando son instrumentos de alabanza a Dios. Cuando cantamos u oramos, cuando abrimos la Palabra de Dios para aprender de ella, aprendemos y crecemos por medio del uso de las palabras. «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros», escribió Pablo, «enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales» (Col 3.16). Con nuestras palabras podemos animarnos y edificarnos unos a otros (Ef 4.29).

La mayoría de nosotros hemos tenido momentos en los que necesitamos palabras de aliento. Las palabras pueden ser instrumentos para que las usemos al servicio de los demás. La advertencia de la Biblia es que cuando ofrecemos nuestras palabras, tenemos que expresarlas con cuidado. A veces podemos ofender, incluso cuando nuestras intenciones son buenas.

Dios nos dio una gran bendición cuando nos permitió hablar. Sin embargo, al igual que con otras bendiciones, podemos convertir el don en ajenjo. Podemos usar esta bendita palabra para herir a otras personas. Sobre todo, debemos aprender que nuestras palabras deben ser sinceras y deben ser medidas. No es suficiente que sean ciertas. Las palabras también deben ser reflexivas y corteses. Nuestras palabras, de hecho, revelan lo que somos. Una persona podría engañar por un tiempo; sin embargo, si es una buena persona, sus palabras lo demostrarán. Si es irreflexivo y vulgar, sus palabras también lo demostrarán. Duane Warden

«¿Quién de ustedes es sabio?» (3.13–18)

Algunas palabras son demasiado grandes para poderlas definir. Tenemos una buena idea de lo que tratan, sin embargo, es difícil decir exactamente lo que significan. «Sabiduría» es una de esas palabras. La sabiduría y aprendizaje no son lo mismo, sin embargo, la sabiduría requiere una cierta medida de conocimiento. Tendemos a asociar la sabiduría con lo antiguo; sin embargo, la sabiduría no es monopolio de ninguna nación, ninguna raza de

hombres, ningún período de tiempo. Cada generación es bendecida con sus sabios y maldecida con sus necios.

La sabiduría era importante para Israel. Dios le enseñó a Su pueblo a valorar la sabiduría. Tres libros del Antiguo Testamento afirman ser «libros de sabiduría». Los tres son Proverbios, Job y Eclesiastés. Sus mensajes llevan a hombres y mujeres a la sabiduría.

Para Israel, la sabiduría tomó el relevo donde la ley lo dejó. La ley fue dada por Dios. Dios también dio sabiduría, sin embargo, también fue un campo para la investigación humana. El mundo no podía tener un libro que proporcionara una ley para cada circunstancia concebible. La sabiduría, o la falta de ella, guió a los hombres en todos aquellos casos en los que Dios no proporcionó un «Esto harás» ni un «Esto no harás». En el mundo actual, parece que hemos perdido nuestro entusiasmo por la sabiduría. Parece que hemos sustituido la inteligencia por la sabiduría. Hay diferencias importantes. Los frutos de la inteligencia han sido hogares rotos, familias disfuncionales, alcohol, drogas, violencia y una obsesión con todo lo sexual. En el Nuevo Testamento, Santiago tiene más que decir proporcionalmente sobre la sabiduría que cualquier otro autor. Su bombardeo inicial sobre la sabiduría está en 1.5: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será darás».

Sabiduría en el comportamiento. Santiago es una carta de advertencia práctica. El autor no ofreció un análisis teórico sobre la forma de ser sabio o el valor relativo de la sabiduría en comparación con otras virtudes. Para Santiago, la sabiduría, como la fe, constituía una medida de la forma en que una persona se comporta. Entre otras cosas, dijo Santiago, la conducta sabia tiene sus raíces en la mansedumbre. «¿Quién de vosotros es sabio y entendido? Muestre con la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre» (3.13).

La palabra griega que se traduce como «mansedumbre» (πραῦτης, *prautēs*) se traduce igualmente como «mansedumbre» en algunas traducciones más antiguas. Jesús usó un término relacionado (πραῦς, *praus*) en una de las bienaventuranzas. «Bienaventurados los mansos», dijo, «porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mt 5.5). «Mansedumbre» es una palabra que ha cambiado de significado a lo largo de los años. La palabra lleva consigo ideas de humildad, consideración y cortesía.

En nuestro mundo cotidiano, se considera inteligente cuidar de uno mismo. Quien tenga la casa más grande, el auto más grande, la cuenta bancaria más grande es inteligente. Santiago se atrevió a decir que la vida ofrecía más satisfacción, la vida era mejor, para la persona que buscaba la sabiduría que para la persona que solo quería ser inteligente.

Santiago no se ocupó de los aspectos teóricos de la sabiduría. Dijo que ser sabio es portarse bien. Las obras son la medida de la sabiduría. Al final de una de sus parábolas, Jesús dijo: «Pero la sabiduría es justificada por sus hijos» («obras»: NASB) (Mt 11.19). Es en el resultado de la vida que llevamos, en los frutos que producimos, que la sabiduría es justificada con sonrisas y satisfacción. El resultado de la vida del necio es la amargura, el arrepentimiento y la soledad. Santiago dijo que la vida del sabio se traduce en buenas obras.

Jesús no habló mucho de la sabiduría, sin embargo, actuó sabiamente. Podría haber dirigido un gran ejército. Pudo haber destruido Roma. Jesús eligió un camino diferente. En lugar de instar a un ejército a matar y morir, Jesús permitió que los romanos le dieran muerte. En Su debilidad, venció. En la cruz, fue más fuerte que todas las legiones de Roma. Roma ha sido convertida en polvo; las personas todavía hablan de la cruz.

Sabiduría en los juicios. Santiago sabía que la sabiduría tenía aspectos positivos y negativos. Primero, se ocupó de lo positivo. La sabiduría es un buen comportamiento, como el que se ve en las buenas obras basadas en la mansedumbre. A continuación, recurrió a rasgos que pasan por sabiduría, cosas que son inteligentes e ingeniosas.

Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica (3.14–16).

Hay un buen relato en la última parte de Génesis que enfrenta la necedad y la sabiduría. Es el relato de José y sus hermanos. Los hermanos de José estaban celosos. Decidieron tomar el asunto en sus propias manos. Idearon un plan bastante bueno. Se deshicieron de José, el favorito de su padre. Lo hicieron sin consecuencias para ellos mismos. Obtuvieron alguna ganancia cuando lo vendieron como esclavo. Garantizaron los derechos de herencia para sus propios hijos. José parecía ser el completo perdedor. Fue transportado como

esclavo a Egipto. No tenía nada más que su propia integridad para guiarlo. A corto plazo, José era el perdedor; sin embargo, a largo plazo, la sabiduría salió victoriosa. Los hermanos fueron inteligentes, pero no sabios. Terminaron por tener que regatear el pan con un hombre al que habían repudiado tanto que lo vendieron como esclavo.

Los dos primeros reyes de Israel ilustran que los celos y la ambición egoísta son el camino del necio, no el camino del sabio. Saúl fue el primer rey. Tuvo celos de David. Lo más inteligente parecía ser darle muerte. Saúl lo intentó y falló. Su «sabiduría» era «terrenal, animal, diabólica» (3.15). Al final, Saúl fue un necio y murió como un necio. David se negó a maltratar a Saúl, incluso cuando pudo haberlo hecho. Sabía que Saúl había sido designado por Dios y David respetaba eso. Al final, David fue sabio. La realeza fue a él.

Muchos años después, el pueblo de Israel estuvo sujeto a un rey persa. Un enemigo de los judíos llamado «Amán» determinó que se iba a deshacer de ellos. Era celoso y ambicioso. Tomó un curso de acción que fue inteligente. La reina en ese momento era Ester. Sin que Amán lo supiera, ella era judía. Ester trataba bien al pueblo. Actuó sabiamente y salvó a su pueblo de la destrucción. Santiago dejó claro que la sabiduría no es lo mismo que la inteligencia. Hay personas inteligentes mas no sabias. La sabiduría de Dios es buenos amigos, familia, personas en las que puedes confiar, bondad.

Sabiduría en las buenas obras. Santiago les señaló a sus lectores la sabiduría en términos positivos. Después de eso, pasó a lo negativo, sin embargo, no terminó del todo con lo positivo. Santiago destacó las implicaciones de la sabiduría para las buenas obras, y escribió:

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz (3.17, 18).

Santiago dijo que la sabiduría es «pura», o expresada en negativo, es «sin [...] hipocresía». Los sabios son como niños en su pureza. No hablarán de usted a su cara de una manera y de otra a sus espaldas. No hay hipocresía en ellos. La hipocresía tiene cierta forma de pasarle la factura a las personas. A los cristianos a veces se les acusa de ser hipócritas. Es un cumplido para los cristianos que las personas esperen mejores cosas de ellos. La hipocresía puede servirles a las

personas por un tiempo. Escuché a alguien en la televisión dar el siguiente consejo: «Halaguen al jefe», dijo; «funciona». Quizás por un tiempo sea así. Si adular quiere decir mentir y engañar, al final, es el camino del necio.

Santiago afirmó además que la sabiduría de lo alto es «pacífica, amable, [...] llena de misericordia y de buenos frutos». Pedro citó Salmos 34.12–14 para señalar un punto similar:

Porque:

El que quiere amar la vida
Y ver días buenos,
Refrene su lengua de mal,
Y sus labios no hablen engaño;
Apártese del mal, y haga el bien;
Busque la paz, y sígala (1ª P 3.10, 11).

Tenemos que darnos cuenta de la dimensión egoísta de la sabiduría. Cuando se trata bien a los demás, cuando las personas son pacíficas y amables, cuando tratan a los demás con misericordia, se traduce en bondad para ellos.

Santiago dijo que la sabiduría era «benigna» o «fácil de suplicar». Además de ojos que ven y voz que habla, la sabiduría también tiene oídos que oyen. Un hombre o una mujer sabios saben cuándo es el momento de escuchar. Hace más de un siglo, Oliver Wendell Holmes escribió: «Es competencia del conocimiento hablar y es el privilegio de la sabiduría escuchar».² Santiago nos estaba diciendo cómo llevarnos bien en el mundo, cómo prosperar y hacerlo bien, cómo honrar al Señor y vivir en paz con nuestros hermanos y hermanas, amigos y vecinos.

Finalmente, Santiago dijo que la sabiduría también tiene un toque de terquedad. La sabiduría es «sin incertidumbre». A pesar de todo su interés por la paz y la mansedumbre, el sabio también se mantendría firme en lo que sabía que era correcto.

Conclusión. Santiago resumió todo lo que tenía que decir acerca de la sabiduría en estas palabras: «Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz» (3.18). El autor hizo una conexión directa entre la sabiduría, la paz y la justicia. El camino a todo lo que es bueno, esto es, a la sabiduría, la paz y la justicia, está en escuchar y obedecer a Dios. No hay fe, no hay sabiduría, no hay paz ni justicia sin Dios.

Dios ha dispuesto este mundo para que las cosas que le dan gloria a Dios sean las mismas

² Oliver Wendell Holmes, *The Poet at the Breakfast-Table (El poeta en la mesa del desayuno)*, rev. ed. (Boston: Houghton, Mifflin, and Co., 1891), 264.

que traen bondad a la vida. El camino del sabio es reconocer la verdad en lo que escribió Santiago. El necio sigue su propio camino, luchando contra Dios. Cuando una persona confiesa y obedece a Cristo, no solo honra a Dios sino que también eleva la vida de las personas a las que toca. Encuentra la vida eterna y trae esa vida a otros.

Duane Warden

Cómo frenar la lengua (3.1–12)

El habla constituye una parte tan importante de la vida que Santiago sabía que nuestra fe tenía que obrar en nuestra conversación diaria. Le preocupa tanto el tema que algunos le han llamado a su epístola un libro de texto sobre «Cómo desarrollar una conversación cristiana». Casi el 20 por ciento de todos los versículos de la epístola tratan sobre algún aspecto de nuestro hablar.

El texto de nuestra lección, 3.1–12, constituye el análisis más extenso sobre la forma en que hablamos según el Nuevo Testamento. En el presente pasaje, Santiago fue al meollo del problema, la lengua. El cristiano del siglo XXI tiene que admitir que el problema, y el mensaje correspondiente de este pasaje, no es solo antiguo. Todos, en un momento u otro, luchamos con nuestra lengua.

La importancia de la lengua. Las primeras palabras que dijo Santiago han provocado una seria reflexión por parte de predicadores y maestros durante años: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros» (3.1a). Parecería evidente por otros pasajes de las Escrituras (Ef 4.11; He 5.12) que Santiago no tenía la intención de desanimar a los maestros. Decía que la responsabilidad trae consigo la rendición de cuentas. Quería que sus lectores supieran que los maestros recibirán un juicio más estricto. Evidentemente, la docencia debe ser considerada una profesión peligrosa para cualquier hombre. Al maestro cristiano le espera una herencia preciosa. Sigue los pasos del rabino judío. Muchos buenos rabinos hicieron un trabajo sobresaliente enseñándole al pueblo, sin embargo, a menudo los rabinos fueron tratados con una cantidad tan inmensa de respeto que sus egos se hincharon y cayeron en ruinas. El respeto fue tan grande que a los jóvenes judíos se les enseñó a tratar a sus rabinos mejor que a sus padres. Por ejemplo, si un enemigo asediaba la ciudad y ambos padres y el rabino eran capturados, el rabino había de ser rescatado primero. Con ese tipo de estima por parte de las personas, no es difícil entender cómo un rabino pudo terminar como lo describió Jesús

(Mt 23.2–7). Ese mismo peligro todavía enfrenta a los maestros en la actualidad, especialmente a los predicadores. Los hombres jóvenes se apresuran a predicar por todas las razones equivocadas: la gloria, el prestigio, los elogios de amigos y familiares, y renuncian cuando se enteran del estrés, el trabajo y el dolor. Aquellos que logran continuar predicando por esas razones a menudo se vuelven espiritualmente arrogantes como el rabino.

Los maestros y predicadores no son los únicos que son tentados a pecar con la lengua. Es fundamental que todo cristiano vigile constantemente su lengua. Cuando Santiago dijo, «Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo» (3.2), estaba diciendo que en la lista de cosas difíciles de controlar, la lengua es lo más difícil. Si usted puede controlar su lengua, puede controlar todo lo demás.

El control de la lengua. Debido a la dificultad que implica, todo cristiano tiene que poner de su parte constantemente para controlar la lengua. Solo mire las ilustraciones que usó Santiago: un freno en la boca de un caballo y un timón en un barco. Un freno le permite al jinete controlar un caballo, y un timón le permite al timonel controlar un barco enorme. Para Santiago, la lengua controla el cuerpo. En 3.5 dijo: «Así también la lengua es un miembro pequeño del cuerpo, pero se jacta de grandes cosas». Para que el freno controle el caballo o el timón controle el barco, se requiere una tensión constante. Lo mismo ocurre con la lengua; tenemos que tener un control constante de la lengua, o la lengua permitirá que el cuerpo se desboque.

No solo son pequeños el freno, el timón y la lengua, también tienen que vencer fuerzas contrarias. El freno tiene que superar la naturaleza salvaje del caballo, y el timón tiene que luchar contra los vientos y las corrientes que disuadirían el barco. De la misma manera, para que la lengua humana sea controlada y guíe al cuerpo, tiene que vencer fuerzas contrarias. La vieja naturaleza interna y el mundo pecaminoso que nos rodea luchan contra nosotros en cada paso que damos. Necesitamos poner a Jesús en control de nuestra lengua. Necesitamos hacer eco de la oración del salmista: «Pon guardia a mi boca, oh Jehová; Guarda las puertas de mis labios» (Sal 141.3).

Los peligros de la lengua. Santiago suplicó con tanta fuerza el control de la lengua porque conocía los peligros de una lengua descontrolada. Al informarnos de esos peligros, enumeró tres hechos

alarmantes sobre una lengua descontrolada.

Primero, puede contaminar el cuerpo. Santiago dijo:

He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno (3.5b, 6).

Estaba diciendo que el daño que puede causar la lengua es como el daño causado por un incendio forestal. Un incendio forestal puede arder incontrolablemente y eventualmente destruir vidas lejos del punto de su comienzo. No es de extrañar que Santiago dijera que es «inflamada por el infierno». El diablo se deleita cuando nos destruimos unos a otros de esta manera.

En segundo lugar, la lengua es indomable: «Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal» (3.7, 8) es la forma en que el Espíritu inspiró a Santiago a decirlo. Obviamente, los humanos no son capaces de controlar su propia lengua. Para aprovechar esa maldad salvaje e inquieta, alguien o algo más tiene que tomar el control. Tenemos que pedirle al Señor de nuestra vida que sea el Señor de nuestros labios. Él es el único lo suficientemente poderoso como para controlar ese fuego furioso y convertirlo en una fuente de energía.

Tercero, Santiago dijo que una lengua incontrolada actúa de manera inconsecuente con la fe de un cristiano. La ilustración que usó es muy precisa: «¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?» (3.11). La respuesta a la pregunta de la ilustración es un rotundo «no». Para que sea «sí», tendría que ser absolutamente contrario a todo lo que sabemos. Santiago llevó la ilustración más allá al preguntar: «Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos?» (3.12). El punto que quería que los cristianos vieran es que nada es más incoherente que un cristiano use su lengua para cantar alabanzas a Dios el domingo y luego darse la vuelta y maldecir a su prójimo el resto de la semana. El cristiano que maldice, jura o cuenta chismes tiene un problema real (Pr 4.23; Mt 15.18). La persona que es conocida por una boca vulgar, bromas sucias, palabras crueles y los últimos chismes no está en ninguna lista de cristianos destacados. ¿Por qué?

Porque incluso el mundo puede ver la incoherencia de tener una lengua descontrolada.

Conclusión. ¿Cómo dejamos que nuestra fe marque la diferencia en nuestras vidas? ¡Haciendo de Jesús el Señor de nuestras vidas! ¡No es posible hallar un punto más desafiante para hacer lo anterior que permitirle que Él controle lo que decimos!

Bill Hooten

La sabiduría de la fe (3.13–18)

¡Piense en el ritmo fenomenal al que se expande el conocimiento humano! El rápido ritmo de desarrollo del conocimiento es evidente si usted se detiene y piensa en los avances que ha visto en su vida. De hecho, algunos científicos se pasan la vida buscando mejores formas de almacenar el conocimiento que se ha investigado y acumulado.

El problema es que la acumulación de tal conocimiento ha llevado al hombre a creer que es muy sabio. Este sentimiento de sabiduría vuelve al hombre arrogante y orgulloso. De este sentimiento de sabiduría han surgido celos profesionales, contiendas y el descontento personal en todas partes. Se nos ha impulsado a servir al mundo creado y no al Creador, que parece ser el fin inevitable del hombre que proclama y sirve su propio conocimiento (Ro 1.21, 22).

El hecho es que «conocimiento» y «sabiduría» no son lo mismo en absoluto. El conocimiento es la acumulación real de hechos, mientras que la sabiduría es la capacidad de usar el conocimiento que tenemos. Parecería que uno de los principales problemas que tenemos en nuestro mundo es que nuestro conocimiento ha superado nuestra sabiduría. ¿De qué otra manera podemos explicar los abusos de la información, las armas y la tecnología? Durante años nos hemos reído de este problema a nivel personal, sobre el genio científico que no pudo manejar su propia vida.

Aquí, Santiago confrontó a sus lectores con una nueva idea. No solo hay una diferencia entre sabiduría y conocimiento, también hay dos tipos de sabiduría. Santiago habló de la sabiduría de lo alto (la sabiduría de la fe) y la sabiduría de abajo. En 3.13–18, Santiago ofreció un contraste entre las dos. Es una práctica común para los escritores inspirados usar el contraste: Salmos 1 contrasta la vida piadosa y la vida impía. Pablo contrastó las obras de la carne y el fruto del Espíritu. Jesús contrastó un camino angosto y un camino ancho, una casa construida sobre cimientos de arena y otra construida sobre la roca. Evidentemente, todos

estos contrastes se refieren a dos direcciones en la vida. Santiago estaba hablando con aquellos que habían elegido la dirección correcta, pero estaban manifestando la sabiduría equivocada en esa vida.

El hombre sabio. La pregunta que hizo Santiago: «¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?» (3.13a), es una que todos podemos responder. Parece que en cada congregación del pueblo de Dios hay un hombre a quien las personas recurren en momentos de necesidad. Recurren a él, no necesariamente por su gran conocimiento, a pesar de que podría estar bien informado, sino por su sabiduría y entendimiento. Santiago hizo la pregunta porque sabía que podía responderse. La congregación a la que asistí en Springdale, Arkansas, durante un período de unos doce años ayudó a convertir a seis jóvenes en ministros a tiempo completo. En mi opinión, un hombre fue en gran parte responsable de ese envidiable récord: James L. Neal. Durante casi sesenta años, el hermano Neal sirvió como anciano de esta congregación. Hizo que los jóvenes memorizaran pasajes de la Biblia, dirigieran oraciones y pronunciaran discursos devocionales; y los animó de una docena de otras formas. Generaciones de personas acudieron a él en busca de sabiduría y comprensión.

La marca de un hombre sabio y comprensivo la constituye su «buena conducta» y «obras en sabia mansedumbre» (3.13b). En otras palabras, el hombre con sabiduría de lo alto no le hablará a usted de su sabiduría, sino que se mostrará en la forma en que habla, escucha y comprende. Una de las películas navideñas favoritas de todos los tiempos es «Es una vida maravillosa», protagonizada por Jimmy Stewart. Es la historia de un hombre insignificante en una ciudad insignificante, que dirige un negocio insignificante y que anhela ser alguien. Cada vez que tiene la oportunidad de irse y ser alguien, alguien lo necesita. Las necesidades nunca son trascendentales, sin embargo, son el tipo de cosas que él puede hacer. A medida que avanza la película, todos se han convertido en alguien menos él. Se ha quedado atrás haciendo las pequeñas cosas que puede hacer, convencido de que su vida es absolutamente inútil. Está a punto de suicidarse cuando aparece un ángel para mostrarle cómo habría sido su comunidad sin él. Por medio de ilustraciones gráficas, se deja claro cómo esos actos de amor inadvertidos en realidad habían cambiado y revolucionado a toda la comunidad. La vida de una persona, aunque aparentemente pasa desapercibida, ¡puede influir positivamente

en el resultado de muchas otras vidas! Es el tipo de cosas de las que hablaba Santiago. En su forma práctica, Santiago instó a sus lectores a usar la sabiduría de la fe en su vida diaria.

Una sabiduría mundana. Como ya se ha mencionado, Santiago estaba preocupado por «hermanos» que estaban exhibiendo la sabiduría del mundo. Alguien podría preguntar: «¿Cómo se puede saber si alguien está exhibiendo sabiduría mundana?». Santiago dijo: «Pero si tenéis celos amargos y contención [“ambición egoísta”; NASB] en vuestro corazón...» (3.14). Empuñando el bisturí de la verdad, Santiago fue directo al meollo del asunto. La sabiduría del mundo se manifiesta. La envidia y la ambición no son el fruto de una vida dedicada a Dios. De hecho, se les describe como terrenales, no bíblicos y del diablo. Santiago también dijo que la única forma en que podemos deshacernos de estas actitudes impías es por medio de un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Dios no aceptará excusas viejas y poco convincentes. No escuchará si le decimos: «Así soy yo; tendrás que aceptarlo o dejarlo», o «No soy realmente grosero ni crítico; solo soy directo y franco». Hasta que aprendamos a confesar los errores en nuestras vidas, continuaremos siendo manipulados por la sabiduría del mundo. Cuando la sabiduría de Dios está en acción, prevalece un sentido de humildad con el deseo de ver que Dios reciba la gloria.

La sabiduría del mundo conduce a resultados trágicos: «Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa» (3.16). En lugar de unir a las personas, la sabiduría terrenal separa a las personas. A lo largo de los años, la raza humana ha demostrado el potencial de la mente humana. Qué fácil es creer que con la tecnología y la investigación, la raza humana seguirá haciéndose más inteligente. Solo se necesita una mirada casual a las condiciones sociales, económicas y políticas del mundo para convencernos de que se necesita más que conocimientos y sabiduría terrenales. Felizmente, existe una alternativa a la sabiduría terrenal.

La sabiduría de la fe. Sin lugar a dudas, la sabiduría superior proviene de Dios. Antes, Santiago había dicho que Dios da sabiduría (1.5) y que hemos de recibirla con humildad y gratitud.

Para que podamos reconocer la sabiduría de lo alto, Santiago la describió con siete características (3.17, 18):

1. «Pura». El Dios al que servimos es un Dios «puro», y la sabiduría que Él da no se mezcla con

el mal. El individuo con la sabiduría de la fe es uno que está libre de interés propio y ambición egoísta. No hay motivos injustos al acecho detrás de la conducta de la persona pura.

2. «Pacífica». La sabiduría de la fe es una sabiduría que produce relaciones correctas ya que acerca a las personas entre sí. La sabiduría de la fe hace que tengamos un corazón amoroso y una disposición pacífica. La sabiduría de Dios no permitirá que una persona «se dé de puños» o se deleite en controversias innecesarias.

3. «Amable». Esta palabra es difícil porque no tenemos una palabra en nuestro idioma equivalente para la palabra griega. Carl Sandburg describió una vez a Abraham Lincoln como «terciopelo y acero».³ Es probablemente una buena descripción de lo que quiere decir el término «considerado». Es el atributo que mostró Jesús cuando miró a la mujer sorprendida en el acto de adulterio y le ofreció perdón (Jn 8.1–11).

4. «Benigna» o «sumisa» (NIV). Se podría mencionar todo tipo de sumisión y no querer decir lo que quiso decir Santiago. Si tomamos esta palabra en el sentido en que se usa, quiere decir que el hombre verdaderamente sabio está siempre listo y dispuesto a obedecer a Dios.

5. «Llena de misericordia y de buenos frutos». Estos dos términos van juntos y deben verse como un contraste con «toda obra perversa» en 3.16. La palabra «misericordia» quiere decir literalmente compasión por los que están en problemas y se relaciona con «buenos frutos» porque la compasión cristiana nunca es simplemente una emoción. El cristiano no puede decir que tuvo compasión de una persona necesitada hasta que esa persona necesitada reciba ayuda.

6. «Sin incertidumbre». Una vez más, la palabra griega es difícil de traducir porque es el único lugar en el que se usa en el Nuevo Testamento griego. La mayoría de los comentarios conjeturan que «decisiva» podría ser la mejor traducción. La

³ Para conmemorar el 150 aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln, Carl Sandburg, destacado biógrafo de Lincoln, fue invitado a hablar ante una sesión conjunta del Congreso el 12 de febrero de 1959. Abrió su discurso con estas palabras: «No es frecuente en la historia de la humanidad que un hombre llegue a la tierra siendo a la vez de acero y terciopelo, siendo tan duro como una roca y suave como la niebla a la deriva, que tiene en su corazón y su mente la paradoja de una terrible tormenta y una paz indescriptible y perfecta» («Sandburg antes de la sesión conjunta», consultado el 29 de abril de 2020, <https://history.house.gov/Collection/Detail/25769807619>).

sabiduría de la fe es estable en su naturaleza y se muestra consecuente en la fe y la acción.

7. «Ni hipocresía». La verdadera sabiduría es honesta y no pretende ser lo que no es. En nuestra relación con los demás, debemos ser honestos, sin una pizca de deshonestidad y sin ocultar los hechos. La sabiduría de la fe dice que nunca se tiene que actuar para beneficio personal.

Conclusión. El espíritu de nuestra vida cristiana es tan importante para el progreso del reino como lo es la verdad que proclamamos. Esa es la razón por la que Santiago dijo: «Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz» (3.18). Lo que somos es lo que vivimos y lo que vivimos es lo que sembramos.

No todos pueden tener el coeficiente intelectual de un genio, sin embargo, todos pueden tener la sabiduría descrita por Santiago. Todos estos son dones de Dios, dones que son nuestros cuando los pedimos.

Bill Hooten

(Viene de la página 2)

En Génesis, el pecado de Adán y Eva fue la simple desobediencia a Dios; sin embargo, en manos de teólogos, la desobediencia de la primera pareja hizo más que desobedecer. Cambió la naturaleza de la raza humana. De esa declaración surgió la justificación para bautizar infantes. El bautismo era necesario, sin embargo, no por el pecado que alguien había cometido personalmente. Un bebé necesitaba ser bautizado para eliminar la culpa del «pecado original».

La práctica fue lo primero; las personas comenzaron a bautizar niños. La doctrina creció en torno a la práctica para apoyarla. En el proceso se perdió el entendimiento del Nuevo Testamento de que las personas con capacidad para razonar tenían que reconocer el pecado en sí mismas, arrepentirse de sus pecados y obedecer a un Salvador que pagó el precio del pecado por ellos. Perdida estaba la noción de que el arrepentimiento y el bautismo eran la respuesta de los creyentes que actuaban por su fe de la misma manera que Abraham actuó por la suya. Por definición, «el lavamiento de la regeneración» (Tit 3.5) en el Nuevo Testamento consistía en la inmersión de los creyentes que actuaban en su fe de la misma manera que Abraham y Rahab habían actuado en su fe. La doctrina del pecado original produjo una justificación para el bautismo que era de otro tipo. Sin hablar del hecho de que la doctrina del pecado heredado no sea bíblica. Siguió otras consecuencias de la

redefinición del pecado. Una vez que se aceptó la premisa del pecado original, se descartó la inmersión en favor de rociar agua sobre la cabeza. Así definido, tanto los niños como los adultos pueden ser «bautizados». La doctrina del pecado original ha sobrevivido hasta el siglo presente.

Durante la Reforma Protestante de los siglos decimosexto y decimoséptimo, la justificación para el bautismo evolucionó aún más. El pecado original se había aceptado tan ampliamente que difícilmente podía ser desafiado, sin embargo, los reformadores tenían otros problemas con el bautismo. El bautismo de infantes se había convertido en un mecanismo de control por el que la Iglesia Católica hacía cumplir sus decretos. La iglesia no bautizaría a los hijos de aquellos a quienes consideraba herejes. Dado que solo la iglesia podía bautizar, y dado que el bautismo era un requisito para la salvación, se suponía que los bebés estaban perdidos en el pecado que habían heredado.

Los teólogos protestantes acudieron al rescate. Sostuvieron que la salvación era solo por fe. De ello se siguió que ningún acto manifiesto, ni el bautismo ni ningún otro, era necesario para estar bien con Dios. El bautismo fue simplemente innecesario. Muchos reformadores todavía bautizaban bebés, sin embargo, era un acto opcional para la admisión en una iglesia visible. Los teólogos sostuvieron que, en el bautismo, no sucedía nada en la relación entre un adulto o un niño bautizado y Dios. Después de la Reforma Protestante, los creyentes profesos han adoptado dos posturas diferentes con respecto al bautismo. 1) Algunos creen que Dios actúa cuando un pecador es bautizado y quita el pecado basado en la fe en Cristo. 2) Otros sostienen que no sucede nada en la relación Dios-hombre en el bautismo. El bautismo, según se dice, es un mero acto. Solo se es salvo por la fe.

Hasta el día de hoy, existen dos grupos en la comunidad cristiana en general. Un grupo sostiene que Dios actúa en el bautismo. Algo sucede realmente; Dios quita el pecado. Los que creen de esta manera, en su mayor parte, bautizan niños. En el Nuevo Testamento, el bautismo era por inmersión, sin embargo, los que bautizan infantes han redefinido la palabra. La palabra griega que se traduce como «bautismo» (βάπτισμα, *baptis-*

ma) tiene sus raíces en la inmersión, sin embargo, como la inmersión sería difícil para los infantes, ha sido suficiente rociar agua sobre los candidatos. El bautismo (es decir, la aspersion de los bebés) y la creencia de que Dios quita los pecados cuando se es bautizado en Cristo, todo tiende a ir de la mano en la enseñanza de muchas denominaciones.

Desde los días de la Reforma Protestante, un segundo grupo ha pensado en el bautismo de manera diferente a los que rocían niños. Sin abandonar la doctrina del pecado original, algunos dentro de la Reforma llegaron a practicar la inmersión de adultos. No sucedió de inmediato. Al bautizar adultos, siguieron el precedente del Nuevo Testamento; sin embargo, en su mayor parte, los adherentes a esta enseñanza sostenían que el bautismo era innecesario para la salvación. Era una mera obra; los perdidos eran salvos por fe, dijeron, sin obras. El primer grupo abandonó el bautismo de adultos por inmersión; el segundo abandonó la convicción de que Dios actuaba para salvar cuando el alma perdida se encontraba con la sangre de Cristo en el bautismo. El bautismo era una necesidad para el primer grupo; una opción para el segundo.

Una consideración cuidadosa de las referencias de Pablo al bautismo (Ro 6.1-7; 1ª Co 6.11; 12.13; Ga 3.26, 27; Ef 4.5; Col 2.12; Tit 3.5) combinados con las exhortaciones de Santiago sobre la fe y las obras demuestran lo siguiente: 1) El propósito del bautismo es el perdón de los pecados. Hasta que un pecador sea bautizado en Cristo, sigue estando separado de Dios. 2) El bautismo es un acto de fe. Es parte integral de la fe. No es una obra de mérito destinada a ganar la salvación. 3) El bautismo requiere fe y arrepentimiento para ser efectivo en el perdón de los pecados. El mero acto de ser sumergido en agua no salva a nadie. 4) Solo las personas que tienen la edad suficiente para confesar la fe en Cristo de manera significativa y para volverse del pecado en penitencia son candidatos para el bautismo. 5) El bautismo consiste en una inmersión en agua que imita la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. 6) El bautismo es obediencia. Como en los ejemplos de Abraham y Rahab, la fe se completa y se hace efectiva mediante obras.

Duane Warden

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is part four of a Spanish translation of "James."
Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA
www.biblecourses.com